

H. Kaufmann

**LUNA ROJA
Y TIEMPO CALIDO**

se

Novela sobre las relaciones entre Eliselus o Mid-e-mid, el poeta cantor de «ojos oblicuos y verdes y pelambarrera de erizo»; Tiu'elen o Tiempo Cálido, la hija del *marabú*, una chica de ojos «pardos y radiantes»; y Ayor o Luna Roja, futuro rey o *amenokal* de los *tamaschek*, de «rostro largo e inteligente, con una frente alta y recta y ojos penetrantes. Una frente que sabía pensar y unos ojos que sabían mandar».

La vida del desierto pintada con gran densidad ambiental y belleza

por un gran conocedor. En el desierto las tribus tamashek (Tuareg decimos los europeos) con sus costumbres, sus riesgos, sus ritos, sus caminatas, sus luchas. El héroe es Mid-e-Mid, el muchacho cantor. En la primera parte del libro vivimos las andanzas de Mid-e-Mid junto a Abu Bakr, el bandido, que encarna lo recio y brutal del espíritu del desierto. La segunda mitad es una bellísima historia de amor, la de Luna Roja, el príncipe; Tiempo Cálido, la bella muchacha que no era noble, y Mid-e-Mid, que amaba a la muchacha.

Los tamaschek, conocidos como «tuareg» en Europa, son un pueblo nómada del norte de África, en las montañas del Sahara central. Se les llama «hombres azules» pues son aficionados a ropajes azules que destiñen mucho. Luna Roja y Tiempo Cálido es una emocionante historia de acción, de amistad y de renuncia, narrada con un lenguaje vivo y rico: «En Luna Roja veían los tamaschek simbolizada su fuerza; en Tiempo Cálido, la belleza de sus mujeres. Eliselus significaba para ellos la alegría de vivir». Al hilo del relato, el autor explica sucintamente

sus costumbres, su modo de vida, y habla del inevitable choque progreso-tradición.

A su pesar, Mid-e-mid deberá huir con Abú Bakr, un bandido violento. «Eran diferentes como la piel fresca y el cuero seco, como el perfume y la espina del tamat, como el vacío y el amor en el corazón del hombre». A lo largo de sus andanzas, Mid-e-mid irá labrándose un prestigio de leyenda que le convertirá en el gran cantor de los tamashek: «Sus canciones viajaban muy lejos, de boca en boca, de tienda en tienda.

Resonaban y zumbaban en torno de los fuegos, cuando el puré de mijo para la noche hervía en las tiznadas ollas de hierro. Salían de los labios de los tostados pastores que, en las horas de más calor del día, descansaban con sus bueyes a la parca sombra de las acacias. También las cantaban las mujeres mientras blandían la mano en el almirez y la sal gris se rompía en frágiles cristales en el mortero de madera, bajo la furia de los golpes».



Herbert Kaufmann

**Luna Roja y
Tiempo Cálido**

ePub r1.0

Prometheus 13.07.14

Título original: Roter Mond und Heisse
Zeit

Herbert Kaufmann, 1957

Traducción: Manuel Entenza

Ilustraciones: Roc Riera Rojas & Heinrich
Schiffers & Gottfried Pils

Diseño de cubierta: Roc Riera Rojas

Editor digital: Prometheus

ePub base r1.1



Para Judith y Michael
Kaufmann, que tan
gustosamente me habrían
acompañado a las montañas
de Iforas.

UN MAL CONSEJO PARA BUENOS LECTORES

Se considera mala costumbre la de abrir los libros por el final. Pero eso es precisamente lo que aconsejo en este caso.

Al final de este libro se encuentra una nota sobre «Los hombres llamados tamaschek». La he escrito para los lectores que pregunten: ¿Es verdad lo que hemos leído? ¿Hay hombres como Luna Roja y Abú Bakr? ¿Hay muchachas como Tiempo Cálido? ¿Y cantores y poetas como Mid-e-mid?

Allí está la respuesta. Lo mejor sería

leerla para empezar..., pero nadie está obligado a ello, pues una verdadera historia no necesita prueba.

HERBERT KAUFMANN

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

El presente libro transcurre entre las tribus bereberes del norte de África. El autor, etnólogo y gran conocedor de estas tribus por haber convivido con ellas durante un largo viaje, emplea a lo largo de la novela multitud de términos y topónimos del lenguaje de los tuaregs. Dichos términos están explicados al final del libro en un apartado denominado «Índice de términos y de observaciones dignas de ser tenidas en cuenta».

Aprovechando las posibilidades que actualmente aportan los lectores

digitales (e-readers), y para facilitar la lectura sin tener que estar permanentemente saltando de los capítulos al glosario y viceversa, me ha parecido oportuno enlazar mediante una nota la primera aparición de cada uno de los términos recogidos en ese glosario denominado «Índice de términos y de observaciones dignas de ser tenidas en cuenta» al objeto de que la atención del lector se distraiga lo mínimo posible del desarrollo de la historia.

Ahora, ¡disfrutad de la novela!

PROMETHEUS

I

EN BUSCA DE LA ASNA PERDIDA

MID-E-MID cantaba en el norte. En el norte las montañas son negras y violetas, y las llanuras son amarillas a causa de los alemos^[1]. Pero sus canciones viajaban muy lejos, de boca en boca, de tienda en tienda. Resonaban y zumbaban en torno de los fuegos, cuando el puré de mijo^[2] para la noche hervía en las tiznadas ollas de hierro.

Mid-e-Mid cantaba en el norte. Y parecía como si el viento mismo llevara sus canciones al verde sur, a las tribus

de los Kel Effele^[3], a los idnán^[4] de la orilla del *ued*^[5] de Tilemsi^[6] y a la gran tribu de los ibottenatés^[7], cuyos camellos^[8] pastan en la *tamesna*^[9].

—Haznos una canción, Mid-e-Mid —decían los hombres cuando encontraban al muchacho de ojos oblicuos y verdes y de pelambreira de erizo.

Mid-e-Mid se rascaba entonces la nariz chata, se reía abriendo la boca de oreja a oreja y pedía tabaco^[10]. Los hombres se sentaban en la arena, sacaban de su ropaje unas bolsas rojas y ponían diminutos montoncitos de tabaco en las sucias manos de Mid-e-Mid. El

muchacho lo olía, estornudaba y se metía precipitadamente las secas hebras en la boca. Luego lo mascaba, escupía, tosía y se sentía feliz. El tabaco es escaso en el país montañoso de Iforas^[11], y es demasiado caro para los pobres pastores. Pero hombres, mujeres y niños no tienen mayor afición que la de macerar los tronquillos parduscos con la saliva y escupir el irritante zumo ante los pies del que les convidó, en señal de agradecimiento.

—Os cantaré algo —dijo Mid-e-Mid—, pero será una canción corta, porque tengo mucha sed y hace días que no tomo té^[12].

Uno de los hombres se levantó indeciso y cogió la bolsa de cuero de la silla de montar^[13]. Había en la bolsa té verde, un trozo de pan de azúcar, unos vasitos del tamaño de un pulgar y una jarra de cinc. Otro tenía carbón vegetal, yesca y pedernal, y un tercero tomó agua del *idit*^[14], el pellejo de cabra.

—Me gusta fuerte —dijo— y con mucho azúcar.

—Lo tomarás como te lo den —gruñó un hombre que llevaba lujoso ropaje azul; tenía unos dientes salientes y groseros.

—Entonces cantaré como te mereces: tan flojo que casi no lo oirás.

Ya veo que quieres hacer el té flojo.

Hervía el agua. Con la base de un vaso rompieron el trozo de azúcar y echaron todo en el té.

—¿Por qué estuvo tu padre en la cárcel, Mid-e-Mid? —quiso saber uno.

—Por culpa de un hombre con el que hacía negocios —dijo el viejo, con cierta vacilación; pero luego echó una mirada al del vestido magnífico y siguió hablando, valientemente—, Agasum había comprado fusiles y los había llevado al norte. Allí un árabe le dio mucho dinero por ellos, y con el dinero compró camellos. El otro hombre le había acompañado en el viaje al norte,

pero, luego, se pelearon. El hombre decía que Agasum no había hecho un reparto honrado y que le había dado dos camellos jóvenes de menos...

El viejo tosió. Había echado el agua al té y ahora tenía que posarse un poco, aún al fuego.

—No es verdad —dijo Mid-e-Mid, irritado—. Mi padre le dio la mitad.

—Yo sé que no fue la mitad —repuso el hombre que le había querido dar el té flojo.

Mid-e-Mid escupió con desprecio y decidió vengarse de aquel hombre a la primera ocasión.

El viejo quitó importancia a la cosa:

—Quizá no fuera la mitad, pero también Agasum había hecho el mayor trabajo con los fusiles, y era el que había dirigido la caravana. El otro no había hecho más que acompañarle.

Cayó en los vasos un chorrito de té dorado. El viejo lo probó y echó el resto de la bebida en la tetera.

—El hecho es que discutieron mucho tiempo, hasta que Agasum sacó la *takuba*^[15] de la vaina y desafió al otro. Pero éste no quiso batirse. Ya sabéis que Agasum es muy fuerte y su *takuba* no es una espada vulgar. La hoja es una *tiseraye*^[16], las nobles hojas tan soberanas como este país y que sólo

pasan a los hijos cuando éstos son ya mayores.

—Un día será mía —dijo Mid-e-Mid colérico, y echó la cabeza hacia atrás—. Y entonces le partiré la cabeza hasta el cuello.

Los hombres se echaron a reír, y el de los feos incisivos dijo:

—Un chiquillo como tú, que no ha visto aún catorce lluvias, no debería decir cosas tan grandes.

—Quince —dijo Mid-e-Mid— y haré lo que he dicho.

—Bueno, el hombre se marchó y Agasum se quedó con todos los camellos. Pero no por mucho tiempo. —

El viejo se inclinó y tosió porque el humo se le había metido en la garganta —. El hombre se fue a ver al *beylik*^[17], al gobierno, y dijo que Agasum había llevado de contrabando fusiles al norte. El *beylik* mandó soldados a prender a Agasum. No tuvieron que buscarle mucho tiempo, porque el hombre les había dicho: Agasum está en el *ued* de Arli^[18], acampado junto al pozo. Allí le encontraron. Desde entonces está en la cárcel, y el hombre se quedó con los camellos como premio por haber traicionado al padre de éste.

—Le mataré —repitió Mid-e-Mid; le rechinaron los dientes y agarró el

cuchillo con tanta firmeza como si tuviera que empezar en seguida el combate con el traidor.

Le ofrecieron amistosamente el primer vaso. Lo sorbió con satisfacción y se quedó más pacífico.

—No debería haber traficado con fusiles —dijo el enemigo de Mid-e-Mid—; el *beylik* lo ha prohibido.

Mid-e-Mid gritó:

—No permitimos que nos prohíban nada. Nosotros somos hombres libres. —Sus ojos parecían aún más oblicuos que de costumbre, como tallados en el rostro moreno.

—¿Quién? —preguntó el enemigo.

—Mi padre y yo —contestó Mid-e-Mid orgullosamente.

—Bueno, ¿nos cantas algo? —dijeron los otros, para distraerle.

—Sí —contestó el joven—, cuando me haya bebido el tercer vaso.

Cuando empezó a sonar la voz de Mid-e-Mid los pastores se inclinaron como si quisieran sorber las notas. Luego de las primeras palabras, empezaron a marcar el ritmo con palmadas. Sólo uno no hizo palmas ni escuchó con gusto.

Mid-ed-Mid cantó.

Cuando terminó la canción preguntaron los pastores:

—¿Adónde vas, Mid-e-Mid?

Mid-e-Mid señaló hacia el este:

—Hacia allá. Busco una burra que se le escapó ayer a mi madre.

El viejo asintió:

—He visto las huellas de un asno^[19].

Echa hacia dentro la pata delantera derecha al andar.

—Ella es —exclamó Mid-e-Mid—. Se rompió esa pata hace un año.

—Creo que va hacia el pozo de Timea'uin^[20].

Dijo Mid-e-Mid:

—Si va hacia Timea'uin la encontraré.

—Son tres días para un asno —

dijeron los pastores—. Y tú te perderás, Mid-e-Mid. Entre este lugar y Timea'uin no hay agua.

—Le he atado a mi asno un *idit* debajo de la panza. No necesito más.

El viejo indicó la dirección que debía tomar Mid-e-Mid:

—Monta, pues, que llevas el asno fresco. Si tu *idit* está bien lleno tienes agua para tres días. Te diré los *ueds* que tienes que atravesar.

Dibujó con el dedo una línea en la arena.

—Éstas son montañas que no tienen nombre. Van del sol naciente al sol poniente. Cabalgas dos horas por estas

montañas. No hay más que un sendero.

Trazó otras dos líneas paralelas.

—Tienes que atravesar este *ued*. Se llama Tin Boyeritén^[21]. Hay acacias ahaksch^[22] y acacias tamat^[23]. El suelo es arenoso, pero no blando. Cabalgas una hora por ese *ued*. A la salida del *ued* subirás a una colina estrecha de piedra y verás otro *ued* ante ti. Se llama Timea'uin. Por él cabalgarás dos días y te llevará al pozo.

—Lo recordaré todo —dijo Mid-e-Mid—, pero dime otra cosa: ¿hay gentes en alguno de esos *ueds*?

—Sí —dijo amistosamente el anciano—. Encontrarás tres

campamentos. El primero tiene dos tiendas y sus habitantes son Kel Effele, como tu padre. El otro es muy grande. Tiene cinco tiendas, y no son hombres muy acogedores. Son Kel Rela^[24], de las montañas del Hoggar. El tercer campamento está cerca del pozo. Allí encontrarás una tienda de ibottenatés de la *tamesna*. Tienen muchas camellas y les sobra leche.

—Gracias —dijo Mid-e-Mid—. Pediré comida en todos los campamentos.

—Hazlo —asintieron los pastores—. Y aunque no te den más que mijo, ponte a cantar, verás cómo entonces te

darán carne.

—No canto para comer. Canto porque tengo que cantar.

—¡Mira! —dijeron riendo—, pues a nosotros nos has pedido té y tabaco.

Mid-e-Mid frunció la frente.

—También habría cantado sin nada. Pero me di cuenta de que el de los dientes malos quería obligarme a cantar. Por eso he pedido.

—Sí, parece muy avaro —confirmaron ellos—. Pero te has hecho un enemigo con él.

Dio al asnillo gris tal rodillazo en las costillas que parecía que el animal fuera su enemigo. Rebufó el asno —;

i-haaa!—. Mid-e-Mid le quitó la traba de los pies, se subió a él, apretó las piernas delgadas y morenas y le pegó con una varita por las orejas.

—¡*Armad*^[25]! Adelante, arre.

Vuelto hacia los pastores gritó:

—¡*Balafia*^[26]! ¡Hasta la vista!

—¡*Injaláh*^[27]! —(Dios lo quiera, ojalá)—, contestaron los pastores.

El viejo de rostro raído por los años puso la mano en la cabeza del asno y no le dejó partir.

—Quiero decirte otra cosa que tienes que saber —dijo, en voz baja.

—¿De qué? —preguntó Mid-e-Mid.

—Del hombre de los dientes malos.

—No me gusta —dijo Mid-e-Mid.

—Y tienes razón —contestó el viejo

—. Es Tuhaya...

—Muy bien —dijo Mid-e-Mid—, no me olvidaré el nombre.

—No es eso —dijo el viejo, y escupió—: Es el hombre que traicionó a tu padre...

Mid-e-Mid se quedó pálido. El viejo le puso la mano en el hombro:

—Piensa en eso noche y día —dijo con firmeza—, pero no quieras hacer ahora lo que tienes que hacer. Espera hasta que seas fuerte y lleves espada.

—Soy fuerte —dijo Mid-e-Mid, irritado.

—No lo suficiente. Y no olvides tampoco esto: Tuhaya es amigo del príncipe Intaláh^[28]. No olvides esto tampoco.

Mid-e-Mid cabalgó a lomos de su asno en busca de la asnilla perdida.

Mid-e-Mid cantó y cabalgó, cabalgó y cantó. Cuando se cansaba, se echaba de pecho en el cuello del asno, cerraba las piernas como garfios por la panza del animal y dormía.

El asno agachaba serio la cabeza y caminaba hacia el este, hacia el pozo de Timea'uin, sin vacilar nunca, como si fuera la cosa más natural del mundo.

II

EN EL CAMPAMENTO DEL *MARABÚ*^[29]

ESTABA cayendo la tarde cuando llegó Mid-e-Mid al primer campamento de los que le había descrito el anciano. Ya desde lejos oyó balidos de cabras^[30] y una voz de mujer.

La mujer chascaba la lengua y gritaba luego: «¡Dak!, ¡dak!», que es el grito con el que se atrae a las cabras para ordeñarlas. Mid-e-Mid pensó que habría leche fresca y se apresuró, porque tenía mucha sed. Habría podido

abrir su *idit*, pero el agua estaría caliente y no aplacaría la sed.

Descubrió, por fin, los techos de cuero pardorrojizo de la tienda de campaña, vio un trípode^[31] de hierro colocado encima de un fuego de leña y una olla colgada del trípode, con el borde abombado hacia fuera. Se dejó caer al suelo por los cuartos traseros del asno. No es cortés llegar montado hasta el fuego mismo.

Cuando buscó a la mujer con la vista, ésta se encontraba ya a su espalda. Era grande y bien formada y tendría unos cuarenta años.

—¿No eres tú Mid-e-Mid ag

Agasum?

—Lo soy —dijo Mid-e-Mid.

—Bienvenido —dijo la mujer—. Se te hará té. Descarga tu asno y siéntate al fuego. El *marabú* ha ido a ordeñar la camella. En seguida volverá.

Al sentarse creyó observar un movimiento bajo el cuero de la tienda. Pero también habría podido ser el viento, pues la tienda estaba cerrada con esteras por aquel lado que él veía.

Se acercó el paso de un hombre. Mid-e-Mid lo oyó claramente. La hierba seca crujía bajo sus pies. Debía de ser el *marabú*. No quería volverse para verle, pues eso habría sido curiosidad

indigna de un *tamashek*^[32]. Hizo, pues, como si fuera sordo.

El *marabú* era ancho de hombros y grueso. De entre las densas cejas salía una nariz robusta y atrevida. Llevaba un *jej*^[33] blanco de muselina que le tapaba la cabeza, las orejas, la barbilla y los labios. Ese atuendo obligaba sin más a dirigir la atención a los ojos, que eran ovalados, muy grandes y profundamente negros. Le miraban sin sorpresa. La mano izquierda del *marabú* movía suavemente las cuentas de madera del *tesbih*, el rosario mahometano. La mano derecha salió al encuentro de *Mid-e-Mid*, el cual se levantó y apretó

ligeramente la suya a la del *marabú*. Luego los dos llevaron en seguida la mano al pecho.

El saludo fue cortés.

—¿Estás bien de salud?

—Hamduliláh^[34].

—Y tu familia, ¿está bien de salud?

—Está bien de salud.

Se sentaron de espaldas al viento para que no les diera en los ojos el humo del fuego. El *marabú* le dio tabaco. Mid-e-Mid mezcló el tabaco con polvo de ceniza, lo ofreció al otro y tomó él mismo.

—Tu tabaco es bueno —dijo, sonriendo, Mid-e-Mid.

Mascaron y escupieron en silencio. La mujer puso agua al fuego. No dijo una palabra. Las mujeres intervienen pocas veces en las conversaciones de los hombres, a menos que se les pida. Mid-e-Mid le dio también a ella tabaco. Ella dio las gracias y se marchó.

—Yo conozco bien a tu padre, Mid-e-Mid —dijo el *marabú*—. ¿Está ya en libertad?

—No. Tiene que esperar aún dos temporadas de lluvias —repuso Mid-e-Mid.

—¿Así que tú eres el hombre de la familia? —preguntó el *marabú*, y apenas se le notó la fina sonrisa que aleteó por

sus labios.

—Yo me cuido de las vacas y los toros. Mi hermano mayor se ocupa de los camellos.

—¿Cuántos *imenas*^[35] tenéis?

—Cuatro camellas y dos camellos de montar. Mi madre tiene, además, un camello de carga muy fuerte.

—Muy bien. Cuando llevaron a tu padre a la casa del *beylik* os quedasteis sin ningún camello.

—¡Qué va! —dijo, riendo, Mid-e-Mid—; yo los había escondido.

El *marabú* miró al muchacho con gran consideración.

—Eres como un hombre, Mid-e-Mid

. No es prematuro darte *tagelmust*^[36] y *takuba*.

Tagelmust y *takuba* —el velo y la espada *tamashek*— son los signos en que se manifiesta que un joven ha crecido lo suficiente para defenderse por sí mismo, y que le apunta ya la barba.

Mid-e-Mid se encogió de hombros.

—Somos pobres.

—Sí, pero con la ayuda de Alah tendréis muchos *imenas* y encontraréis buenos pastos.

Pensó un rato y volvió a hablar:

—Tengo un discípulo. Ayor^[37]

Jaguerán...

—¿Ayor Jaguerán? —dijo

Mid-e-Mid— ¿el hijo de Intaláh? Tiene tres años más que yo. Creo que mi padre quería llamarme Ayor Jaguerán, porque cuando nací estaba la luna roja. Pero mi madre no quiso. Dijo que Luna Roja es nombre para un hijo de los *ilelán*^[38], de los nobles. Por eso me llamo Ajmed ag Agasum.

—Tu madre hizo bien —dijo seriamente el *marabú*—. Y, además, ¿qué íbamos a hacer con dos Lunas Rojas en esta tierra?

—Mid-e-Mid es un nombre alegre —dijo una voz clara y aguda—, me gusta mucho.

Se volvieron, el *marabú* con mirada condenatoria, Mid-e-Mid sorprendido. La esterilla de la tienda estaba recogida, y en la entrada estaba sentada en cuclillas una muchacha, con un paño azul que le cubría cabeza y cuerpo. Sólo se veían los ojos, que eran pardos y radiantes. Llevaba los párpados teñidos de azul con antimonio^[39].

—Sí, sí, me gusta mucho —repitió la muchacha antes de que su padre pudiera regañarla—. Pero también me gusta Ayor. Es un nombre que le está bien, y también a ti el tuyo, Mid-e-Mid.

Mid-e-Mid tenía los ojos muy abiertos, llenos de asombro. Jamás

había oído hablar así a una muchacha. Sus propias hermanas no osaban abrir la boca cuando había un huésped junto al fuego.

—¡Vete a ayudar a tu madre, Tiu'elen^[40]! —gritó el *marabú* a su hija.

Pero ya no estaba en la tienda. Espantada de su propia audacia había huido descalza.

—No lo tomes a mal —dijo el *marabú*, turbado—. Es que es muy joven y pocas veces tenemos huéspedes a nuestro fuego.

—Tiu'elen. —Tiempo Cálido, repitió Mid-e-Mid.

—Nació antes de que empezaran las

lluvias..., por eso se llama así... Pero quería enseñarte las tablas. —El hombre se levantó y cogió dos tablillas de madera. En ellas había letras árabes pintadas con tinta china negra.

—¿Qué es eso? —preguntó Mid-e-Mid.

—Son suras del Corán^[41]. Mis discípulos aprenden a leerlas y pueden decirlas de memoria.

—¿Ayor es discípulo tuyo?

—Sí, pero ahora me va a dejar. Intaláh quiere tener a su hijo consigo.

—Ya. ¿Y no tienes otro discípulo?

El *marabú* inclinó pensativamente la cabeza.

—Hay en la tienda un sitio libre — dijo, finalmente.

Llegó la mujer para atender al té. Se quedó en cuclillas junto al fuego, mirando atentamente a Mid-e-Mid.

—Tenemos un sitio libre —repitió el *marabú*. Y no se sabía bien a quién se lo decía, porque no miraba a nadie.

—Cuando se vaya Ayor... —dijo la mujer, mirando a Mid-e-Mid como si esperara respuesta de él.

A Mid-e-Mid le palpitó fuerte el corazón. El *marabú* era hombre respetado. Cuando enfermaba alguien le iban a buscar. Él iba y se ponía a orar junto al enfermo. Algunos sanaban con

la oración. A otros les daba un *teraut*^[42], un saquillo de cuero, negro o pardo, y, a veces, rojo y amarillo. El *teraut* se lleva directamente encima de la piel, colgado del cuello. Da la salud y defensa contra malos deseos. En el *teraut* hay una cinta de papel con algunas palabras del Corán. Está cosida en el cuero. Pero eso lo saben pocos, pues el *marabú* no se lo cuenta más que a sus discípulos.

Las familias de los enfermos dan al *marabú* una oveja o una cabra por las oraciones y por el *teraut*. A veces, cuando la enfermedad fue muy grave, le dan hasta una vaca. Nunca le dan un

camello.

Mid-e-Mid pensaba: «¿Y si me dieran el sitio en la tienda...? ¿Si aprendiera a pintar en las tablas esas extrañas cosas y a entenderlas...?». Pensaba también: «A Tiu'elen le gusta mi nombre. Y a mí también me gusta el suyo, Tiempo Cálido».

Mid-e-Mid dijo:

—Puedo hacer cualquier trabajo. Sé cabalgar y cuidar camellos. Sé leer las huellas. Y no le tengo miedo a la hiena^[43].

—Eso es bueno —dijo el *marabú*; llenó los vasos y le dio el primero—. Perdimos un ternero por culpa de una

hiena.

—Dame una buena *takuba* —dijo, presuroso, Mid-e-Mid— que mataré a la hiena. La buscaré hasta su cueva...

—Es una hiena muy grande —dijo la voz aguda. Tiempo Cálido estaba de pie junto a su madre. Ya había caído la oscuridad. Al fuego parecían rojos sus pies desnudos, y en el rostro se hundían profundas sombras negras. Mid-e-Mid hizo como si no la viera, pero la observó disimuladamente con el rabillo del ojo. Tenía el mismo rostro de su madre, aunque más claro y más joven, y la boca algo más blanda. Llevaba el cabello liso, cepillado hacia atrás y con

raya en medio. Llevaba también pendientes, unos anillos de oro. El vestido estaba tan destrozado como el del propio Mid-e-Mid. Era algo más alta que él, y, seguramente, también de edad algo mayor.

—Sí, es una hiena grande —repitió el *marabú*—. Iré contigo.

—Ayor no se ha atrevido a matar la hiena —dijo Tiu'elen.

—Lo que pasa es que no tengo *takuba*. —Luna Roja había llegado tan sin ruido que nadie le había oído. O, acaso, le había visto Tiempo Cálido y por eso había dicho las ofensivas palabras. Muchas veces las muchachas

son duras de lengua y blandas de corazón.

Ayor ofreció la mano a Mid-e-Mid. Lo hizo con la dignidad del que es mayor y con la condescendencia del hijo de príncipe. Nadie podía dudar de que Ayor era hijo de *ilelán*, de nobles. Era tan alto que a sus dieciocho años le llevaba al *marabú* cabeza y media. En la semioscuridad del crepúsculo su piel era mucho más clara que la de Mid-e-Mid. La fina nariz recta, los delgados labios, la consciente lentitud de su paso y su gesto, todo descubría al hijo de Intaláh. E Intaláh era el mayor príncipe tribal de los tamashek. En la

montaña de Iforas no había nadie mayor que él, y no sólo su tribu, la de los Kel Effele, sino también otras le llamaban *amenokal*^[44], que significa rey.

—Mi padre te prestará una *takuba*
—dijo, burlona, Tiu'elen.

—¡Vete a tu esterilla! —ordenó el *marabú*, lanzando a su hija un rayo de sus grandes ojos inquisitivos.

Se marchó Tiempo Cálido.

Sorbieron el té. Ayor se había sentado junto al *marabú*. Dijo:

—Me he encontrado a un hombre que llevaba un camello de cuatro años. Venía de Timea'uin y tenía prisa. Al principio no quería quedarse conmigo,

pero le di tabaco y se quedó un rato.

La mujer levantó la olla de los ganchos del trípode y la puso aparte para que la comida fuera enfriándose, pues ya estaba hecho el puré de mijo.

—¿Por qué no se ha venido a mi tienda? —preguntó el *marabú*.



—Iba camino de su tribu. Era un idnán. Las tiendas de su gente están junto al pozo de Telabit^[45]. Tenía prisa de verdad, como pude comprobar. Llevaba una mala noticia: Abú Bakr está acampado cerca de Timea'uin. Todo el mundo se lleva de allá sus rebaños. Abú Bakr está preparándose para asaltar una caravana de dátiles que tiene que llegar del norte estos días. La ruta pasa por este *ued*, como sabéis. Y el sitio es bueno para detener a la caravana.

—Es verdad —dijo el *marabú*. Todavía no se había bebido el primer vaso de té—. Pero temo que Abú Bakr no venga por la caravana... Está

armado...

—Sí —dijo Ayor—. El hombre me contó que Abú Bakr lleva dos cananas cruzadas por el pecho, y otra cartuchera en la cintura. Me dijo también que tiene un fusil con un extraño tubo encima del cañón y que cuando apunta con ese tubo puede acertar el ojo de una gacela a quinientos pasos. No sé si será verdad, pero así dijo el hombre.

—Es verdad —dijo sombríamente el *marabú*—. Yo conocí al dueño de ese fusil. No se supo más de él. El *beylik* mandó que le buscaran pero no apareció.

—¿Por qué no pone preso el *beylik* a

Abú Bakr? —preguntó Mid-e-Mid—. Todos saben que Abú Bakr es el mayor bandido del país, que ha robado muchos camellos y ha matado, serón dicen, a varios hombres... Mi padre no ha matado a nadie y, sin embargo, el *beylik*...

Luna Roja se volvió abiertamente hacia el chico. Tenía un rostro largo e inteligente, con una frente alta y recta y ojos penetrantes. Una frente que sabía pensar y unos ojos que sabían mandar.

—Mi padre Intaláh me ha dicho que por dos razones. Abú Bakr vive en las montañas, entre el pozo de Tin Ramir^[46] y las montañas del *adrar*^[47] de

Hasené^[48]. Los soldados no se atreven a adentrarse en esas montañas porque no saben dónde hay agua. Abú Bakr lo sabe. Conoce todos los rincones.

—Yo he visto —opuso Mid-e-Mid— que el *beylik* recorre el desierto en coches. ¿Por qué no manda los coches a las montañas?

—Los coches son buenos para el desierto, es verdad.

Pero en las montañas no hay pistas^[49]. Sólo los camellos pueden recorrer los senderos de la montaña. Eso ha dicho mi padre.

Mid-e-Mid no cejó:

—El *beylik* tiene muchos

camellos...

El *marabú* asintió:

—El *beylik* tiene camellos y soldados. Pero los mejores *imenas* los tiene Abú Bakr. Los ha robado donde estuvieran. Por eso es más rápido que sus perseguidores. Y luego es lo que te ha dicho Ayor: sólo él sabe dónde hay agua.

—El *beylik* tiene aviones —dijo Mid-e-Mid, y lo dijo más por contradecir a Lima Roja que porque conociera él esos aparatos.

Tampoco Ayor sabía si se puede capturar a un bandido con aviones. Por ello meditó un momento. Al final dijo:

—No, los aviones son demasiado rápidos y van demasiado altos. No pueden ver a Abú Bakr. Cuando oye el avión se esconde debajo de algún roquedo saliente. No, los aviones del *beylik* no son un peligro verdadero para Abú Bakr.

El *marabú* se tomó el té frío y sirvió a todos otro vaso:

—Ayor, dijiste que tu padre te había indicado dos razones de que el *beylik* no apresara a Abú Bakr aunque éste dañe a todo el mundo. Pero no nos has dicho más que una...

Tosió. Se notaba ya el frío de la noche. La mujer presentó a los hombres

la olla de esink, que es un puré de mijo sin sal^[50], y se retiró. Comería con la hija cuando se saciaran los hombres.

—¿La otra razón? Mi padre dijo que a él le habían revelado que Abú Bakr prestaba servicios al *beylik*. —Lo dijo en voz muy alta y les miró para comprobar el efecto de sus palabras.

—¿Cómo se entiende? —preguntó el *marabú*—. ¿Es un servicio el robarnos los camellos?

—Son otros servicios. Dicen que Abú Bakr lleva a Kidal^[51] todas las noticias sobre los enemigos del *beylik*. Y ahora hay muchos enemigos del *beylik*, muchos más que antes.

—¿Quieren robarle al *beylik* sus hermosos camellos? —preguntó Mid-e-Mid. Luna Roja sonrió:

—No, quieren echar al *beylik* del país y ser ellos *beyliks*.

—¡Vaya! —dijo Mid-e-Mid— eso me gusta. Entonces yo también soy enemigo del *beylik*. Cuando tengamos otro *beylik* sacarán a mi padre de la cárcel, ¿no es verdad?

—Ayor, tu padre... tu padre es el *amenokal*. ¿Por qué no hace nada por capturar a Abú Bakr?

—Si Alah lo quiere, Intaláh capturará a Abú Bakr —dijo el *marabú*.

Pero la respuesta no satisfizo a

Mid-e-Mid. Pensaba: «Un *amenokal* tiene que proteger la tribu. Si no lo hace...».

Comió apresuradamente y se tragó en seguida la pasta, con lo que se quemó la lengua. Pero seguía absorto, pensando en Abú Bakr.

—Esta noche velaré —dijo, de repente, en voz alta.

—Y cuando llegue Abú Bakr saldrás corriendo —dijo Ayor—. Acuéstate y duerme. Abú Bakr no roba asnos... Si viene, ya sabremos defendemos. Mi padre me ha enseñado a tirar la lanza...

Apareció la mujer y echó manteca rancia en la pasta. Volvieron a tomar y

les pareció no haber comido antes. Casi vaciaron la olla. Luego buscaron espinas por la arena y empezaron a mondarse los dientes.

Tiempo Cálido les llevó una calabaza^[52] llena de agua. Bebieron uno tras otro. Luego se echaron un poco en las manos, se frotaron el rostro con ella, tomaron otro sorbo y lo escupieron.

La muchacha los miraba.

—A pesar de todo, velaré —dijo Mid-e-Mid—. No tengo lanza como tú, pero usaré el palo. Ya he matado con él un chacal^[53] que quería robarme un cabrito...

—¿Cantarás para nosotros,

Mid-e-Mid? —preguntó Tiu'elen.

Y Mid-e-Mid cantó como si cantara para ella sola.

Finalmente, tuvieron todos sueño. El *marabú* le tendió ambas manos.

—Te guardaré el sitio de Ayor, Mid-e-Mid...

—Déjame que lo piense —contestó el muchacho. Luego, cogió su cayado y se adentró en la noche. Quería estar solo.

Ayor y el *marabú* se volvieron hacia oriente y pronunciaron la oración de la noche. Luego miraron otra vez a los camellos y decidieron apagar el fuego, para no traicionar el campamento a Abú

Bakr si pasaba por allí. Pero aquella noche no llegó Abú Bakr.

III

EL ASALTO

POR la mañana llegó Abú Bakr.

Llegó al amanecer. No se esforzaba por no hacer ruido.

—¡Eh! —chilló—. ¡Eh, *marabú!*

Y como no le contestaran en seguida quebró con la espada los dos *tigete'uin* [54] delanteros de la tienda —los dos postes hermosamente tallados—. Parte de la tienda cayó sobre los que dormían.

Luna Roja fue el primero en salir, arrastrándose, de la tienda. Abú Bakr no esperó a que se levantara. Le dio un gran

puñetazo en el oído, y Ayor quedó tumbado como un árbol derribado. No pudo ni quejarse.

—¡Eh, *marabú*, eh! —chilló Abú Bakr. Y en su profunda voz resonaba una especie de violenta alegría.

—Ya oigo —dijo el *marabú* en la tienda.

—Sal afuera, que tenemos que hablar.

El *marabú* cogió el tesbih con la mano izquierda y la espada con la derecha. Pero al levantar la tienda caída para erguirse él mismo tropezó en la *takuba*. Abú Bakr se echó a reír y puso el pie encima de la espada.

—Un *marabú* no debe blandir la espada, ni un bandido el rosario —dijo, y le quitó el tesbih y le azotó con él el rostro—. Luego rezarás, sabio impotente... ¿Cuántos camellos tienes?

—¿Qué te he hecho? —preguntó, irritado, el *marabú*.

—Óyeme —dijo Abú Bakr—. Tengo prisa y muy poca paciencia. ¿Cuántos camellos tienes?

El *marabú* vio las cintas de municiones, un aspa negra en el pecho de Abú Bakr. No vio fusil, pero sabía que el bandido no se movía sin su *mukala*^[55], el rifle rayado de largo alcance.

—Dos yeguas con potros, una yegua encinta y dos camellos de silla.

—Te quedas con los potros y con la yegua encinta —dijo Abú Bakr—. Vendré por ellos el año que viene. ¿Quién más hay en la tienda?

Le palpitó violentamente el corazón al *marabú*. No sabía si su mujer estaba aún en la tienda. Tiu'elen se había escondido por la otra parte, detrás de las esteras. Él se había dado cuenta antes de salir.

Como el *marabú* no contestaba, Abú Bakr hundió la *takuba* en el cuero. La hoja cortaba la tienda como si fuera agua. Por dos veces la hundió. Luego

derribó los otros seis postes, y el techo de cuero cayó sobre el ajuar del *marabú* como un gran sudario.

—Llévame a los camellos —dijo, amenazador, Abú Bakr.

—Alahú akbar —murmuró—. Dios es grande. Y suspiró.

Los camellos yacían donde los había dejado Luna Roja la noche anterior: ante los árboles *teborak*^[56]. Volvieron las largas cabezas hacia los hombres, con inquietud, y se levantaron miedosos cuando éstos se les acercaron.

—Desata las trabas^[57] —ordenó Abú Bakr. Con la *takuba* en la mano se quedó de pie. Los camellos gritaron,

como hacen siempre cuando se dan cuenta de que el hombre quiere algo de ellos.

Mid-e-Mid se despertó porque le estaban dando puñetazos en el pecho.

—Mid-e-Mid, óyeme —murmuraba una voz.

Vio a Tiempo Cálido, que estaba arrodillada a su lado. Tenía los ojos muy abiertos y apagados. El perfume de rosas. Llevaba el cabello suelto, que le caía por el cuello.

—Ha venido —dijo la muchacha.

—¿Quién? —preguntó Mid-e-Mid, sin entender lo que quería.

—Abú Bakr. ¡Y tú durmiendo!

—Yo... —dijo Mid-e-Mid.

—Cállate, que no te oiga... La madre y yo nos hemos escapado... ahora...

—Ayor —tartamudeó Mid-e-Mid— ¿dónde está?

—Creo que está muerto —dijo la muchacha—. Abú Bakr le ha pegado...

—¿Y tu padre?

—Está vivo, pero Abú Bakr quiere quitarnos los camellos. Ha obligado a mi padre a llevarle hasta ellos.

—Mataré a Abú Bakr —dijo Mid-e-Mid, disponiéndose a levantarse.

—No —dijo Tiempo Cálido—, es mucho más fuerte que tú y lleva armas.

—Apretó a Mid-e-Mid las dos manos en los hombros para impedir que se levantara.

Pero Mid-e-Mid se soltó.

—Déjame —dijo—, las mujeres pueden esconderse, pero los hombres no.

Cogió su cayado y saltó adelante. Oyó la voz de Abú Bakr y la llamada de Tiu'elen: «¡Mid-e-Mid!».

Siguió corriendo. Vio al *marabú* en cuclillas desatando las trabas de los *imenas*. Vio la robusta espalda del bandido y su redonda cabeza. Vio el lechoso brillo de la *takuba* y oyó los gemidos de los animales. No pensaba en

que él era un débil pastorcillo y el enemigo un hombre lleno de fuerza. Estaba ciego de tan decidido. Era como una flecha que sale del arco; atacó a Abú Bakr como el gato salvaje^[58] se lanza sobre el muflón^[59].

El cayado alcanzó al bandido en el cuello. El segundo golpe le dio en el brazo. Luego, se rompió el palo. Abú Bakr se agachó y se volvió y consiguió agarrar el brazo de Mid-e-Mid. Sus manos aferraban como anillos de hierro la enjuta carne. Mid-e-Mid se dio aún cuenta de que le levantaba en el aire y le arrojaba al suelo. Pero ya no sintió la patada del bandido. Estaba sin sentido.

Abú Bakr le contempló con curiosidad mientras se frotaba el cuello.

—Un leoncillo —dijo, con admiración—. ¿Es de tu sangre, *marabú*?

—Es Mid-e-Mid, hijo de Agasum.

—Ya, así se explica —murmuró Abú Bakr. Dio otra patada al chico, que no se movió—. Tiene cara de erizo, pero corazón de camello —siguió diciendo—. Coge esa cuerda y átales. Con las manos a la espalda.

El *marabú* obedeció. El bandido metió la *takuba* en la vaina y observó los nudos.

—¿Quién era el muchacho que

derribé ante tu tienda?

—Ayor Jaguerán, hijo de Intaláh — dijo el *marabú*, levantándose.

—Dile a Intaláh que no envíe tan al norte sus vacas y sus asnos. Éstos son mis pastos. Los suyos son los del sur.

El *marabú* no contestó.

—Vete allá... allá, donde están las dos rocas —le ordenó Abú Bakr—. Y no te vuelvas, porque si te vuelves te mato. Allí te quedas hasta que el sol empiece a calentar. Guárdate de entrar antes en tu *hokum*^[60] —y señaló la tienda rota.

El *marabú* apretó los dientes y se marchó. Sus desnudos pies se dañaban

con los guijarros y las diminutas espigas del *cram-cram*^[61] quedaban fijas en la piel rugosa. Pero no sentía nada. Tenía los ojos nublados, pues también los hombres tienen lágrimas. Pero no era el dolor lo que las provocaba sino la cólera. No pudo ver cómo Abú Bakr ataba los camellos en ristra y luego a su propia cabalgadura. No pudo ver cómo el bandido colocaba y ataba a Mid-e-Mid en la grupa de un camello. No oyó el griterío de los animales cuando Abú Bakr montó en el suyo, hundió los dedos de los pies en la nuca del animal y salió al trote de allí. Creyó que Ayor estaría muerto y temió por su

mujer. Cuando llegó a las rocas el sol era ya tan fuerte que no se le podía mirar cara a cara. Entonces se dejó caer al suelo, hizo las abluciones de brazos, manos y rostro en la arena, se inclinó hacia La Meca, pronunció en voz alta la oración de la mañana y, al repetirla, halló el consuelo de Alah.

Abú Bakr cabalgó casi dos horas por el *ued*, en dirección de Timea'uin. Pero no lo hizo por la pista utilizada por los ganados de bóvidos, sino por un sendero que discurría mucho más al norte y llevaba al cabo de tres días al pozo de Samak^[62]. Hacia las ocho hizo alto entre dos tupidos árboles de espino.

Abú Bakr se acercó a uno de ellos y arrancó siete espinas. Las echó a la arena y las pisó luego: así estaba seguro de que los espíritus que habitaban en el ayar^[63] no le molestarían. Luego obligó a los *imenas* a echarse. Agarró el *taramt*^[64], la brida de pelo de cabra y cuero:

—¡Scho! —gritó— ¡scho!, ¡scho!, ¡scho!

Despacio y de mala gana doblaron las patas delanteras los grandes animales. Luego, trabajosamente, hundieron también la grupa. Abú Bakr desató la soga negra y engrasada que sujeta la silla, cogió la manta doblada y

la desdobló a la sombra.

Abú Bakr se dirigió a Mid-e-Mid, que seguía atado en el lugar en que lo había descargado.

—¿*Ma tekumed*^[65]? (¿Qué haces?)
—le preguntó, curioso.

Mid-e-Mid le miró y luego cerró los ojos, para expresarle su desprecio.

Abú Bakr se arrodilló y le quitó la cuerda, que dejaba profundas señales en la piel. Abrió el pellejo del agua y llenó un cuenco con aquella agua fría y turbia.

—¡Bebe! ¡*Esu*^[66]! —le ordenó—; es agua fresca de mi *idit*. Ha estado a la sombra del camello.

Mid-e-Mid arrugó los ojos y vació

el cuenco de un sorbo. El agua le refrescó. Pero le dolían mucho los brazos y las piernas de estar rígidos.

—*¿Ma tekumed?* (¿Qué haces?) — volvió a preguntar Abú Bakr.

Mid-e-Mid se frotó las piernas. La sangre detenida volvió a circular con un cosquilleo y con pinchazos. Estaba sentado al sol. No se atrevía a sentarse en el *dokkali*^[67].

«No tengo miedo a este hombre», estaba pensando. «Tiempo Cálido», estaba pensando. «¿Habría pegado también Abú Bakr a Tiempo Cálido?». Pensó: «Me escaparé en cuanto se duerma». Y ya no olvidó esa idea.

Observó cómo estaban atados los camellos y dónde estaba el fusil de Abú Bakr.

El bandido había seguido tranquilamente las miradas de Mid-e-Mid.

—No te escaparás, Mid-e-Mid — dijo con voz ronca. Sacó un puñal del cinto con el que sostenía sus amplios pantalones azules—. ¿Ves esto, chico?

—*Busaadi*^[68], el puñal —dijo Mid-e-Mid, y el corazón, tranquilo hasta el momento, empezó a palparle agitadamente. *Busaadi* se llama el puñal, y esa palabra significa: «doy la felicidad», lo que quiere decir: «mando

al paraíso». No significa nada bueno que le enseñen a un hombre el puñal. Significa que ese hombre no va a vivir mucho...

—Eso es, el puñal —repitió Abú Bakr, satisfecho—. Tengo otro en la bolsa. Y podría regalártelo.

—¿A mí?

—He visto que eres valiente. No hay mucha gente que se atreva a pegar a Abú Bakr con un palo... —Se aclaró la voz—. Y ninguno de los que lo intentaron está vivo —sacó el labio inferior—. Sí, podría regalarte este *busaadi* si te quedaras conmigo... Yo te haría hombre...

—Tengo que encontrar mi asna —
dijo Mid-e-Mid.

—Los *meskin*^[69], los pobres, los muertos de hambre se ponen a buscar un asno. Abú Bakr y sus amigos cabalgan en camellos, los camellos más nobles que existen entre el Adrar de Iforas^[70] y las montañas del Hoggar. Quítate la burra de la cabeza...

Se acercó la bolsa, rebuscó por dentro y sacó un puñal con vaina roja. Lo sopesó un momento y se lo echó a Mid-e-Mid.

—Para ti. —Los tristes ojos de Abú Bakr miraban fijamente al muchacho.

—No lo quiero —dijo Mid-e-Mid, y

lo puso en la arena a su lado.

—Creí que el hijo de Agasum sería como su padre, pero... —El bandido cerró los ojos y se puso a jugar con un *teraut*. El amuleto estaba colgado de un hilo negro que llevaba como un collar.

—¿Conoces tú a mi padre? —preguntó, sorprendido, Mid-e-Mid.

—Somos amigos. Y parientes: el padre de tu abuela y la madre de mi madre eran hermanos...

Mid-e-Mid abrió la boca lleno de asombro y se pasó la lengua por los labios.

—¿Ves? —dijo Abú Bakr— has pegado a tu tío —y se echó a reír con

carcajadas atronadoras.

—No lo sabía —dijo Mid-e-Mid disculpándose, y fijó la vista, inseguro, en el suelo.

—Pues ahora lo sabes. ¿No has notado que los dos tenemos los ojos rasgados? Y el mismo valor.

—Los ojos..., es verdad. —Pero Mid-e-Mid siguió desconfiado. Aquel hombre tenía algo terrible y misterioso. Su nariz parecía aún más burda cuando se reía, y el cuerpo resultaba aún más macizo y amenazador.

—Y tenemos enemigos comunes, Mid-e-Mid.

Mid-e-Mid prestó atención.

—Siéntate aquí conmigo en el *dokkalí* —dijo Abú Bakr— que te lo contaré.

Mid-e-Mid se sentó en la blanda manta, pero manteniéndose lejos de Abú Bakr.

—¿Sabes quién metió a tu padre en la cárcel?

—El *beylik* —dijo Mid-e-Mid.

—Pero el *beylik* no le habría cogido si no hubiera habido un traidor...

—Sí, Tuhaya —dijo Mid-e-Mid—. Le mataré cuando le encuentre.

Abú Bakr se enderezó de golpe.

—Así me gustas, hijo de Agasum.

—Pero yo no soy un bandido —dijo

Mid-e-Mid, apretando los labios.

—El bandido soy yo —dijo Abú Bakr riendo con sus tremendas carcajadas—. Y no habrá otro como yo. Pero tú eres mi sobrino, y por eso te tengo aprecio. Tenemos la misma sangre. Por eso te ayudaré a buscar a Tuhaya.

—¿Por qué es Tuhaya enemigo tuyo, Abú Bakr?

—Tuhaya es un chacal. Se come lo que mata el león^[71] y le sobra a la hiena. Yo robo camellos... ése es mi oficio; un buen oficio, deberías aprenderlo. Hoy has visto cómo se empieza... —Se rascó la desordenada barba por debajo de la barbilla.

—No quiero —dijo Mid-e-Mid.

—Piénsalo bien... Bueno, a lo que íbamos. Digo que Tuhaya es un chacal cobarde. De vez en cuando le doy *imenas* para que los venda, de los que yo me gano. Yo los gano, no él. Yo me atrevo a entrar en las tiendas, no él... Pero ahora sé que quiere engañarme igual que engañó a tu padre... Sé que el *beylik* le ha dado dinero para que le diga dónde he puesto mi tienda...

—¿Y sabe él dónde acampas tú?

—Es el único que lo sabe, el único que puede traicionarme. Pero también yo tengo mis amigos en esta tierra, y no esperaré hasta que vengan a buscarme...

—Se puso en pie de un salto que no parecía posible en aquel cuerpo pesadísimo. Se acercó a Mid-e-Mid y le dio con el pie.

—Mid-e-Mid, tengo buenas intenciones contigo... toma, toma esto.

Hurgó en el correaje y ofreció al muchacho su *takuba*. Mid-e-Mid no se atrevió a tocar la espada. La hoja era una *tiseraye*, las mejores del país, y la de Abú Bakr tenía hasta nombre propio, de tan célebre que era. Se llamaba Teljenyert y se hablaba de ella como de una gran camella o de una mujer hermosa o un caballo de raza. Abú Bakr le dio Teljenyert.

Tocó las finas granulaciones del cuero de la vaina, la empuñadura que compensaba el peso de la hoja, el pomo de cobre.

El bandido desenvainó la *takuba*. La hoja brilló al sol. La cogió de la punta y la sopesó hasta el pomo. Luego la dejó caer en la vaina otra vez:

—No hay *takuba* mejor que Teljenyert —dijo Abú Bakr—. Es tuya hasta que hayas probado su filo en el cuerpo de Tuhaya.

—¿Y qué tengo que hacer? —dijo Mid-e-Mid mirando hacia arriba, donde la cabeza del bandido se destacaba sobre el cielo como una bola.

—Vengar a tu padre —dijo Abú Bakr—. Voy a decirte un secreto: Tuhaya irá mañana a Timea'uin. Ha prometido al *beylik* entregarme, y para eso me ha pedido que le espere cinco horas al norte de Timea'uin, en el *ued* Soren^[72]. El *beylik* ha escondido ya sus soldados en ese *ued*. Ya ves que Tuhaya es un chacal. Él no ataca personalmente..., tampoco a tu padre le atacó él. ¿Sabes que no quiso batirse con tu padre?

—Sí, lo sé —dijo Mid-e-Mid.

—Bueno. Pues nosotros nos vamos a cruzar con Tuhaya antes de lo que él cree. Le cortaremos el camino, le pararemos, tú cumplirás tu deber de hijo

y yo te ayudaré.

—¿Y si nos encuentran los soldados del *beylik*? —preguntó Mid-e-Mid.

—Llegarán demasiado tarde — contestó firmemente Abú Bakr—. No te preocupes de nada.

Mid-e-Mid tomó la espada con ambas manos.

—Lo haré —dijo con seriedad.

—Cógete un camello —dijo Abú Bakr.

Pero los camellos recordaron de nuevo a Mid-e-Mid que Abú Bakr era un bandido. Eran los camellos del *marabú*.

—No quiero —contestó—, iré a pie.

Abú Bakr le contempló en silencio y

comprendió.

—Irás montado —decidió— pero si quieres le devuelves luego al *marabú* el camello que tú montes. No lo necesito. Ya cogeré los de Tuhaya...

Mid-e-Mid fue entonces a escoger un camello. Abú Bakr le dio una vieja manta que tenía que poner en la giba del animal. No había silla de montar para él. Partieron cuando ya hacía mucho calor. El bandido tenía prisa por encontrar a Tuhaya antes del lugar de la cita.

Cabalgaron al trote sin dejar descansar a los camellos.

Cruzaron sendas de ganado, rodearon roquedos y flanquearon grises

depósitos de granito meteorizado. No encontraron a nadie. La zona era seca y no ofrecía pasto para el ganado. Ni siquiera cabras habrían podido vivir allí.

A lo lejos se erguían como arrecifes morados las montañas de Samak. Sería difícil adivinar los pensamientos de Abú Bakr. Su rostro era inmutable bajo el velo. Sólo los ojos sombríos observaban atentamente la lejanía. Se sentía tan seguro que ni se volvió nunca a mirar a Mid-e-Mid.

Éste apretujaba las piernas al cuello del animal, notaba las sacudidas de aquella rápida cabalgada por todo el

cuerpo y el peso de la *takuba* al costado izquierdo.

Ayer había estado buscando una asna, y hoy buscaba al enemigo, al hombre por cuya culpa llevaba su padre muchos años en la cárcel. Aún ayer era él un muchacho, un alegre cantor. Hoy era un hombre. Pero llevaba la espada y el *tagelmust* de un bandido.

«Tuhaya», pensaba Mid-e-Mid, «ya llego... Tuhaya, llevo Teljenyert... Si me viera Tiempo Cálido... si viera que yo no sólo sé cantar... si viera que vengo a mi padre... si viera...».

Ahora llevaba Teljenyert al costado, y Tuhaya se le acercaba sin saberlo por

el *ued* Soren.

«Si le venzo», pensaba, «llevaré el camello al *marabú* y le pediré Tiempo Cálido... se la pediré...».

—Tiu'elen —dijo en voz alta. Pero sólo le oyó el viento. Repitió las sílabas de tal modo que al ritmo del animal parecía el grito salvaje del gato montés en busca de compañera.

Cabalgaban hacia Soren.

Abú Bakr dijo:

—Prepárate a matar a tu enemigo.

—*Injaláh* —(Ojalá, Dios lo quiera), contestó Mid-e-Mid.

Y sintió miedo por vez primera desde que decidió matar a Tuhaya.

IV

ASTUCIA CONTRA ASTUCIA

E L *ued* Soren está limitado al oeste, al sur y al norte por bajas colinas. Hacia el este no se veía el final del *ued*. El lugar parece hecho adrede para mi asalto. Abú Bakr sospechaba que los *goumiers*^[73], los camellistas del *beylik*, le esperaban escondidos allí.

Abú Bakr se guardó de mandar sus camellos al pasto antes de que cayera la noche. Su célebre semental Inhelumé^[74] era demasiado conocido y habría podido traicionar la presencia del bandido.

Inhelumé no era muy grande, de modo que se le podía tomar por un animal joven. Pero tenía ocho años, media vida de camello a las espaldas.

Aquella noche Abú Bakr no dejó pastar libremente al camello, como de costumbre. Le puso dos trabas y mandó a Mid-e-Mid que hiciera lo mismo con el suyo. Luego, se subió a una colina y se puso a la escucha.

Mid-e-Mid pensaba: «¿Por qué no me dijo nunca mi padre que éramos parientes de Abú Bakr?».

No era deshonoroso ser un bandido. Y entre los ladrones de camellos y caballos del país Abú Bakr se distinguía

por un valor y una osadía de que carecían los demás. Los demás robaban en la oscuridad de la noche. Abú Bakr no temía presentarse a pleno sol. A veces se presentaba de improviso en un pozo para abrevar a sus camellos, y lo hacía incluso cuando los antiguos propietarios de esos camellos estaban allí cogiendo agua para sus rebaños. Algunos llegaban a saludarle cortésmente, ayudándole en el trabajo. Esto no impedía a Abú Bakr exigir encima un cordero a aquellas gentes. «Después de este trabajo tengo que comer bien», decía. Y echaba mano a un cordero, lo degollaba y lo dejaba

desangrarse. Luego, lo colgaba por las patas de atrás y le quitaba el corazón, el hígado, los riñones y los grasientos intestinos, después de abrirlo en canal. Por último le arrancaba la piel y se la echaba al propietario del animal. «Ya ves que te regalo algo», decía para colmo con su poderosa voz.



Pero si el robado esperaba que Abú Bakr le invitase por lo menos a comer con él el asado, se equivocaba de medio a medio. Abú Bakr acostumbraba asar el cordero atravesado por una rama, y se lo comía todo él solo, excepto la cabeza. Antes se comía los intestinos, y los ojos ante todo, considerados como golosinas excepcionales. Lo que quedaba de un banquete así no podía atraer ni a un chacal.

Abú Bakr se montaba luego, robustecido aún, a su camello y llevaba su rebaño a la montaña. Allí estaban sus pastos, en gargantas casi inaccesibles. Nadie osaba seguirle. La carabina que

llevaba a la espalda hablaba con un idioma sin sonidos, pero muy inequívoco.

Mid-e-Mid pensaba: «No tenemos ni carne ni mijo. Esta noche pasaremos hambre». Se acordó de que hacía veinticuatro horas que no probaba bocado. Buscó tabaco en un bolsillo de su manto y encontró un poco. Se puso a masticarlo.

Abú Bakr dijo entonces:

—Tuhaya tiene comida. Mañana nos saciaremos.

Cuando estaba a punto de levantarse oyó un lejano murmullo.

Al principio no percibió más que el

ligero murmullo de voces humanas. Pero el murmullo se acercó, y Abú Bakr pudo distinguir palabras.

Alguien decía:

—Te has engañado, Mohamed...

El llamado Mohamed contestó:

—Estoy seguro. Conozco las huellas de Inhelumé como las de mi propio camello.

—Es demasiado oscuro —dijo de nuevo la primera voz—; volvamos.

—Tenemos que estar muy cerca de él —dijo Mohamed—. Huelo humo. Humo de un fuego de excremento de camello. Tiene que ser él. Los pastores queman leña de acacia, que huele

distinto.

Abú Bakr había reconocido a uno de los dos: Mohamed Tuhaya. El otro debía de ser un *goumier*. Era posible que hubiera más *goumiers*. Y no podía provocar un combate sin saber cuántos eran sus enemigos. Aprovechó su ventaja. Con pasos de puma llegó hasta Mid-e-Mid, le sacudió hasta despertarle y le dijo al oído:

—Sígueme. Tuhaya está aquí.

Cogió el fusil, pero dejó la manta para no hacer ruido.

Describió un círculo para no acercarse al fuego. Mid-e-Mid le seguía pisándole los talones. Se deslizaban

agachados por las sombras que la luna proyectaba por los matorrales. Sus ojos registraban con esfuerzo el suelo, pues el crujido de una rama caída que pisaran o el ruido de un guijarro les habría traicionado. Abú Bakr se dio cuenta de que se encontraba en medio de una línea de hombres que registraban el terreno en guerrilla. Iban agachados como él y se habrían cruzado con él sin el menor ruido como vehículos sin conductor que obedecieran misteriosas órdenes.

Comprendió que era absurdo luchar contra fuerza tan superior. Se trataba simplemente de salvar la piel. Tocó suavemente a Mid-e-Mid, señalándole

el lugar donde Inhelumé roía ramas de un tamat. Era evidente que los *goumiers* no prestaban atención a los camellos. El *ued* estaba lleno de animales y sólo de día era posible reconocer las huellas o la silueta del célebre camello.

Abú Bakr puso la boca junto al oído de Mid-e-Mid: «Tú te sientas detrás de la giba», murmuró. Mid-e-Mid asintió. Percibió el peligro como un cosquilleo en la piel.

«¿Por qué voy a tener miedo?», se respondió sordamente. «Tengo Teljenyert al costado». Se dio cuenta de que todo el rato había llevado en la mano la empuñadura de la espada. El pomo estaba caliente y húmedo.

Abú Bakr lanzó un suave silbido, como el de las serpientes cuando se sienten amenazadas.

Inhelumé dejó de roer y se puso a escuchar en la dirección de la que había llegado el ruido. Abú Bakr volvió a silbar. Oyó a un hombre que decía: «Hay una víbora aquí», y luego, tres pasos rápidos, como los de uno que quiere alejarse precipitadamente de algún

peligro.

El camello se acercaba. La traba de los pies le impedía correr. Saltaba con las patas delanteras y ponía luego en el suelo pesadamente las traseras. Resonaba sordamente en la noche. Pero era un ruido que se oye mil veces en el *ued* cuando hay camellos pastando. No era sospechoso.

Inhelumé se paró ante Abú Bakr. El bandido le desató. Era fácil, porque la traba era un lazo corto con un nudo grueso en medio. Palpó el cuello de su animal hasta sentir el hocico entre los dedos. Agarró con la mano izquierda la anilla de la nariz y acarició mientras

tanto el blando morro superior del camello con la mano derecha. Inhelumé bajó poco a poco la cabeza.

—¡Scho! —murmuró Abú Bakr al oído del animal.

Obedientemente se arrodilló el gran animal. Pero no flexionó las patas de atrás, pues el jinete se había subido ya de un salto. Mid-e-Mid estaba paralizado de asombro. No había visto jamás que un camello se dejara montar sin chillar. Los camellos chillan siempre terriblemente cuando les montan y hasta intentan morder al jinete.

Abú Bakr se había puesto el albornoz como silla y había echado

hábilmente un lazo alrededor del hocico del animal. No había tiempo para pasar la cuerda, como es costumbre, por el anillo de la nariz. Tendió la mano a Mid-e-Mid y levantó al delgado muchacho como un pez el anzuelo. Mid-e-Mid se sentó detrás de la giba y agarró con las dos manos el cinturón de Abú Bakr. Sintió entre los muslos el calor del animal, aferró el cuerpo de Inhelumé con las piernas y vio cómo Abú Bakr cogió el fusil y disparaba.

La bala silbó por el aire, sin blanco, como silban cuando no encuentran la blanda resistencia de un cuerpo. «Lo ha fallado», pensó Mid-e-Mid. Pero no

sabía adónde había tirado Abú Bakr.

El bandido desvió el camello hacia la izquierda y le pegó con tal violencia en el cuello que el animal se contrajo y se lanzó, pese a la oscuridad, a un galope tan enérgico que los dos jinetes sintieron el viento como una cuchilla.

—¡Tuhaya! —gritó Abú Bakr— ¡ten cuidado con tu cabeza de chacal!

La respuesta fue una descarga cerrada. Pero las balas les pasaron lejos. Oyeron las voces de los *goumiers* excitados. Aún les llegaron jirones de gritos y de luz de linternas. Luego se los tragó la noche y quedaron fuera de peligro, de momento.

Abú Bakr disminuyó la velocidad y al cabo de un rato puso el camello al trote.

—¿Has visto cómo se hace? — preguntó, satisfecho.

—Sí —dijo Mid-e-Mid—, este camello es incomparable.

—*Evalá*^[75], así es —confirmó Abú Bakr—. No hay otro como Inhelumé.

—¿Contra quién has disparado? — preguntó Mid-e-Mid, mientras buscaba protección contra el viento de la noche, que penetraba helado en sus pobres ropas.

—Contra nadie. Sólo quería mostrarles que les he ganado en

astucia... Han estado a punto de cogernos... Tú dormías muy profundamente.

—*Evalá*, tenía mucho sueño y mucha hambre.

—Mañana cazaré una gacela —dijo Abú Bakr—. Ahora tenemos que cabalgar y ganar tiempo.

La pálida luna no permitía ver mucho. Abú Bakr conducía el camello hacia Samak. No tenía agua y debía llegar al pozo antes que sus perseguidores y procurarse un *idit*. Sin *idit* no pueden cubrirse grandes distancias.

Cabalgar sin silla es cosa dura.

Basta una hora para que duela el cuerpo. Pero Mid-e-Mid no dijo nada. Intentó poner una mano debajo de las posaderas para tener asiento más blando, pero se le durmió la mano y tuvo que retirarla.

Chilló un chacal y otro coro de chacales se sumó al gemido. Luego, rió la hiena. Y Abú Bakr, dijo entonces:

—¿Sabes lo que dice la hiena?

—Kalá (no) —contestó el chico.

—Dice: ¡Carne de Tuhaya! Presta atención cuando vuelva a hablar.

La hiena habló otra vez, y, realmente, Mid-e-Mid creyó que decía «carne de Tuhaya»...

—*Evalá* —dijo.

—Pronto —dijo Abú Bakr—, pronto podrá roerle los huesos... ¿Estás cansado?

—Kalá —contestó Mid-e-Mid. Pero lo estaba tanto que se habría echado a llorar.

—En seguida llegamos a Samak —dijo Abú Bakr. Cabalgaron sus buenas cinco horas y siempre al trote cuando lo permitía el terreno.

Se había puesto la luna. Sólo las estrellas les señalaban la dirección.

Cuando se detuvieron finalmente, el pozo de Samak se encontraba ante ellos, en una pendiente.

—Vamos a dormir hasta que salga el

sol —dijo Abú Bakr—. Luego cogemos agua, comeremos y seguiremos.

Mid-e-Mid no preguntó cómo podrían coger agua, sin tener *idit*. Tampoco preguntó qué iban a comer. Se echó en el mismo sitio en que bajó del camello. Abú Bakr le tapó con el albornoz y se echó él mismo junto al camello, manteniendo la rienda en la mano y atándole de tal modo las patas que no pudiera levantarse.

Cuando el sol, rojo y amarillo, se levantó por el *ued* de Samak aún estaban los dos dormidos como se habían echado.

V

EN EL *UED* DE SAMAK

EL pozo de Samak es lo que los tamaschek llaman un *erís*, es decir, un sencillo agujero, de poca profundidad, en la arena del *ued*.

Cuando Abú Bakr y Mid-e-Mid bajaron al *ued* desde la orilla sur no había junto al pozo más que unos pocos hombres y mujeres con rebaños de cabras y pequeños asnos grises.

A juzgar por sus ropas eran gentes de las montañas del Hoggar. Efectivamente, dijeron a los recién

llegados que eran Kel Ahenet. Habían pasado la época calurosa del año en el *ued* Tamanraset, que se extiende por el oeste hasta el Hoggar. Pero durante los meses secos se había terminado el agua. Por eso habían realizado la penosa marcha hasta Samak, esperando encontrar agua y pastos intactos.

Eran gentes pobres y tímidas. Habían reconocido al bandido y temían por su parca propiedad. Mid-e-Mid les era desconocido, pues nunca entraban en contacto con los *tamaschek* del *adrar* de Iforas.

—¿Estáis solos en el *ued*? — preguntó Abú Bakr sin soltar la rienda

de su camello.

—Kalá, hay otras familias que llegan hacia mediodía.

—¿Kel Ahenet como vosotros?

—*Evalá.*

—¿Y por qué vienen más tarde?

¿Hay poca agua en el *erís*?

Sacudieron la cabeza:

—Amán huláh (bastante agua), amán huskin (agua buena) —contestaron. Pero no había pasto en el *ued* de Samak. Para encontrar alemos para las reses y el jugoso yir-yir y las tamat, las acacias de flores amarillas para los camellos había que apartarse dos horas del *erís*.

Abú Bakr se acarició la barba.

—Abrevad mi camello —ordenó.

Los Kel Ahenet le señalaron el agujero, cuidadosamente recubierto con ramas espinosas.

—Las cabras han ensuciado el agua —dijeron—; espera hasta mediodía, que habremos abierto otro *erís*.

—Tengo prisa. Abrevad el camello —repitió duramente.

Hombres y mujeres echaron mano a las espinas sin decir palabra y descubrieron el *erís*.

—¿Qué tenéis de comer? —preguntó a los Kel Ahenet.

Los amenazados creyeron que ya habían hecho bastante con abrevar el

camello. Se decidieron a contestar.

—No tenemos nada, y nuestras tiendas están lejos.

Pero un chiquillo dijo:

—Tenemos esink.

Una mujer quiso teparle la boca, pero llegó demasiado tarde. Se volvieron de mala gana y trajeron la olla de puré. El chiquillo se asustó tanto de su error que se fue a esconder a las rocas. No entendía por qué no ofrecían comida al forastero, como a los demás huéspedes.

—Parece que habéis olvidado las leyes de la hospitalidad —dijo Abú Bakr.

Pero ellos aseguraron:

—No queríamos ofrecerte el esink porque no está a punto.

Abú Bakr metió la mano derecha en la pasta, hizo una bola, separó el *tagelmust* con la izquierda y se la metió en la boca: la pasta, efectivamente, no estaba en su punto.

—¡Manteca! —ordenó.

Echaron manteca rancia en el mijo y contemplaron cómo Abú Bakr y su compañero se comían el esink caliente.

«Estos hombres tienen mucha hambre», pensaron, y se dieron cuenta de repente de que el bandido debía de estar huyendo. Con ello recuperaron la

seguridad.

Con la boca llena señaló Abú Bakr un asno que llevaba un *idit*.

—Colgad el agua de la silla de Inhelumé —dijo.

Los Kel Ahenet no se movieron. Hicieron como si no hubieran oído. Mid-e-Mid no se atrevió a mirarlos. Y pese al hambre no consiguió tragarse el puré que tenía en la boca. Se estaba ahogando. Abú Bakr no le miró. Se levantó, se limpió las manos con arena y dio un tremendo bofetón al que tenía más cerca. El hombre se agarró la cabeza. El otro hombre se levantó, cogió el *idit* y se lo colgó a Inhelumé. Las mujeres

maldecían al bandido en voz baja.

Mid-e-Mid se había levantado asustado. La violencia de Abú Bakr le repugnaba. No comprendió por qué seguía con el bandido. ¿No se podía comprar el *idit*? ¿No habría podido regalar un cuchillo al Kel Ahenet? Su madre se lo había enseñado: un *tamaschek* da para recibir algo. Si quieres un cordero, da una cabra. Si quieres un camello, da un buey. Y si no tienes nada que dar y quieres comer y beber y ser como un hijo en una tienda ajena, hazte agradable y canta...

Hacía tiempo que no pensaba en su madre. Pero ahora le roían por dentro

esas palabras de ella. Se desató del brazo su cuchillo de hierro, sujeto con una cuerda y una vaina de cuero. Era un cuchillo malo. El mango de madera estaba gastado y la hoja mellada. Se lo echó al hombre al que había pegado el bandido.

—Por el *idit* —dijo, con voz ronca.

El cuchillo cayó en la arena. El hombre no se agachó a cogerlo.

Abú Bakr gruñó:

—Quédate con tu cuchillo, que te hará falta.

Pero Mid-e-Mid sacudió la cabeza silenciosamente. Había algo entre él y Abú Bakr, algo que no quedaba

superado por la lucha contra Tuhaya ni por el lejano parentesco. Era un abismo. Pero Mid-e-Mid no habría sabido describirlo. Y si alguien se lo hubiera explicado tampoco lo habría comprendido.



Sí. Abú Bakr y Mid-e-Mid eran diferentes como la piel fresca y el cuero seco, como el perfume y la espina del tamat, como el vacío y el amor en el corazón del hombre.

El bandido dio una patada a la olla, y la pasta de mijo se vertió perezosamente en la arena. Miró a su alrededor.

—¿No tenéis *imenas*? —preguntó.

Pero en el *ued* no había más que cabras y asnos. Ningún camello.

El hombre dijo:

—Ya ves que no tenemos camellos. Si tuviéramos te prestaríamos uno para tu hijo.

—No soy hijo suyo —dijo

Mid-e-Mid.

—En verdad no tenemos *imenas* —
repitió el hombre—. Es la verdad.

Abú Bakr se descolgó el fusil de un
tirón. El Kel Ahenet se tiró al suelo
gritando:

—¡Es la verdad, así Dios lo vea!

Pero el fusil de Abú Bakr apuntaba a
la muralla de piedra, a lo lejos, o al
sendero que bajaba desde el fuerte hasta
el *ued*. El hombre dejó de gritar y miró
al sendero.

Mid-e-Mid también y vio un hombre
que cabalgaba en un camello. Se
acercaba de prisa, pero su figura no era

aún más que una rayita azul que saltaba encima de la cabalgadura. Abú Bakr no le dejó acercarse. Tiró e hizo blanco. El hombre cayó al suelo, el camello siguió caminando unos pocos pasos más y luego se paró con indiferencia, como si no hubiera pasado nada o como si su dueño fuera a alcanzarle en seguida.

Abú Bakr se aseguró de que nada se movía detrás de la muralla, luego subió a Inhelumé y cabalgó hacia el hombre caído. Mid-e-Mid corrió detrás de él a grandes zancadas. También los dos Kel Ahenet le siguieron. Sólo las mujeres quedaron escondidas, atisbando, asustadas, desde sus escondites.

El hombre no estaba muerto. Pero no había duda de que no tardaría en estarlo. Abú Bakr le miró desde la altura de su silla. No le conocía. No era un *goumier*. Era viejo y vestía pobremente. Se dio cuenta de que había matado a uno que no tenía nada que ver con su persecución.

—¿Quién eres? —preguntó.

El rostro del viejo se ponía como de cera. Tenía la boca abierta y se veían numerosas mellas en su dentadura. Apenas se le oía o veía respirar. Había ya sombras velando sus ojos y anunciando la muerte. Pero al acercarse Mid-e-Mid los turbios ojos se dilataron, y temblaron los labios del viejo. No dijo

nada y murió echando la cabeza a un lado.

Mid-e-Mid estaba paralizado. El muerto que yacía ante sus pies descalzos era el anciano que le había informado sobre Tuhaya y le había descrito el camino hacia Timea'uin cuando él buscaba la burra. Era el amistoso anciano que había estado escuchando sus canciones junto con los demás pastores.

Abú Bakr le observaba.

—Tú le conoces —dijo.

—Hablé una vez con él. Era muy bueno.

—Creí que era Tuhaya —dijo Abú

Bakr—. Se presentó en mal momento y en mal sitio... Tengo que defenderme... No puedo esperar hasta que tire el otro...

—Éste no te había hecho nada — dijo Mid-e-Mid.

—Tampoco me hará ya nada — contestó, fríamente, Abú Bakr—. No puedes saber si un hombre es tu amigo o tu enemigo hasta que está muerto... Ahí arriba —y señaló el murallón de rocas — había soldados. Tiraron contra mí aunque no me conocían... ¡aquí! — Levantó su ropa y enseñó a Mid-e-Mid la gran cicatriz rojo-pálida que tenía por encima de la cadera—. Esto es de

aquellos soldados... y no me conocían.

—Pero éste era un anciano... —
insistió Mid-e-Mid.

—Eso quiere decir que habría
muerto pronto —dijo Abú Bakr con
amarga risa—. Esto le llega a todo el
mundo, también a mí.

Se volvió hacia los Kel Ahenet, que
estaban callados.

—¡Enterradle!

Hizo un gesto a Mid-e-Mid,
indicándole el camello del muerto.

—Móntalo. No tenemos tiempo para
charlar. Tenemos que marcharnos.

—Yo me quedo aquí —insistió
Mid-e-Mid.

—Tienes que darte cuenta de que también los inocentes sufren cuando Alah lo quiere —dijo Abú Bakr—. Sí. Alah quería que volviera a Él. ¿Y vas a decir tú que Alah es injusto?

Mid-e-Mid no contestó. Estaba lleno de tristeza y no tenía espacio en su alma para otras ideas.

—¿Y tú crees que va a haber justicia sólo porque tú quieres ser justo? Mira, Mid-e-Mid: cuando yo tenía tu edad también quería ser justo... Y mira en lo que me he convertido... ¿Crees que eso me pone triste? No, es que Alah me ha querido así... Alahú akbar, Dios es grande.

Mid-e-Mid miró firmemente al bandido. Firme en la arena, con las piernas separadas, levantaba la vista hacia Abú Bakr.

—Quiero la justicia, Abú Bakr... la quiero... la quiero.

—Elamduliláh.

—Si no soy justo... ¿cómo podré tener amigos?

—No hay amigos, Mid-e-Mid... ¡Piensa en tu padre! ¡Piensa en Tuhaya!

Los Kel Ahenet seguían abriendo la fosa con las manos.

Abú Bakr le urgió:

—Sube, no tenemos tiempo que perder. ¡Adelante!

—Me quedo aquí —contestó Mid-e-Mid—. No he hecho nada a nadie... Yo...

Se le había agotado la paciencia al bandido. Gritó, sombrío:

—¿Te ha hecho alguna vez algo la hormiga que aplastas con el pie?... Quédate y chúpale a Tuhaya el polvo de las sandalias...

Chascó la lengua, dio con los dedos de los pies al cuello de Inhelumé y dirigió el animal hacia la salida del *ued*.

Mid-e-Mid le siguió con insegura mirada y sollozó.

Cayó una salva de balas en la arena, y el eco se multiplicó por las rocas.

Abú Bakr lanzó Inhelumé al galope. Su burnús ondeaba a sus espaldas como una bandera parda; amarillas nubes transparentes de polvo quedaban atrás del camello, y el viento las desgarraba.

La segunda salva ya no fue siquiera en su dirección.

Abú Bakr había descrito un ángulo cerrado y había desaparecido entre matas y hierbas.

Pero Mid-e-Mid no había esperado a la segunda descarga. No supo decir más tarde cómo se había encaramado al camello sin dueño. Estaba en la silla y seguía las huellas de Abú Bakr con la ciega decisión que da el peligro mortal.

Tiraron contra él. Agachó la cabeza hasta la cruz de la silla y excitó tanto al animal con los talones que el camello empezó a echar espuma por la boca. No se volvió hasta que los primeros árboles le ofrecieron cobertura de las balas. Pero los *goumiers* no le seguían. Hamduliláh, pensó. Están cansados. Han tenido que cabalgar toda la noche para alcanzarnos...

No pensó que era el muerto el que le había salvado la vida. Cuando los *goumiers* llegaron al cadáver saltaron de los camellos y hablaron largo rato con los Kel Ahenet, haciéndoles muchas preguntas que los otros no supieron

contestar. Gracias a eso se escapó Mid-e-Mid.

—¿Quién es el hombre del segundo camello? —preguntaron.

—Es un muchacho —dijeron los Kel Ahenet.

—¿Y por qué huye?

—Habéis tirado contra él —dijeron los Kel Ahenet.

—Hemos tirado contra Abú Bakr —dijeron, gritando.

—¿Cómo se llama? —preguntaron luego.

—Mid-e-Mid —dijeron los Kel Ahenet—. Hemos oído que Abú Bakr le llamaba así.

Los *goumiers* prorrumperon entonces en exclamaciones de asombro.

—¿Mid-e-Mid? —preguntaban sin cesar—. ¿Mid-e-Mid, el que canta tan bien? ¿Mid-e-Mid, el hijo de Agasum? ¿Uno de ojos rasgados? ¿Con una boca como la de un renacuajo? ¿No habréis oído mal?

Se adelantó un hombre que no era un *goumier*. Llevaba el ropaje azul de los *tamashek* y era más viejo que los soldados del *beylik*. Los dientes le sobresalían del labio superior. Era el último que había llegado al *ued*, cuando Abú Bakr estaba ya fuera de vista y los fusiles estaban colgados de las sillas.

' El hombre rió maliciosamente, y dijo:

—Agasum es un enemigo del *beylik*, y Mid-e-Mid sigue su camino...

—Mid-e-Mid es muy joven —dijeron los *goumiers*—. No hemos oído nunca que Mid-e-Mid esté de partida con Abú Bakr... Lo que sabemos es que vive con su madre, y que visita de vez en cuando los campamentos de las tribus y canta...

Dijo Tuhaya:

—¿Y no sabéis que Abú Bakr y Agasum son parientes?

—No lo sabíamos —dijeron los *goumiers*.

—Pues ya lo sabéis —dijo Tuhaya—. Ahora podéis coger dos chacales en la misma trampa.

El jefe de los *goumiers* dijo entonces:

—Tenemos orden de capturar a Abú Bakr. Y no sabemos nada de Mid-e-Mid ...

Tuhaya preguntó:

—¿Por qué no los perseguís?

—Primero daremos de beber a nuestros *imenas* —dijeron— y luego les perseguiremos.

Los Kel Ahenet les dijeron:

—Nos ha robado un *idit* lleno de agua.

Llegaron las mujeres de los Kel Ahenet y mendigaron tabaco. Los *goumiers* se lo dieron. Luego empezaron a sacar agua para los camellos. Eran once *goumiers* y había que abreviar a once camellos más el de Tuhaya. Nadie se preocupó del viejo muerto.

Cuando finalmente salieron de Samak los fugitivos llevaban una ventaja considerable; pero sus huellas estaban tan claramente escritas en la arena que los perseguidores podían seguirles sin esfuerzo.

La dirección de las huellas indicaba la ruta de Tirek.

VI

LA VIDA DE UN BANDIDO

TRES días de cabalgada había hasta la fuente de Tirek^[76]. Era la única huida posible para Abú Bakr: el camino hacia el norte, hacia el seco corazón del desierto. Sabía que los *goumiers* le perseguirían como los *tamaschek* cazan al león: en grupo numeroso, noche y día y sin cansarse. Le perseguían hombres de su pueblo, aunque llevaran el correaje y las cartucheras del *beylik*.

Llegaría a Tirek antes que los *goumiers*. Pero ellos le seguirían.

Seguro, Inhelumé aguantaría mucho, más que los mejores camellos del *beylik*. Pero incluso el animal más fuerte llega al límite de sus fuerzas cuando su jinete le exige demasiado. Y Abú Bakr sabía qué ocurría entonces. Lo había visto más de una vez en su vida: el camello se caía redondo, muerto, después de trotar realmente hasta el último respiro. Luego, después de eso, no podía resucitar, estaba muerto de verdad; y el hombre... el hombre moriría muy poco después, a menos que llegara alguien a darle otro camello.

Eso iba pensando Abú Bakr mientras espoleaba con el pie el trote regular del

camello.

Aquella tarde se le ocurrió una salida. Se volvió hacia Mid-e-Mid, que cabalgaba cerca de él, con esfuerzo para mantenerse al ritmo de inhelumé. El animal que llevaba era demasiado joven y, probablemente, no había estado nunca sometido a semejante prueba.

—¿Puedes aún cabalgar? —preguntó a Mid-e-Mid.

—Sí —contestó Mid-e-Mid—. Pero el camello es débil. Está sudando. Se lo huelo. Es un olor característico, dulzón y aceitoso que los camellos exhalan cuando están demasiado cansados.

—Le dejaremos descansar —

contestó Abú Bakr. Comprendió que tenía que mesurarse si no quería matar la montura de Mid-e-Mid.

Encontraron un lugar cubierto de had seca. Inhelumé empezó a comer inmediatamente. Esta planta salada es muy del gusto de los camellos cuando está fresca. Si está seca no la comen más que cuando han bebido abundantemente. El camello de Mid-e-Mid estuvo largo rato echado en la arena, con la cabeza hacia atrás, como si quisiera contemplar el mundo por encima de su giba. Luego se echó aún más y contempló el paisaje.

—No ha bebido en Samak —dijo Abú Bakr—. Por eso no se come la

hierba seca.

Mid-e-Mid asintió, preocupado. Se levantó para coger leña.

—Hasta Tirek aguanta —añadió Abú Bakr.

Hicieron un gran fuego, pues los perseguidores no llegarían allá sino dentro de algunas horas. Habían cabalgado de prisa y sabían que los *goumiers* perderían tiempo en Samak por dar de beber a los animales.

Abú Bakr cazó una gacela. Era un macho potente. Tenía incluso algo de grasa en el vientre. Lo despellejaron y cortaron la carne en anchas lonchas. Pusieron unas al fuego para que se

asaran y colgaron otras de un árbol, para que se secaran.

Abú Bakr había tostado una pata directamente a la llama y se comió con gusto la carne cuando aún estaba cruda. Ya había terminado de comer antes de que Mid-e-Mid abriera el *abatal*^[77] y quitara las piedras.

—¿Quieres? —preguntó, cortésmente Mid-e-Mid.

—No, me basta —dijo Abú Bakr, y cogió otra pata.

Mid-e-Mid se comió él solo el *abatal* y se sintió saciado y cansado. Cogió una espina y se mondó con ella los dientes de restos de carne, mirando a

Abú Bakr que repasaba cuidadosamente los huesos.

El sol se hundió bajo la línea en que se tocan cielo y desierto. Inhelumé se había echado y el camello de Mid-e-Mid mordisqueaba sin gusto la hierba seca. El calor del día irradiaba aún por la llanura.

Durmieron un rato. Cuando se despertaron estaba ya la luna en el cielo. Bebieron agua y hablaron. Hacia medianoche querían ponerse en marcha, para llegar a Tirek a la noche siguiente.

Abú Bakr removi6 el fuego y le ech6 leña.

Luego dijo:

—No pueden llegar aquí antes de la medianoche. Y cuando se ponga la luna no verán nuestras huellas.

Mid-e-Mid asintió:

—No han dormido la noche pasada.

Pero Abú Bakr se rió:

—Cuando yo era joven podía pasarme cuatro noches sin dormir... Podía matar al camello que montaba antes de caedme yo de la silla dormido.

Se puso a la espalda la silla de Mid-e-Mid para estar más cómodo.

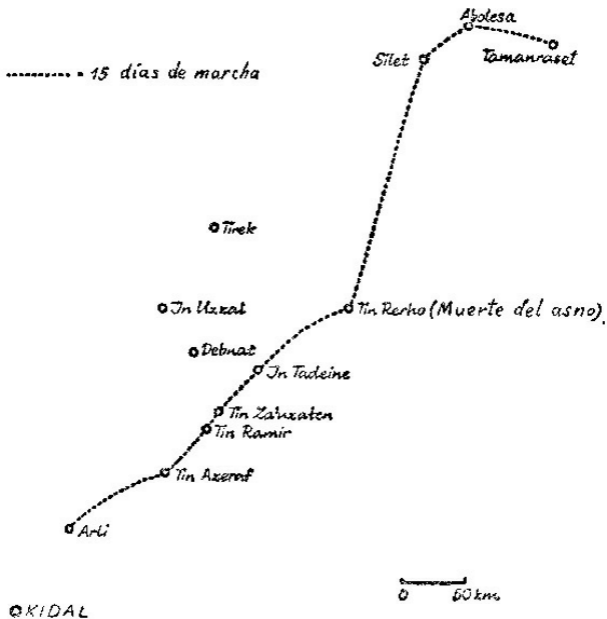
—Sí, yo he aguantado más que otros... y todavía puedo hacerlo hoy...

Retiró los pies, pues el viento empujaba las llamas en su dirección.

—¿Y siempre has sido bandido? —
preguntó Mid-e-Mid.

—No —dijo Abú Bakr—. Me hice
bandido cuando me se paré del *beylik*.

—¿Tú has sido soldado del *beylik*?
—Mid-e-Mid no podía imaginarse a
Abú Bakr como soldado.



—No siempre he sido tan sabio como soy hoy —dijo el bandido, cuando yo tenía la edad que ahora tienes tú, me

presenté al *beylik*. La tienda de mi padre estaba en el *ued* Arli Mennen, y el *beylik* estaba en Tamanraset^[78], en el Hoggar. Cogí un asno y me marché a Tamanraset. En el camino se murió el asno. Pero encontré otro junto al pozo de Tin Rerho^[79], y éste me llevó hasta Tamanraset. Necesité quince días... En Tamanraset me dijeron: eres demasiado débil. Pero yo estaba débil porque no había comido nada en tres días. El hecho es que no entendían bien mi lengua; así, que me volví al *ued* Arli Mennen. Dos años más tarde volví a Tamanraset. Esta vez no necesité más que trece días. El primer asno se murió también en Tin

Rerho, cerca de la duna en que está el agua. Encontré otro. Se me reventó en Abalesa^[80]. El tercero me llevó hasta Tamanraset. Cuando les dije que había llegado en trece días de Arli no me quisieron creer.

—Bueno —continuó—. En Tamanraset me dijeron: he aquí un camello y he aquí este saco. En el saco hay cartas para el *beylik* de Kidal. Vete a Kidal y vuelve. Si consigues hacerlo en menos de veintidós días puedes quedarte con nosotros y tendrás fusil y balas. Así me dijeron. Pero los veintidós días son con un buen camello. Ya sabes tú.

—Sí —dijo Mid-e-Mid—. Una vez mi padre...

—Déjame que termine —rugió Abú Bakr—. Cogí el camello medio muerto y salí para Kidal. Al quinto día comprobé que con aquel camello no podría hacerlo en menos de veintidós días. Por la noche vi un fuego y me dirigí allá. Pero me di cuenta de que eran gentes poco gratas en este país. Eran *tamashek ulimindés*^[81]

...

—Ajá —dijo Mid-e-Mid—. Serían gentes de la tribu *ulimindés* de los *imojar*^[82].

—Así era, por Alah —dijo Abú Bakr. Y el camello *inhelumé* se movió,

dejando la cara del bandido, redonda y térrea, a la luz de la pálida luna.

—Eran imojar y volvían de un *rezzu*^[83]. Tenían un botín de buenos camellos. Me deslicé hasta su fuego y les oí hablar. Pensé que era el momento para ganar algo. Qité la silla de mi camello y la puse en uno de los suyos. Le colgué el saco de cartas y le aseguré el *taramt*. Me volví al fuego y cogí uno de sus fusiles. Pero me oyeron. Entonces le pegué a uno un tiro en el vientre. Me dejaron y me marché.

—¿Y no te siguieron? —preguntó, excitado, Mid-e-Mid.

—No lo sé —dijo Abú Bakr. Se

aclaró la voz—. Les había cogido el mejor camello. En trece días llegué a Kidal y le di el correo al *beylik*. El *beylik* no quería creer que hubiera cabalgado así. Pero creo que en las cartas que le di estaba escrito el día. Serví seis años al *beylik*.

»Luego luché contra los tamaschek Air^[84] y luego contra los ulimindés del Río. ¿Crees tú que yo era un cobarde?

—No lo creo —dijo el joven.

—¿Crees tú que sé tirar?

—Lo sé —dijo Mid-e-Mid.

—Maté más hombres que ningún otro soldado del *beylik*. Ésa es la verdad. —Respiró profundo. Sentía aún

la indignación de un hombre al que se ha
hecho una gran injusticia.



—Yo era el mejor *goumier*, y nadie conocía el desierto como yo. Pero un día maté una gacela que estaba grávida y me la comí, porque tenía hambre. Pero lo supo el *beylik* y dijo que había que castigarme. Creo que un mal espíritu, un *effrí*^[85], le metió eso en la cabeza, pues yo no había cometido ninguna injusticia.

—Cierto que no —dijo Mid-e-Mid—. Matar una gacela cuando se tiene hambre no es ninguna injusticia. Seguro que fue un *effrí*.

—Me llevaron a una casa sin ventanas y me dejaron dentro.

—Ya sé lo que es —dijo Mid-e-Mid—. Mi padre está en una casa así. Pero no

tiene techo. Sólo unas paredes muy altas. Le llaman cárcel.

—Sí, así hacen las cárceles hoy, sin techo, para que se pueda ver el cielo, y el sol y las estrellas, y para que se pueda oler el aire. Pero mi casa era oscura. No podía ver el cielo. Allí me dejaron dos días. Llegó un hombre a darme agua. Cogí el cubo y lo vacié, pues tenía mucha sed. Vi que el hombre podía abrirme la puerta, tenía llaves en la mano. Entonces le tiré el cubo vacío a la cabeza y se la tapé, le encerré en la casa y me marché. Ensillé el camello, cogí el fusil y me marché al *ued* Arli Mennen, con mi padre.

—Y no has vuelto a ser nunca un hombre del *beylik*.

—No, nunca más —dijo Abú Bakr—. El *beylik* no me buscó más, y yo tampoco fui a verle. Pero un día, un año después de la muerte de mi padre, llegó Intaláh...

—¿El *amenokal*? —se le escapó a Mid-e-Mid—, ¿el padre de Ayor Jaguerán?

—Claro. ¿Qué tiene de raro? Llegó porque quería un regalo. Ya sabes que Intaláh es un *ilelán*, un noble, y que de vez en cuando va a ver a los vasallos, a los *imrad*^[86] como tu padre y mi padre, y les exige regalos. Siempre ha sido así

entre nosotros, los tamaschek. Le di a Intaláh un cordero bien gordo y un ternero robusto.

—Yo había heredado de mi padre dos *iklán*^[87]. Te aseguro que los dos esclavos negros vivían bien en mi tienda. Mi rebaño no era muy grande. Era poco trabajo llevar mis animales al agua y ordeñarlos mañana y noche. Comían todo lo que querían y yo les pegaba poco. Pero con los *iklán* pasa lo mismo que con el *beylik*: nunca sabes lo que llevan entre ceja y ceja.

Los *iklán* me robaron dos de mis mejores camellos y se escaparon. Llegaron unos hombres y me dijeron:

hemos visto a tus *iklán*: van hacia el Río^[88]. Cabalgué, persiguiéndoles. Pero no habían ido hacia el Río, sino a Kidal, y dijeron al *beylik* que se habían escapado.

—Y el *beylik* los castigó... —
insinuó Mid-e-Mid.

—Eso creí yo, pero fue muy distinto. El *beylik* dijo que es injusto tener *iklán* y que no tenían que volver a mi *hokum*, y que yo no podía castigarlos. Dijo que eran libres como nosotros, los *imrad*, más, dijo que eran libres como nuestros nobles, como los *ilelán*. Así dijo.

—No lo entiendo —dijo Mid-e-Mid —. Eran negros y habían nacido

esclavos.

—El *beylik* dijo que estaba prohibido tener *iklán*, y que yo estaba en injusticia. Me devolvió los camellos que me habían robado, pero no me devolvió los *iklán*. Yo pensé que Intaláh me había prometido ayuda contra el *beylik* y me fui a su *hokum*. Le dije: Intaláh, se me han escapado los *iklán* y el *beylik* no quiere devolvérmelos. ¿Qué tengo que hacer?

Intaláh dijo: «Quizá necesite el *beylik* tus *iklán* y te los devolverá más adelante». Yo le dije: «No lo entiendes. Dice que no les puedo pegar y que no puedo recuperarlos por la fuerza.»

Intaláh envió un emisario al *beylik* de Kidal y le preguntó si era verdad lo que yo le había contado. El *beylik* dijo que era verdad y que los *iklán* habían llegado ya al Río y que no volverían nunca.

Entonces dijo Intaláh: «No puedo hacer nada por ti. Contra el *beylik* no puedo hacer nada».

Entonces le dije: «Pues me has engañado». Y él mandó que sus *iklán* me echaran de su *hokum*.

Cantó, agudo, un pájaro nocturno. El fuego rugía al viento. Mid-e-Mid tenía la boca abierta y no perdía de vista los labios de Abú Bakr.

—Volví aquella misma noche y maté a los *iklán* de Intaláh. No fue mucho trabajo. Eran cobardes, como todos los negros. Pensé: Intaláh se lo dirá al *beylik*. Pero vino él personalmente a vengarse, quemó mi *hokum* y se llevó mis rebaños: los camellos, las vacas, las cabras, los corderos y hasta los asnos. Ya ves: por eso estoy contra los príncipes, que no tienen ningún poder, y contra Intaláh, que me quemó el *hokum*... Dime tú, ¿podía yo hacer otra cosa sino echarme al monte? Desde aquel día me he apoderado siempre de lo que necesitaba. Y lo seguiré haciendo, *injaláh*.

Mid-e-Mid le preguntó:

—¿Y por qué asaltaste el *hokum* del *marabú*?

—Me dijeron que estaba allí el hijo de Intaláh y pensé que era hora de mostrar a su padre que su poder no vale en el norte. También tenía que mostrar al *marabú* que mientras yo viva no podrá acoger sin castigo al hijo de Intaláh...

Mid-e-Mid insistió:

—El *marabú* no había cometido ninguna injusticia contra ti...

Abú Bakr se puso a chillar:

—Y yo, sabihondo, charlatán, ¿qué he hecho yo? ¿Le hice injusticia al *beylik* que me robó mis *iklán*? ¿Le hice

injusticia a Intaláh, que faltó a su promesa y que me hizo echar de la tienda, a mí, a un libre, por sus *iklán*? ¿Qué es justicia y qué es injusticia? ¡Piensa en tu padre! ¿Hizo injusticia a Tuhaya? —Bufaba de enfado e irritación.

Mid-e-Mid dijo, entonces:

—Has hablado mucho esta noche.

Mi cabeza no consigue entender todo.

Abú Bakr le miró firmemente y sus oblicuos ojos rebosaban de tristeza animal.

—Tendrías que haberlo entendido — dijo, amargado.

Contempló la luna.

—Pronto se pondrá la luna —dijo—. Vámonos. Te doy Inhelumé. Yo cogeré el camello joven.

—No —contestó Mid-e-Mid—. Cuando nos persigan podrás salvarte si llevas a Inhelumé... Con el otro animal...

—Nos salvaremos los dos —dijo Abú Bakr—. Tendremos que separarnos. Yo iré con el camello joven hasta Tirek y tú cabalgarás a Inhelumé hasta Tin Za'uzaten^[89]. En las montañas de Tin Za'uzaten están mis rebaños de camellos. Te cuidarás de ellos hasta que yo vuelva. Mientras tanto, Inhelumé es tuyo.

—Bueno —dijo Mid-e-Mid— pero cuando vean que se separan nuestras huellas seguirán las de Inhelumé.

N

Tamanraset

- Timisau
- Jn Aza'ua

• Tirek (Agua)

Abu Bakr

• Jn Uzzal (no hay agua) • Tin Rerho

• Debnat (no hay agua)

• Tin Elha'ua (no hay agua)

• Tin Zanzaten (agua)

• Tin Ramir

• Arli

50 km

• Kidal

S

—Eso es lo que quiero —dijo,

pensativo, Abú Bakr—. Te seguirán a ti y luego se volverán. No hay agua hasta Tin Za'uzaten. Los pozos de In Uzzal^[90], Debnat^[91] y Tin Elha'ua^[92] están secos. Con Inhelumé puedes ir por la pista. Inhelumé aguanta diez días sin agua. Los camellos del *beylik* no los aguantan. Y tú con tu *idit* llegas hasta Tin Za'uzaten.

—¿Y cómo encontraré la pista? — preguntó Mid-e-Mid.

—Ahora te la pinto en la arena — dijo Abú Bakr.

A la luz de la luna poniente dibujó Abú Bakr en la arena la *aberid*^[93], con las peculiaridades del camino y las estrellas, y decía en cada punto las horas

de camello.

Mid-e-Mid se lo aprendió todo y dijo:

—Ya me he dado cuenta. Ahora dime cuándo estarás de vuelta.

'—Volveré cuando Tuhaya y los *goumiers* estén también de vuelta hacia el sur. Y ellos se volverán cuando vean que no me alcanzan en Tirek. Ya ves que he pensado en todo.

—Sí, has pensado en todo — confirmó Mid-e-Mid. Recogieron la carne seca de las ramas, cargaron los camellos y montaron.

—*Bismiláh*^[94] —dijo Mid-e-Mid.

—*Bismiláh* —contestó Abú Bakr. Y

se separaron.

Cuando los *goumiers* llegaron a la hoguera ya estaban las cenizas frías. Siguieron hacia el norte y al llegar el alba se dieron cuenta de que habían perdido las huellas de Inhelumé. Entonces se dividieron. El jefe de los *goumiers* y tres de sus hombres siguieron hacia Tirek. Tuhaya y los otros siete *goumiers* se volvieron.

—Donde esté Inhelumé está Abú Bakr —dijo Tuhaya. Cabalgaron de vuelta unas tres horas. Y vieron que las huellas de Inhelumé se dirigían hacia el sudeste.

Tuhaya dijo a los *goumiers*:

—Conozco a Abú Bakr. Se ha ido a In Uzzal, allá en las montañas. De In Uzzal irá a Debnat. Le cortaremos el camino y le cogemos en Debnat.

Dejaron, pues, las huellas del camello célebre y se dirigieron a Debnat en el frescor de la mañana.

VII

EL BUITRE

AL salir el sol Abú Bakr se encontraba según sus cálculos a unas ocho horas de camello al sur de Tirek. Ya podía reconocer en el vapor del alba el gran banco rocoso en cuyo centro se escondía el pozo entre grises bloques de piedra: le bastaba para ello llevar el camello a lo alto de una duna. Pero entre él y su meta se extendían vacías llanuras de arena granosa.

No se volvió a ver si llevaba cerca a sus perseguidores. Les llevaba gran

ventaja. Además, estaba seguro de que los *goumiers* seguirían las huellas de Inhelumé y si se dividían él llegaría de todos modos antes a Tirek y podría buscar un escondite en el roquedo, por encima del pozo. Desde allí le sería fácil impedirles llegar al agua.

«Son tontos», pensó. «No creerán que le he dado el camello a Mid-e-Mid». Y pensó también: «Si el chico sigue la *aberid* que le he dibujado no lo encontrarán... Tendrán que volverse y les costará trabajo llegar a Samak. ¡Qué vergüenza será para Tuhaya...!».

Había llegado la hora del gran calor. El camello pisaba su propia sombra.

Abú Bakr sentía sed. Pero tenía que aguantar hasta Tirek; el *idit* estaba bajo la panza de Inhelumé. Se transformaba el paisaje: Aparecieron negras pendientes y erosionadas mesetas.

El animal se disponía a superar una altura. La furia del *tamadalt*^[95] parecía multiplicarse en aquel lugar. Encorvado se aferró Abú Bakr a la silla, para que no le arrancara de ella el viento. Pero el camello fracasó. Chilló, espantado, y se paró. El bandido se echó al suelo, cogió el *taramt* y tiró del animal. En vano. Le pegó con el látigo de cuero y le dio patadas en las rodillas. Pero el camello se dejó caer al suelo y estiró el cuello

por la tierra.

Abú Bakr sabía que cuando los camellos se tiran al suelo en esas circunstancias no se les debe obligar a levantarse. Se ponen rebeldes, muerden y cocean y ponen en peligro al hombre y a sí mismos con saltos absurdos.

Dio varias vueltas al *taramt* en su brazo izquierdo y se pegó a la parte del animal que le protegía del viento; se dejó el *tagelmust* cerrado, con la cabeza inclinada hacia el suelo como el camello. Así estuvo varias horas. Luego cedió un tanto la violencia de la tempestad.

—Hamduliláh —dijo, agradecido.

Le rechinaban los dientes de la arena que se le había metido en la boca. Tenía los labios reseco como tierra. Al tocar con la boca casualmente el dorso de la mano notó que sabía a sal.

Se puso de rodillas y pronunció la oración de la tarde a pesar del *tamadalt*.

La oración fue corta. Se levantó e intentó averiguar en la tempestad cuál era el sendero que debía coger para superar la cumbre de aquellas colinas.

Se decidió por un camino que discurría entre sueltas ruinas de la roca, y tiró brevemente del *taramt*. El camello chilló y casi se rompió el cuello por ceder al tirón que sentía en la nariz.

Pero no se levantó.

—¡Scheitán! —(¡Satán!) gritó, colérico, Abú Bakr—. Ahora te voy a dar unas piernas nuevas.

Le azotó violentamente y le dio patadas en las ijadas. El animal intentó morderle, se levantó, finalmente, con chillidos de cólera y se quedó en pie en tres patas. Tenía encogida la pata izquierda delantera, casi sin tocar el suelo.

Abú Bakr creyó comprender: se habría pinchado con una espina o herido la planta con alguna roca. Se inclinó a estudiar la pezuña. No pudo ver herida, pero el animal chillaba cuando le

tocaba. Cuando intentó coger la pata con las dos manos para ponerla en el suelo, el camello le mordió el hombro.

No penetró el mordisco gracias al albornoz y a la *gandura*^[96]. Abú Bakr dio, asombrado, un paso atrás.

—Conque no quieres —dijo—. Pero yo sí quiero, y aquí sólo decide uno, yo, Abú Bakr. Te lo voy a enseñar.

Rebuscó en los bolsillos y recogió polvillo de tabaco de las costuras.

—Necesitas un refresco —dijo. El animal le miró con el morro superior levantado.

—¡Aquí tienes! —le frotó el polvillo de tabaco por los ojos,

agarrando al camello por los ollares, de modo que no pudiera moverse.

El camello cerró los ojos mientras le goteaban gruesas lágrimas azuladas. Abú Bakr estaba seguro de que aquella medicina comprobada produciría el efecto deseado.

Pero el joven camello no se movió: ni que le tiraran de la nariz, ni que le fustigaran, ni que le dijeran palabras amistosas. Tampoco el tabaco hizo efecto.

Con los ojos semicerrados contempló el bandido la pata del camello. Estaba colgando como si no formara parte del cuerpo: el animal se

había roto la pata.

La frente de Abú Bakr se cubrió de perlas de sudor.

—¡Animal de Scheitán! —gritó—
¡vaca inútil!

El animal seguía llorando para limpiarse los ojos de polvillo de tabaco.

Abú Bakr colocó una bala en el fusil, apuntó a la oreja. El ruido fue sordo y la bala hizo un gran agujero. El camello tembló, cayó y resbaló por la pendiente, con la boca abierta y los amarillos dientes afuera. Le temblaron convulsivamente las patas. Se desgarró la cincha de la silla.

Con el corazón lleno de amargura

vio Abú Bakr cómo salía la sangre y se formaban hilos rojos, pronto secos en la arena.

—¡Maldita la yegua que te amamantó! —gritó. Pero el animal estaba muerto.

Tan furiosa era su cólera que cogió piedras y apedreó el cadáver.

Calmado, se apartó de allí. Se colgó el fusil y subió pendiente arriba con los hombros arqueados contra el viento.

«También llegaré a Tirek, a pie», pensó, «y allí veremos». Un hombre armado no es un hombre perdido. Deseó que los *goumiers* estuvieran en sus talones. Derribaría a los primeros de la

silla con tiros precisos, pensó; los otros huirían y él podría coger los camellos libres. Pero luego volvió a dudar de que le estuvieran siguiendo. ¿No estarían todos detrás de las huellas de Inhelumé?

Se aclaró el cielo. El azul brilló entre las nubes y los remolinos de polvo.

«La suerte está conmigo», pensó. «Ha pasado el *tamadalt*».

Apareció en el cielo un puntito negro, se agrandó y empezó a bajar en espiral.

«Lo has adivinado, hermano», murmuró Abú Bakr. «Ve allá. Hay carne detrás de la colina».

El blanco pájaro bajó tanto que Abú Bakr vio sin levantar la cabeza la poderosa envergadura de una ala. En vuelo rápido y de suave balanceo planeó por encima de la colina y desapareció a espaldas del caminante.

Desde una altura comprobó Abú Bakr que estaba en buena dirección. Vio el negro macizo de las montañas de Tirek y creyó incluso identificar, como tras vidrios turbios, la duna blanca junto a la cual se encuentra el pozo.

Bajó, tranquilizado.

La tormenta de arena levantaba de nuevo nubes grises. Ráfagas violentas se precipitaban en las gargantas, se

lanzaban contra el solitario y le cubrían de arena. Se enturbió el cielo de nuevo.

Abú Bakr tropezaba. Le cegaba la arena. Echó los brazos hacia delante y avanzó inclinado, como el que lleva una pesada carga.

«Tengo que pararme», pensó. «Es inútil. El *tamadalt* es demasiado fuerte».

Se dejó caer, se tapó la cabeza con la *gandura* y se mantuvo apretado al suelo con manos y codos. Notaba los pinchazos de la arena en su cadera desnuda y el tirón del viento al *sarual*^[97] negro. «Tuhaya no aguantaría esto», pensó. «Me gustaría verle morir».

«Agua me haría falta», pensó. «Me gustaría mejor si tuviera un poco de agua. Pero ya no está lejos Tirek. He visto la duna. Y la duna está al lado del pozo».

Una vez se destapó la cabeza y creyó ver el buitre sentado allí cerca. Se espantó y tiró. Pero al levantar el gatillo vio que no había tal buitre. Volvió a taparse.

Tres días más tarde, de vuelta de Tirek, encontraron los *goumiers* su cadáver. Un buitre había comido de él. Le reconocieron por su cabeza, intacta, con la frente rasurada. Reconocieron la grande y basta nariz y la barbilla un

poco hundida. Tenía la boca abierta.

Estuvieron pensando en cómo habría muerto, pues no querían creer que un hombre como Abú Bakr hubiera sucumbido en una tormenta de arena.

Metieron la cabeza del bandido en una bolsa de la silla, se pelearon por su fusil y se pusieron en marcha hacia el sur, hablando excitadamente.

Pese a la prueba que llevaron, pasaron años antes de que los tamashek creyeran que Abú Bakr había muerto de sed.

VIII

MID-E-MID Y EL LOCO

CUANDO a los seis días de haberse separado de Abú Bakr Mid-e-Mid, hambriento y agotado, con un resto de agua turbia en el *idit*, vio ante sí el *ued* de Tin Za'uzaten, no sospechaba nada de la tragedia que había tenido lugar a su espalda.

Tuhaya y sus gentes habían cabalgado en línea recta hasta el pozo de Debnat. Ni por el camino ni en su meta encontraron huellas de Inhelumé. Eso se debía a que Mid-e-Mid había

marchado mucho más al sur, siguiendo las instrucciones de Abú Bakr. Había evitado todos los lugares de agua y se había apresurado a llegar sin pararse a Tin Za'uzaten.

Debnat estaba seco.

Tuhaya dijo a los *goumiers*:

—Tenemos que esperar aquí. Abú Bakr cree que hemos ido a In Uzzal siguiendo su engaño. Pero yo sé que viene hacia acá.

Los *goumiers* le contestaron:

—Abú Bakr tiene un pacto con el diablo, y también lo tiene Inhelumé. ¿Y si hubiera cogido otro camino y no el de Debnat, Tuhaya?

Pero Tuhaya no se dejó convencer.

Los *goumiers* dijeron:

—Tuhaya, tenemos que volvernos.

No creemos que llegue Abú Bakr.

Tuhaya insistió en que había que esperar en Debnat, por lo menos un día más.

—Bueno —dijeron los *goumiers*—, un día lo aguantarán los *imenas*.

Otro añadió:

—Habríamos debido seguir las huellas de Inhelumé en vez de dar vueltas por el desierto. Dinos qué damos de comer a los camellos. A ver, enséñanos una gacela para que podamos comer nosotros.

Tuhaya no contestó. Un *goumier* resolvió:

—El que quiera quedarse, que se quede. Yo voy a ensillar el camello y me vuelvo.

—Con estas nieblas de arena^[98] — repuso otro— no puedes cabalgar.

Pero el otro no se dejó convencer. Faltaba la mano dura del jefe del pelotón.

Algunos se sumaron al que se marchaba. Otros prefirieron quedarse con Tuhaya. Otros, por último, propusieron dirigirse a Tirek para reunirse allí con el otro grupo.

No consiguieron ponerse de

acuerdo. En la oscuridad de la noche partieron los primeros... llevándose los *idits* de agua de todos.

A la mañana siguiente los que se habían quedado se dieron cuenta de lo que había ocurrido. Ciegos de ira azotaron a Tuhaya con los látigos. Éste salvó la vida prometiendo con juramentos que les llevaría en seguida a Samak. Durante semanas llevó en la piel de todo el cuerpo los verdugones verdes y azules.

Vieron que los que les habían robado los *idits* habían cogido la ruta del sur y quisieron obligar a Tuhaya a hacer lo mismo. Le costó mucho trabajo

convencerles de que en esa dirección no encontrarían agua hasta las montañas de Iforas.

Finalmente, consiguió llevar a aquellos hombres presa del pánico hasta Samak, en una terrible marcha forzada que le costó su camello.

No se supo nunca nada del otro grupo. Eran tres hombres. Debieron de morir camino del sur. Nadie los vio en ruta, ni vivos ni muertos.

El paradero de Mid-e-Mid siguió siendo un misterio durante mucho tiempo.

Había pastores que decían haberle visto de noche junto al pozo de

Timea'uin, cogiendo agua. Otros afirmaban que habían oído su voz. Pero nadie sabía nada concreto.

Algunos relacionaron su desaparición con la de Abú Bakr. Pensaron que el bandido le había matado después de raptarlo de la tienda del *marabú*.

Todo el mundo hacía preguntas a los *goumiers* que le habían perseguido en Samak. Pero sus explicaciones y descripciones no aclaraban nada. Y cuanto más extraños eran los rumores sobre Mid-e-Mid tanto más célebres y gustadas se hacían sus canciones. La canción de burla sobre Tuhaya fue

conocida por todos los tamaschek, y también la que cantaba la belleza de Tiu'elen se difundió por el Adrar de Iforas.

Tiu'elen supuso que Mid-e-Mid había muerto y le lloró mucho. De todos modos, no habló a nadie de ello. Pero se hizo más seria que antes y más cerrada en sí misma; no salía del *hokum* más que cuando los trabajos domésticos la obligaban a ello.

Sólo una mujer siguió creyendo firmemente que Mid-e-Mid no había muerto: su madre.

—Vendrá a traerme la asna —decía cuando alguien le preguntaba por su

hijo.

—Si tú lo dices... —asentían los pastores. Pero no se lo creían.

Los choques sangrientos con los kunta^[99] consiguieron que las cosas de Mid-e-Mid y Abú Bakr pasaran a segundo término y se olvidaran un tanto. Junto al pozo de Aselar^[100] había tenido lugar un batalla. Los tamashek la habían perdido y se veían excluidos por los kunta de la utilización del pozo. Se pidió a Intaláh que hiciera algo por su gente. Entonces, llamó a su hijo Luna Roja que volviera del norte.

Mid-e-Mid se acercó al *erís*^[101] de Tin Za'uzaten en cuanto se hizo de

noche. Abú Bakr le había dicho que junto a aquella agua no había más que un hombre, el cual se llamaba Kalil y estaba loco.



Mid-e-Mid vio el fuego de Kalil.

Kalil se había hecho una cabaña de paja y ramas entre unas rocas, en la orilla. Cultivaba bayas y cebollas en un huertecillo. Tenía también algunas cabras. Por lo demás, abrevaba gustoso todos los animales que se acercaban sedientos al *ued*. En agradecimiento, los dueños de esos animales le regalaban de vez en cuando algo de tabaco, té y azúcar, o bien tomates secos y manteca líquida. Pero sólo de vez en cuando.

Apareció un hombre bajito, muy sucio, de ojos llorosos e irritados y cabello enmarañado.

Mid-e-Mid echó mano a la *takuba*. Pero el hombre sacudió la cabeza y rió

silenciosamente. Traía una gran calabaza claveteada con puntas de cobre, metió los dedos en ella y se los chupó, chascando la lengua de gusto.

—*¡Esu, esu, esu!* —(*¡Bebe!*), dijo, con una extraña voz de falsete.

Mid-e-Mid se dio cuenta de que el que le daba de beber era el loco.

Era leche de cabra, y aún tenía el calorcillo del animal. Se la bebió a largos tragos. El resto lo consumió Kalil de uno solo.

El loco le preguntó:

—*¿Estás bien? ¿Has tenido buen viaje?*

—*Elkir ras*^[102] —dijo Mid-e-Mid.

—Tu camello, ¿está bien?

—Está sano. Está pastando por el *ued*.

—Está pastando allí —dijo Kalil, y se metió un dedo en la nariz.

—¿Hay gente en el *ued*? —preguntó Mid-e-Mid.

—Sí, yo, Kalil... Yo estoy siempre aquí... ¿Cómo te llamas?

—Mid-e-Mid ag Agasum.

—Mid-e-Mid... ag Agasum... — repitió lentamente el loco, como intentando recordar algo. Y como no se le ocurría la idea se pegó grandes puñadas en la cabeza, con asombro de Mid-e-Mid.

—Ahora llega —gritaba— ahora llega... espera.

Sacudió la cabeza de un lado para otro y estrechó los párpados.

—Ahora —gritó.

—Tengo que marcharme —dijo Mid-e-Mid. Los *tamashek* están educados a tratar amablemente a los locos.

—Si ya está aquí —gritó Kalil—. Espera, quédate sentado: Agasum está preso por el *beylik*, ¿no es verdad?

—*Evalá* —confirmó, asombrado, Mid-e-Mid—. ¿Cómo lo sabes tú?

El loco relinchó de placer.

—Kalil sabe. Hace tres días pasó un

Kel Effele. Él lo dijo... —Se dio palmadas en los muslos balanceando el torso al mismo tiempo.

—Vaya —dijo Mid-e-Mid— mi padre está encerrado hace años. No es una novedad.

—Ya no está encerrado —dijo el loco alegremente.

—¿Está libre? —Mid-e-Mid abrió la boca, asombrado.

—Está libre... pero también está muerto. —Kalil reventaba de risa.

—No es verdad —gritó, indignado, Mid-e-Mid.

—Está libre, está muerto —dijo aún riendo Kalil. Hizo con las manos un

agujero en la arena.

—Aquí —chilló— aquí está. Kalil sabe.

—¡Loco! —rugió Mid-e-Mid, fuera de sí. Pateó la arena y poco faltó para que matara al hombrecillo.

—Muerto, libre —gritaba el loco— muerto, libre.—

Reía.

Se llenaron de lágrimas los ojos de Mid-e-Mid.

—No te creo, Kalil, pero si lo que dices es verdad, mandaré a Tuhaya al infierno, tan seguro como que llevo al cinto la espada de Abú Bakr. —Y dio una palmada al pomo de la *takuba*.

—¿Abú Bakr? —dijo el loco—.

Abú Bakr ha muerto, Elamduliláh.

—Ya veo que no dices más que tonterías —dijo Mid-e-Mid, aliviado—. Le he dejado sano hace pocos días y tú no puedes haberle visto después...

—Kalil sabe —rió el loco, e hizo un gesto violento—. Tú lo has matado. Mid-e-Mid lo ha matado, ¡ja, ja, ja!

—Tengo que hacer cosas más importantes que oír tus tonterías —le insultó Mid-e-Mid.

—Kalil sabe. Tú llevas el camello de Abú Bakr... sí. Kalil lo conoce bien.

—Me lo ha prestado, Kalil, no seas loco.

—Abú Bakr muerto..., muerto..., muerto...

—Abú Bakr muerto..., muerto..., muerto... —El loco repetía la palabra en voz cada vez más baja y mecía la cabeza. De repente se puso las manos como un embudo ante la boca, como si tuviera que lanzar una llamada a lo lejos. Pero su aguda voz susurró:

—Kalil te dirá un secreto... pero tú no tienes que decírselo a nadie... a nadie, ¿oyes?

—Pues di —dijo Mid-e-Mid sin interés.

—Abú Bakr llevaba una cadena ceñida al cuerpo, Kalil la sintió, una

cadena de hierro. Nadie podía matarle... Era su secreto... —Tosió violentamente. Señaló Teljenyert, del cinto de Mid-e-Mid.

—Pero su propia *takuba* es la que lo ha matado: ha roto la cadena y ha herido a Abú Bakr en el corazón... Kalil sabe... —La tos le sacudió tan dolorosamente que gimió y se le llenaron de lágrimas los irritados ojos.

—Agasum está libre —dijo, sin transición—, pero Abú Bakr está sólo muerto. —De nuevo le asaltó la risa aguda y dio palmadas como un niño al que presentan un trozo de azúcar.

—No tengo tiempo para oírte

tonterías —dijo Mid-e-Mid.

El loco se señaló la sien con los dos índices.

—Entiende a Kalil... joven, entiende al pobre Kalil... Todo lo tiene aquí, sólo que no sale... La cadena, la cadena de hierro...

—Sí —dijo Mid-e-Mid, más bondadoso—. Tienes tos... Pero cadena no veo ninguna. Para la tos tienes que tomar leche con pimienta roja. Eso hace bien... *Bismiláh*, Kalil... No puedo regalarte nada porque no tengo nada. Pero no lo olvides: leche con pimienta roja.

—Mismiláh —dijo Kalil,

tristemente, sin seguir a Mid-e-Mid con la vista. Se frotó la pesada y ruda frente e intentó borrar de ella algo que nadie podía ver.

Mid-e-Mid caminó por la blanda arena del *ued* en busca de su camello.

«Es un loco, un loco», se repetía. Pero en el fondo le pinchaban las extrañas palabras de Kalil y se clavaban en él. ¿Qué cadena llevaba Abú Bakr? ¿Y qué habría dicho realmente el Kel Effele de su padre?

Una vez sentado en Inhelumé y teniendo que atender al camino consiguió que se le difuminaran aquellas ideas. Tenía aún una tarea que realizar

antes de volver a la tienda de su madre: cuidar el campamento del bandido hasta la vuelta de éste. Lo había prometido. Luego tendría que buscar la asna. Quizá volviera también a ver al *marabú*. Pero no sabía si lo que le atraía era la sabiduría del *marabú* o su amable hija.

IX

EN LOS ROQUEDOS AL ESTE DE TIN ZA'UZATEN

AL este de Tin Za'uzaten se yerguen como torres poderosas montañas de roca. Sus amenazadoras masas parecen cerrar todo acceso. Fallas y abismos escarpados, bloques graníticos más grandes que cinco tiendas juntas y gargantas intransitables para los camellos cierran el camino al osado. Pero Abú Bakr había dicho a Mid-e-Mid con todo detalle dónde estaban las entradas a aquella rocosa

confusión. Por eso se acercó sin vacilar al laberinto montañoso. Al principio utilizó el *ued* como camino. Pero muy pronto vio una vieja *aberid* que subía arriscadamente y desaparecía detrás del primer paredón gris.

«Ésta tiene que ser», pensó Mid-e-Mid, pues Inhelumé pareció cogerla con gran prisa, mientras que por lo común los camellos se resisten a tomar senderos de montaña.

Era claro el día y no hacía viento. La hora era tan temprana que el fresco de la noche reinaba aún en las gargantas rocosas. Mid-e-Mid tembló y se le puso piel de gallina en las piernas desnudas.

Como no podía hacer otra cosa para calentarse, se puso a cantar. Y como por sí mismas le vinieron las palabras a la boca:

—*Decidme, hombres,
qué pensáis de Tiu'elen*

...

Mid-e-Mid cabalgaba, cabalgaba y cantaba, y compuso la canción del noble macho Inhelumé:

*He bebido las aguas
blancas de Telabit, de
Sandeman^[103] y de In
Abutut^[104].*

Pero no te he

*encontrado, Inhelumé.
Tu huella me llevó, de
tienda en tienda,
siguiendo el humo, hasta
el ued Sadidén.*

*Pero no te he
encontrado, Inhelumé.
Pregunté por ti,
pregunté por ti al
torbellino y a la silbante
arena...*

*Pero no te he
encontrado, Inhelumé.
Sólo Talit^[105], la Luna,
oye el golpe de su
planta, cuando de duna*

*en duna, Inhelumé, como
el tornado^[106],
pones en fuga las yeguas
de la tamesna.*

Le dio tanta felicidad haber compuesto aquel canto que extendió los brazos con entusiasmo para tocar la cabeza del camello. Pero Inhelumé no estaba acostumbrado a esos cariños. Se liberó de las manos que lo acariciaban y aceleró el paso hacia el campamento para él familiar.

Luego de una vuelta de la garganta se encontró Mid-e-Mid ante el campamento del bandido: una alta tienda roja bajo las ramas de un viejo ayar.

Oyó el balido de las cabras y el bramido sordo de las vacas, pero no vio a nadie.

Abú Bakr le había dicho: hay dos esclavos en el campamento, que te ayudarán a coger agua. Se llaman Amadu^[107] y Dangi^[108]. Mid-e-Mid comprendió que eran negros, pues los tamashek no tienen esos nombres.

Hizo que Inhelumé se arrodillara y saltó al suelo.

—¡Eh! —llamó— ¡Amadu! ¡Dangi!
¡Eh!

No recibió respuesta.

«Esperaré», pensó Mid-e-Mid.

Luego de colgar el *idit* de las ramas del árbol, para que el agua estuviera fresca,

se echó en una esterilla de la tienda.

Ya oía las lejanas voces de los negros. Llegaban de prisa, chapoteando en la arena como si fuera barro, y con calabazas llenas de leche en la cabeza, cada uno una, sujetas por ambas manos.

Cuando vieron a Mid-e-Mid sentado a la puerta de la tienda se detuvieron mudos y asustados, dudando entre salir corriendo o acercarse.

—Ahí está Inhelumé —les gritó Mid-e-Mid en vez de saludarles, y les señaló el camello.

Aún asustados, se acercaron, sin embargo. Se salía la leche y les chorreaba hasta el vientre.

Eran unos muchachos, no mayores que Mid-e-Mid, negros como el carbón, la cabeza pelada y gruesos labios muy rojos. Llevaban unos cortos *bubús*^[109] azules y unas camisas muy abiertas y sin mangas.

—Yo soy Mid-e-Mid —les dijo— y me quedaré aquí hasta que vuelva Abú Bakr.

No les dio más explicaciones, porque aunque él mismo no era más que un *imrad*, y de tienda de pobres, estaba, de todos modos, muy encima de los dos *iklán* que el bandido habría robado en alguna aldea.

Le alargaron las calabazas de leche

y contemplaron cómo bebía Mid-e-Mid.

Amadu era el mayor de los dos. Fue el primero que se atrevió a hablar, pues para un aklí es cosa de mucho valor dirigir la palabra a un tamashek. Pero el rostro feo y amistoso de Mid-e-Mid y el pelo revuelto le dieron valentía.

—¿Nos pegarás mucho, Mid-e-Mid?
—preguntó.

—Sólo un poco —contestó Mid-e-Mid, y se echó a reír. Era la primera vez en su vida que oía esa pregunta. Y rió tan a gusto que Amadu y Dangi no pudieron tampoco contenerse. Aquellas carcajadas tapaban el balido de las cabras y el mugido de las vacas.

Los dos *iklán* confiaron en la risa de Mid-e-Mid, en su ancha boca y en sus alegres ojos oblicuos.

Dangi dijo, muy seriamente:

—Tienes que saber que Abú Bakr nos pega todos los días. Cada mañana al despertarse. Dice que eso es bueno para nosotros, y que así nos haremos fuertes como leones... Pero yo no quiero hacerme tan fuerte como un león, si hace tanto daño...

Esta vez le entró tanta risa a Mid-e-Mid que se revolcó por el suelo cogiéndose el vientre con las manos. Cuando se incorporó sentía vergüenza. Recordó que un *tamashek* no debe

mostrar alegría ni tristeza, y aún menos cuando hay *iklán* delante. Amadu, el más inteligente de los dos negros, adivinó sin esfuerzo los pensamientos del nuevo amo y pensó en qué podía hacer para mantenerlo de buen humor. Salió corriendo y volvió con dos pellejos de ternero. Puso uno tenso encima de la calabaza vacía y lo humedeció con agua. Y echó el otro a Dangi.

—¡*Balek*^[110]! Presta atención — exclamó—, vamos a representarte la vaca que baila.

Se puso en cuclillas ante la calabaza y tamborileó la piel.

Dum-dum-dum-dum-o-dum-dum-o-

dum-dum-dum... habló el tambor.

Dangi se puso la piel por encima de la cabeza e imitó al ternero jugueteón. Saltaba, coceaba, se encabritaba, corría a cuatro patas, se lanzó como a embestir a Amadu con la cabeza gacha y dio un salto atrás en el último momento.

Dum-dum-dum-dum-o-dum-dum-o-dum-o-dum-o-dum...

El ternero saltaba, enseñaba los dientes, blancos de maravilla y bailaba al ritmo del tambor.

—Voy a cazar el ternero que baila —dijo Mid-e-Mid, entusiasmado, y olvidando toda la dignidad tamashek. Intentó coger una pata del ternero, según

el uso de los pastores. Pero no era fácil. Dangi saltaba, echaba los pies al aire con las dos manos en el suelo, se revolcaba en la arena, echaba nubes de polvo al pastor y se portaba, en definitiva, tan desconsideradamente como suelen hacerlo los terneros jóvenes.

Fue un juego maravilloso. Amadu se llevó una patada en la cabeza que le echó a rodar junto con su tambor, y Mid-e-Mid cayó de espaldas en la otra calabaza, la que estaba aún llena de leche. La leche salpicó por todas partes. Empezó a gritar injurias e intentó coger a Dangi, culpable también de la

catástrofe. Pero los dos negritos salieron corriendo y se morían de risa a cierta distancia. Finalmente, Amadu se quitó su *bubú*, quedándose desnudo, y se acercó a Mid-e-Mid:

—Ponte esto, está aún seco —dijo, riendo todavía, y se lo echó a Mid-e-Mid.

Mid-e-Mid aceptó la oferta. Poco después volvían a estar juntos, sentados ante el puré de mijo que hervía en la olla. Amadu le contaba la vida con Abú Bakr.

Había algún pasto a la salida occidental de la hondonada, en un lugar en el que las rocas daban paso a un

ancho *ued*. Allí llevaban diariamente los animales. Había también agua. Se filtraba durante la noche y rellenaba una artesa de poca profundidad que bastaba para las vacas, las cabras y los asnillos grises. Los camellos, en cambio, se llevaban cada ocho días al lejano pozo de Tin Ramir. También iban los asnos para acarrear los *idits* de agua fresca, pues el agua de la artesa era amarga, mala para el hombre. Abú Bakr no iba a Tin Ramir más que de noche, temiendo encontrarse con *goumiers*. Así, ocurría que Amadu y Dangi no veían nunca a nadie más que a Abú Bakr, y sabían poco del mundo externo a la hondonada.

—Mañana tenemos que ir al pozo —
dijo Amadu al terminar—. ¿Vendrás con
nosotros, Mid-e-Mid?

—Sí —contestó—. ¿Cuánto tiempo
se necesita?

—Un día y medio día —dijo Dangi
—. Pero la *aberid* es buena.

Comieron el puré y durmieron. Por
la tarde fueron los tres a ordeñar las
camellas. También las vacas daban un
litro cada una. No se bebieron todo, sino
que dejaron un poco para hacer manteca.
Para ello se utiliza un saco en el que se
agita la leche hasta que se forman
grumos de manteca. Pero Mid-e-Mid
dejó ese trabajo para los *iklán*.

Por la mañana llevaron el ganado al pasto. Ataron los camellos de modo que formaran una larga fila; sólo a los asnos con los *idits* y a los potros de las camellas los dejaron libres. Los asnos conocían el camino y dirigían la caravana, subiendo celosos por el acantilado. Los potros corrían llorando detrás de las camellas, intentando alcanzar las ubres. Pero Dangi y Amadu las habían tapado con unos cestillos de trenza sujetos a la espalda de las yeguas con unas cinchas. De no hacerlo así habría sido imposible llevar adelante la caravana sin hacer alto. Mid-e-Mid iba el último, montado en Inhelumé.

Marcharon todo el día por la *hamada*^[111] y descansaron en un estrecho *ued* desde la caída de la noche hasta su mitad. Antes de alzarse el segundo día llegaron al *erís* de Tin Ramir, situado en un cauce seco al pie de un monte.

Terminaban de atar los *idits* llenos y cerrados a las panzas de los asnos cuando llegó un gran rebaño de ovejas dirigido por una mujer.

Los *iklán* estaban atando en ristra a los camellos y comprobando el atado de los *idits*, de modo que no vieron a la mujer hasta que ésta se encontró al lado de Mid-e-Mid.

—*Salam aleikum*^[112] —exclamó.

—*Aleik essalam* —contestó

Mid-e-Mid.

La mujer le miró atentamente. Luego de las habituales preguntas y respuestas sobre la salud, los camellos y los pastos, dijo:

—Es la primera vez que te veo. ¿No has venido nunca antes a Tin Ramir?

—Nunca —dijo Mid-e-Mid, apartando la cara.

Abú Bakr le había dicho que no diera ninguna información cuando se encontrara con extraños. «Todo lo que digas —le había enseñado—, puede llegar al *beylik*, y el *beylik* intentará

todo para capturarme...»).

—¿Son tuyos estos animales? —
siguió preguntando la mujer.

—¿Y de quién van a ser? —contestó
Mid-e-Mid.

—Tienes un animal muy hermoso —
dijo la mujer, señalando a Inhelumé.

—No lo elogies demasiado —dijo
Mid-e-Mid—. El elogio trae desgracia.

—No lo hago con mala intención —
repuso la mujer—. No todo elogio trae
desgracia. Lo único es que no hay que
elogiar demasiado. Si alguien me dice:
tienes demasiados corderos, entonces
tengo que ir al *marabú* y pedirle que
borre el elogio. Porque si no, morirían

muchos corderos...

—Tienes razón —dijo Mid-e-Mid—
y en su corazón maldijo la charlatanería
de la mujer. —¿Qué novedades sabes?

—Ay —suspiró la mujer— poco
bueno... Los pastos son malos en esta
época. En el sur, cerca de Kidal, dicen
que están bien...

—Sí, yo también lo he oído —dijo
Mid-e-Mid.

—¿Has oído también que ha muerto
el hombre que metió en la cárcel el
beylik por tener demasiados fusiles?

—¿Quién dices? —preguntó,
aterrado, Mid-e-Mid.

—Yo no lo conocía —dijo la mujer

— sé sólo que era un hombre llamado Agasum. ¿Has oído tú el nombre, o acaso conocías al hombre?

Mid-e-Mid se volvió y escupió para no dejar ver sus lágrimas. Se pasó el brazo por la cara y preguntó, sin mirarla:

—Sí, he oído el nombre... sí... ya sé quién quieres decir... ¿Puedes decirme cómo murió?

Los corderos se acercaron al agua, y la mujer tuvo que rechazarlos con una vara, pues los animales de atrás tirarían a los de delante al pozo.

—No estaba enfermo —dijo la mujer, volviéndose a él—. No sé mucho.

El que me lo contó dijo que murió de nostalgia... Pero tampoco lo sabía muy bien... Mueren muchos en estos últimos tiempos...

Mid-e-Mid pensó: ¿«De verdad estoy oyendo de una extraña que mi padre ha muerto»?

Recordó las palabras de Kalil el loco. «Ah, Kalil», pensó, «te he dicho injusticia. Dijiste la verdad. Muerto y libre... para un preso... para un preso del desierto... muerto y libre es lo mismo».

La mujer seguía charlando:

—También han muerto algunos *goumiers* que iban a coger a Abú

Bakr...

—¿Los ha matado Abú Bakr? —
preguntó Mid-e-Mid.

—No se sabe. No han vuelto.

—Y Abú Bakr, ¿qué sabes de Abú
Bakr?

—No sé nada de él. Hay un rumor,
que ha muerto y que los *goumiers* han
llevado su cabeza al *beylik*... Pero no lo
creo. No lo cree nadie. Abú Bakr no le
da su cabeza a nadie... Si tienen una
cabeza, será de un extranjero... Hemos
sufrido mucha injusticia de Abú Bakr —
señaló sus corderos—. El carnero^[113]
más hermoso me cogió, un carnero fuerte
como un ternero... Y a mi hermano le

robó un camello. Sí, es un hombre malo. Pero que tengan su cabeza... eso no me lo creo.

—Yo tampoco —dijo Mid-e-Mid.

—No son buenas noticias... Pero no tengo otras mejores... Y tú, ¿tienes un poco de tabaco para mí?

—No. Tengo que ir a Kidal a comprar tabaco. Hace tiempo que no tengo...

—Sí —dijo la mujer— nadie tiene tabaco. Tenemos que esperar todos a que lleguen los tornados y traigan lluvia y las bestias encuentren buen pasto... Me han dicho que en Kidal, en las tiendas de los árabes, no dan ya más que un kilo de

tabaco por un cordero. Dicen que los corderos son demasiado flacos...

—Sí —dijo Mid-e-Mid—. ¿Y sabes algo más?

—Oh, a mí me dicen muchas cosas... Todos los pastores que vienen al pozo me cuentan algo. ¿Has oído que ha estallado una guerra?

—Eso es nuevo —dijo, sorprendido, Mid-e-Mid—. ¿Y quién está en guerra?

—Es una vieja guerra, pero ahora se ha hecho muy sangrienta. Los kunta han atacado a nuestras gentes y han matado a muchos.

—¿Dónde ha ocurrido?

—Ocurrió junto al pozo de Aselar.

Veintiún hombres han muerto. Nadie se atreve a llegar allí... Y las bestias lo necesitarían tanto. Sabrás que es un pozo salado, que hace al ganado fuerte...

—Lo sé —dijo Mid-e-Mid—, pero dime: ¿y qué pasará ahora?

—Sólo Alah lo sabe. Yo creo que no ha habido nunca tiempos tan de guerra como ahora... He oído que Intaláh ha llamado a su hijo...

—¿A Ayor Jaguerán?

—Sí. Lo ha llamado su padre. Dicen que es por lo de Aselar. Dicen también que lo ha llamado para que haga la guerra a los kunta. Porque Intaláh es viejo.

—Pero Ayor es demasiado joven —
le interrumpió Mid-e-Mid.

—Oh, en estos tiempos los jóvenes maduran muy pronto... Dicen que hay un muchacho no mayor que tú cuyas canciones cantan todos en el *adrar* de Iforas.

—Dime su nombre —dijo
Mid-e-Mid.

—Eliselus^[114] —dijo la mujer—. Ése no es su verdadero nombre. Pero le llaman así.

—¿Eliselus? —dijo Mid-e-Mid, sorprendido—. ¡Qué nombre más raro!

—Su verdadero nombre lo es también: se llama Mid-e-Mid.

—Ajá. ¿Y qué dicen de él? —

Mid-e-Mid disimuló la ancha sonrisa.

—Dicen que canta como nadie...

Pero parece que lo ha raptado Abú Bakr...

—Yo puedo darte una noticia mejor, y si tú la dices a otros, quizá llegue a oídos de su madre, que estará preocupada por él...

—¿Tú le conoces? —preguntó la mujer, esperando saber más cosas.

—He sabido por uno que le conoce bien que está sano y salvo, y que volverá pronto con su madre.

—Buena noticia —dijo la mujer—.

Me gustaría oírle cantar, pero yo no voy

nunca al *ued* en que está su tienda.

—Quizá pase él un día por aquí —
dijo Mid-e-Mid, pensativo.

—Debe de cantar como el viento de
las rocas...

—Eso es, sin duda, exagerado...

—No, debe ser la verdad. Todo el
mundo canta una canción suya que dice
así:

*Decidme, hombres, qué
pensáis de Tiu'elen,
cuando se tiñe los
párpados con
antimonio...*

—Yo canto mal, pero me la sé de

memoria...

—Entonces es que te ha gustado...

—¿Y a quién no gusta? Y oye: los jóvenes se suben en seguida al camello y parten para ver a Tiu'elen.

—Oh —dijo Mid-e-Mid, espantado—. ¿Eso hacen?

—Incluso desde Tin Ramir partió un hombre con azúcar y té y con sus mejores vestidos para ver a Tiu'elen.

—No deberían hacerlo —dijo Mid-e-Mid con énfasis.

—¿Por qué no? Si yo fuera Tiu'elen me alegraría por todos los que llegaran y haría que todos me dieran regalos y me casaría con el que me los trajera

mejores.

—¿Y qué crees tú que es el mejor regalo? —Mid-e-Mid miraba la cara de la mujer con una ansia grande, como si su vida dependiera de las palabras de la vieja.

—Ésa es una pregunta tonta —dijo la mujer, riendo—. Pues camellos, naturalmente, o, aún mejor, caballos. Por todas partes dicen: que nadie vaya a ver a Tiu'elen si no es cabalgando seis caballos a la vez. ¿Entiendes lo que eso quiere decir?

—Sí —dijo Mid-e-Mid; se volvió de golpe y se precipitó hacia Inhelumé — sólo un príncipe puede tener seis

caballos...

—Eh, Amadu, eh, Dangi, acicatead a los animales, no tenemos tiempo que perder. A mediodía tenemos que estar a la sombra del *ued*. Hace demasiado calor en la *hamada*.

Los *iklán* espolearon los camellos. Los asnos aceleraron por sí mismos. El agua sonaba en los *idits* y las yeguas llamaban, precavidamente, a sus potros.

Así penetraron en la montaña, con el sol a la espalda y la roca encendida ante ellos. Hacia mediodía llegaron al alto que habían dejado a medianoche. Pero a la dura luz del día el lugar pareció a Mid-e-Mid extraño y desconocido. Lo

reconoció, sin embargo, gracias a la silueta de las rocas.

Empezaba a apagarse una gran estrella, sombría. Los tamaschek habían contemplado antes con temor y cólera el orto de aquel astro, y no estaban muy seguros de que se hubiera puesto para siempre. Aquel astro se llamó Abú Bakr.

Pero ya subía por el horizonte un nuevo cometa, fuerte y peligroso: el pueblo moro de los kunta. Este cometa apareció en el oeste, por encima del pozo de Aselar; pero su cola roja se percibía como una amenaza hasta en Tin Ramir, al este de las montañas de Iforas.

Había también dos astros jóvenes y

prometedores que aún no irradiaban luz, pero ya tenían nombre entre los tamashek: uno, se llamaba Ayor Jaguerán. Era su gran esperanza.

El otro se llamaba Tiu'elen. A él se orientaba la admiración de todos los hombres jóvenes, desde Timea'uin hasta Kidal, y desde Aguelhoc^[115] hasta Tin Za'uzaten.

Tal vez hubiera que indicar un tercer nombre en el cielo de las nuevas estrellas: el nombre de Eliselus. Mientras que el nuevo cometa se contemplaba con terror y las dos estrellas nuevas con admiración, la estrellita Eliselus suscitaba risa y

alegría. En Lima Roja veían los tamaschek simbolizada su fuerza; en Tiempo Cálido, la belleza de sus mujeres. Eliselus significaba para ellos la alegría de vivir.

Entre los tres juntos se veían todos ellos juntos.

X

LA SABIDURÍA DEL *AMENOKAL*

AYOR Jaguerán era el hijo menor del *amenokal*. Pero éste le había nombrado sucesor. Esto era contrario a las costumbres, y si Intaláh no hubiera sido un príncipe tan prestigioso no habría podido imponer su voluntad. Pero él destacaba entre los nobles por su edad y su piedad, y era el único de los jefes de las siete tribus *tamashek* del Adrar de Iforas que llevaba el título de *amenokal*. En cosas que afectaran a todos los *tamashek* negociaba él solo

con el *beylik*. Cuando ocurrían pleitos le llamaban para que decidiera.

Pese a todo ello, quizá no habría conseguido el acuerdo de los demás príncipes para la elección de Ayor Jaguerán si no hubiera robustecido años antes su preferencia con una decisión sorprendente.

Un día, en efecto, le preguntó el *beylik*:

—Tu hijo Luna Roja tiene ya la edad. ¿No querrías enviarlo a una de nuestras escuelas?

Intaláh contestó:

—Luna Roja hará como su padre.

No habían empezado aún los

tornados cuando se presentó Ayor ante la tienda de juncos de su padre. Su joven madrastra fue la primera en saludarle.

—Qué fuerte te has hecho, Ayor. Cuando te marchaste hace cuatro años para ser sabio eras aún un chiquillo. Ahora eres un hombre.

—No se hace uno más joven con los años —contestó, tranquilamente.

—Eso es bueno. Necesitarás toda tu fuerza y todo tu talento. Han empezado tiempos difíciles.

—No veo que haya hambre. El ganado está gordo y los pozos tienen mucha agua —dijo Ayor.

—No ves más que lo que ve todo el

mundo. Pero un *amenokal* tiene que mirar a lo lejos y adivinar el futuro. — Cogió las surbas, las joyas de plata que llevaba al pecho—. Pues en otro caso, podría ser que los extranjeros bebieran la leche de nuestras yeguas y ya no estuvieran nuestras tiendas en los pastos de Iforas...

Luna Roja contempló pensativamente la cara de su madrastra. Tenía poco más de treinta años. Sus rasgos eran claros y regulares, y la boca y la barbilla indicaban gran decisión. No era una Kel Effele, sino que procedía de una aristocrática tienda de los ibottenatés. Era de considerable

volumen. Según las costumbres de su tribu la habían cebado con leche cuando era niña. Siete y ocho litros de leche al día había tenido que tomar, hasta ponerse tan gruesa que casi no pudiera ya moverse sin ayuda ajena. Así era una belleza para los ibottenatés. Llegaban los hombres desde lejos para cantar sus elogios o darle regalos.

Su matrimonio había sido feliz, sobre todo cuando al cabo de siete años trajo al mundo una niña. Había perdido peso con el tiempo y no pesaría ya más de ochenta kilos. Aparte de sus parientes nadie lamentaba aquella pérdida.

Tenía gran influencia sobre Intaláh, y

el propio Ayor Jaguerán le había estado antes totalmente sometido, pues era una mujer de extraordinaria inteligencia.

—Hablas de tiempos malos —dijo Ayor—. ¿En qué piensas?

—Tu padre está enfermo —dijo ella—. Tiene muchas preocupaciones y sus consejeros son malos.

—¿Quién le aconseja? —preguntó Ayor con gran interés.

—Un hombre llamado Tuhaya, ya le conocerás.

—Le conozco —dijo Ayor.

—No le conocerás bastante. Es más un hombre del *beylik* que un hijo de su pueblo. Si no hubiera aconsejado mal a

tu padre habríamos echado a los kunta de Aselar.

—Los kunta son fuertes —dijo firmemente Ayor.

—No son más fuertes que nosotros, hijo. Pero Tuhaya dijo a tu padre que el *beylik* mandaría sus soldados si cogíamos las armas.

—Quizá fuera verdad —dijo Ayor.

—¿Mandó el *beylik* sus soldados cuando murieron junto al agua de Aselar veintiún hombres nuestros? Dijo que lo investigaría todo.

—¿Lo ha hecho?

—No lo sé. Pero lo que sé es que ya no podemos ir a esos pozos. ¿Tendré que

decirte más?

Luna Roja dijo:

—Te agradezco la noticia.

Ella contestó, irritada:

—Antes me habrías dicho: ¿Qué tengo que hacer? Y yo te habría dado un consejo.

—Siempre oiré con gusto tus consejos. Pero comprenderás que tengo que hablar antes con mi padre... ¿Cómo está mi hermana Takammart^[116]? — preguntó, cambiando de conversación.

—Está jugando allí, delante de la tienda —dijo ella, herida, comprendiendo que Ayor no se sometería ya más a su voluntad.

Takammart tenía ya siete años y jugaba con muñequillas de paja hechas por una vieja esclava de Intaláh. Figuraban camellistas, hombres y mujeres, y las había vestido con trozos de paño azul. Takammart es nombre frecuente entre los ibottenatés. Significa «Queso de Leche Fresca». Y, efectivamente, la piel de la niña era de un color blanco ligeramente tostado que los tamaschek consideran hermoso y que recuerda el color de sus quesos de leche de cabra.

Ayor no tuvo tiempo de saludar a Queso de Leche Fresca, pues apareció un hombre y le pidió que se presentara a

su padre en la tienda.

Luna Roja vio en seguida que su padre había envejecido mucho. La gran figura de casi dos metros de estatura se había encorvado. Tenía los ojos muy hundidos, y el rostro surcado de arrugas. Llevaba mal puesto el *tagelmust*, que no le cubría ni la boca ni la barbilla. La barba era de plata. Cuando Ayor dejó la tienda paterna, su barba no tenía ni una hebra blanca.

—Bien venido, hijo —dijo Intaláh, alargándole ambos brazos—. Te he esperado mucho tiempo.

Ayor abrazó a su padre como hacen los árabes y el *marabú* le había

enseñado.

—Me han dicho que estás enfermo, padre...

—Llega mi tiempo —dijo Intaláh, suspirando—. Pronto conoceré las alegrías del Paraíso, *injaláh*...

—No debes dejarnos todavía —dijo Ayor, impresionado—. ¿Quién puede regir como tú las tribus y hacer justicia?

—Mis esperanzas están puestas en ti, hijo —contestó, pensativo, el *amenokal*. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y estaba demasiado cansado para espantar las moscas que se le ponían en la boca—. Te mandé a un *marabú* para que aprendieras la verdad

del Profeta.

—Me he esforzado por aprender todo lo que supo decirme, padre.

—Ya sé, he oído buenas noticias de ti cada vez que un pastor venía del norte. Pero un hombre no deja de aprender hasta que le abandonan las fuerzas. No olvides esto, hijo.

—Tus palabras se quedan en mi corazón.

Los viejos ojos de Intaláh recorrieron el rostro de su hijo, explorándolo con invisibles antenas.

—Siempre fuiste más inteligente que tus hermanos, hijo. Por eso se te confía el señorío. Pero para mandar necesitas

más que seso: necesitas una ley. Ésta es la razón por la que has tenido que estudiar tanto tiempo las enseñanzas del Corán.

—Mantendré la Ley, padre. Y obraré justicia y pronunciaré el derecho según el Corán, como lo he aprendido.

—Cuando pronunciaba el derecho yo pensaba siempre en hacer más feliz a la gente, dar satisfacción, suavizar la cólera, reconciliar a enemigos. El honor del *amenokal*, hijo, no es su espada, sino la felicidad y el bienestar de su pueblo.

Escupió el tabaco.

—Ni siquiera al tabaco encuentro ya

gusto —dijo, intentando sonreír, pero sin conseguir más que encoger la piel del rostro.

—Yo mismo no supe siempre esto que te enseñó. Durante mucho tiempo exigí a los *tamashek* que me entregaran los *tiusé*, los tributos, pensando que ése era el derecho del *amenokal*. Y siempre exigía más de lo que me correspondía... Así se darán cuenta de mi poder, pensaba yo, y me temerán... Pero con eso me hice enemigo de un hombre que habría debido ser uno de los grandes más grandes de la tribu... —Suspiró y se aclaró varias veces la voz.

—¿En quién estás pensando? —dijo,

asombrado, Ayor.

—En Abú Bakr —dijo Intaláh—. Yo le cogí su ganado y le hice promesas que no podía cumplir. Nos hicimos enemigos y habríamos debido ser amigos...

—Abú Bakr —estalló Ayor— es el hombre que me atacó en la tienda del *marabú* y me pegó tan fuerte que tuve la cabeza hinchada varios días y no pude montar para venir a verte...

—Te pegó por su vieja enemistad conmigo... Pero ya ha muerto...

—¿Es verdad? —preguntó Ayor—. Lo he oído decir por el camino, pero no puedo creerlo.

—Es verdad —dijo Intaláh—. Yo

mismo he visto su cabeza. Está muerto. Tuhaya lo ha perseguido hasta matarlo.

—¿Tuhaya?

—Yo incité a los *goumiers* y los dirigí en su búsqueda —dijo una voz que salía del ángulo más oscuro de la tienda.

Ayor se volvió como si le hubieran herido por la espalda. Y entendió por qué había notado algo raro en la tienda.

—¿Quién está en esta tienda? —gritó, cogiendo la *takuba*.

—Es mi amigo Tuhaya —dijo el príncipe—. No le has visto al entrar y él no ha querido perturbar nuestra conversación. Salúdale con amistad,

hijo. Tiene grandes méritos cerca de nosotros.

—Mis méritos son pequeños —dijo Tuhaya. Se acercó y ofreció a Ayor la mano.

Pero Ayor no la tomó.

—Ésta no es tu conversación... ¡Vete de la tienda! ¡Date prisa, antes de que entre en cólera! ¡Vete!

—¡Ayor! —dijo Intaláh, intentando calmarle.

—Perdona, padre, honraré a tus amigos... Pero éstas son palabras entre tú y yo. A nadie le importan.

Tuhaya vaciló antes de dejar la tienda. Pero como el *amenokal* no le

mandó quedarse, dijo:

—Me sorprendió tu llegada, Ayor Jaguerán. Te pido perdón...

Cuando hubo salido dijo Luna Roja:

—Si no aprende a obedecerme tendré que aprender yo a obedecerle a él... Le llamaré cuando me parezca.

—Me reconozco en mi hijo —dijo Intaláh—. Por eso no te contradigo. Pero no seas precipitado en tus palabras, y sé lento en tus obras, para que no tengas que arrepentirte de ellas... Es más fácil perder amigos que ganarlos.

—He buscado una mujer para ti y le voy a mandar los regalos —dijo, amistosamente, Intaláh.

—No... —dijo Ayor, y se puso encarnado.

Había retirado la mano que tenía puesta en la del hijo. Ahora estaban las dos puestas, sin vida, en las rodillas, como al principio. Tenía los párpados semicerrados, y Ayor se dio cuenta de que le cansaba la conversación.

—Perdona, padre —dijo— tengo el corazón lleno de una muchacha...

—¿Quién es? —preguntó Intaláh.

—Se llama Tiu'elen y es hija del *marabú* que me enseñó. Es muy hermosa...

—Ajá —repuso el *amenokal*—. Tu sangre dice: es muy hermosa. ¿Y qué

dice tu cabeza, hijo?

—No te entiendo, padre.

—¿No dice tu cabeza: esta muchacha no es de tienda de *ilelán*? ¿No dice tu cabeza: mi mujer tiene que ser de tienda noble? ¿Has olvidado que descendemos del primer califa de Timbuctú^[117], y, por tanto, de la familia del Profeta, alabado sea su nombre? Dices que es hermosa. No basta ni con mucho. La belleza se aja. Mírame: hubo un tiempo en que las mujeres y las muchachas de Iforas, a pesar de que sus hombres se lo prohibían, cabalgaban hasta mi tienda para verme... ¿Y qué ves ahora? Un anciano sin fuerza que espera al

mensajero de Alah...

Levantó una mano en cansada señal.

—Defiéndete de la belleza, hijo, cuando no palpita en ella un corazón caliente...

—Tiene corazón, padre —dijo, impetuoso, Luna Roja—. Pero es tímido y no se confiesa. Me ha dicho muy pocas palabras. No sé qué piensa de mí...

—Pronto lo sabré yo —dijo, tranquilo, Intaláh—. Pero no es de tienda noble. Su padre es un *marabú*, pero de los *imrad*, no de los *ilelán*. La mujer que te he buscado pertenece a la tribu de los *idnán*. Es la tribu más grande y más rica después de la nuestra,

y es la hija del príncipe... La tomarás como mujer primera. Y puedes tomarte la hija del *marabú* como segunda mujer, según lo que permite el Corán.

—No —dijo Ayor— o Tiu'elen o ninguna...

Hubo una larga pausa. Se oía el zumbido de las moscas y la voz aguda de la pequeña Takammart.

—Pensaré en ello —dijo, por último, Intaláh—. Pero no olvides que un *amenokal* no es el más libre de los hombres, sino el más atado. Y su fuerza está en esos vínculos...

—Esperaré —dijo Ayor—. Pero deberías descansar, padre. Hemos

hablado mucho...

—No lo bastante, hijo. Hemos hablado de ti y de mí. Ahora tenemos que hablar de los *tamaschek* y del *beylik*. Te pido que llames a Tuhaya. Pues él conoce estas cosas bien.

—Sí —dijo Ayor—, si tú lo quieres.
Intaláh empezó:

—Sin duda habrás oído que los *tamaschek* no podemos ya ir al pozo de Aselar, y que veintiuno de ellos están muertos allí.

—Lo he oído —dijo Ayor.

—El *ued* de Aselar, hijo, ha sido siempre visitado por nuestros rebaños. Hay allí casi treinta pozos. Todos han

sido abiertos por nuestras tribus.

—También los kunta han abierto pozos —interrumpió Tuhaya.

—Es verdad —dijo Intaláh—. Hay agua para todos en el *ued*. Puedes llegar con cien camellos a Aselar y tendrás agua abundante para todos.

Ayor echó el té en el agua que hervía.

El *amenokal* siguió hablando:

—No necesito decirte que Aselar nos es imprescindible a los *tamashek*. No hay agua que obre tan robustamente en los intestinos, ni tampoco que haga tanto bien a las bestias y a los camellos. Sólo cuando han estado en Aselar y en

los frescos pastos de ese *ued* cobran las vacas carnes fuertes en nuestras montañas, y gibas duras los camellos...

—Así es —dijo Tuhaya— y desde hace muchos cientos de años tenemos derecho a Aselar.

—Necesitamos un *marabú* que vuelva a traernos el agua que se secó en Aselar. Pero nuestras oraciones no pueden tanto como en otro tiempo. Pensamos demasiado poco en Alah y demasiado en nosotros.

Ya estaba hecho el té. Ayor lo echó en los vasos y los repartió. Luego rompió el azúcar para la segunda y la tercera rondas.

Tuhaya asintió:

—Dice bien tu padre: nos falta un *marabú*...

Ayor dejó su vaso de mal humor.

—Lo que tenemos que hacer es darnos cuenta de nuestra fuerza y rechazar a los kunta... ¿Es que se han mellado nuestros *takuba* o paralizado nuestros brazos? ¿No tenemos ya camellos para cabalgar?

Intaláh repuso:

—También en esas palabras me reconozco. Así hablaba yo hace cuarenta años, hijo. Pero entonces no había *beylik* en este país, o, si lo había, su poder no llegaba más allá de Kidal...

Nuestros hombres desenvainaron la *takuba* cuando los kunta les disputaron las viejas aguas... Pero los kunta eran más y mataron a nuestros hombres... — Suspiró—. ¿Sabes que muchos *tamashek* me lo reprochan, hijo? Dicen: ¿Por qué no ha proclamado nuestro *amenokal* la guerra contra los kunta? Dicen también: Nuestro *amenokal* nos coge corderos y vacas, pero no nos presta su espada. Así dicen... lo sé... Los conozco bien... Olvidan que no puedo hacer nada sin que se me oponga el *beylik*. El *beylik* ha prometido averiguarlo todo. Pero hace tiempo. Hace ya cuatro semanas.

—He ido a ver al *beylik* en nombre de tu padre, y le he expuesto todas estas preocupaciones —intervino Tuhaya—. El *beylik* me ha prestado oído...

—El izquierdo sólo te ha prestado, Tuhaya. Con el derecho parece escuchar a los kunta —dijo, en burla, Ayor.

Tuhaya se recobró en seguida.

—Así es exactamente, hijo de Intaláh. Es el mismo *beylik* el de los tamaschek y el de los kunta, y por eso necesita mucho tiempo para hallar la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Ayor.

—La verdad es —dijo, pensativo,

Tuhaya— que nuestros pastores empezaron la lucha. Empezó por un asno que se había perdido y terminó siendo un combate por los pozos...

—Ah —le interrumpió Ayor— ¿y eso has dicho al *beylik*? ¿Que nosotros empezamos la lucha?

—Ya lo sabía —dijo Tuhaya.

—Así has defendido nuestra causa, reconociendo una cosa que habría habido que probar... ¿Y cómo podía probarse? No podía probarse puesto que los testigos murieron. ¿Llevo razón o no?

—Eres demasiado impetuoso, hijo —dijo Intaláh—. Eres ardoroso como un

camello que lucha con otros por la yegua. Aprende que en una guerra sólo puede triunfar al final la verdad. Nunca la mentira.

—¡Pero en ésta está triunfando la mentira! Los kunta han robado una cosa que no les pertenece.

Intaláh se incorporó todo lo que le permitían sus fuerzas:

—Si abandonas la verdad abandonas a Alah. Y si le abandonas, estás perdido... Lucha como un león, pero siempre en la verdad. —Volvió a replegarse sobre sí mismo y cerró los ojos.

—Haré como tú dices —dijo,

impresionado, Ayor. Y salió.

—Ya está decidido lo que hay que hacer por ahora: Tuhaya volverá a Kidal. Yo visitaré las tribus de los tamashek y hablaré con ellos —dijo a su madrastra.

—Eso es bueno —respondió, vivamente, Tadast^[118]—. Y en todas las tribus hablarás contra Tuhaya, para que tu padre tenga que echarlo...

—Tienes derecho a tu nombre —dijo Ayor, riendo (pues Tadast significa «Mosquito que Pica»).

—*Evalá* —dijo ella—. El nombre me señala mi deber. Cuando los hombres son demasiado débiles para ir

al combate, tengo que picarlos hasta que prefieran morir por la espada que aguantar mis palabras.

—No me picarás —dijo Ayor, secamente—. Si me picas te romperé el aguijón. Harás lo que yo te mande.

Se había puesto muy tieso, y ella le miró.

—Has aprendido mucho, Ayor... hasta a tratar a las mujeres...

—Ojalá fuera verdad —dijo él—. Óyeme: no diré nada contra Tuhaya en las tiendas, porque no sé aún quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos. Pediré que los tamaschek entierren sus pugnas y se unan contra los kunta.

Obligaré al *beylik* a devolvernos Aselar. Cuando estallen los tornados y no puedan volar los aviones del *beylik* ni correr sus autos, llegará el momento. Tú, Tadaſt, hablarás con las mujeres junto al agua. Les enseñarás a convencer a sus maridos y a sus hijos según mis deseos. Tiene que ser como un fuego que salte por la pradera seca, de hierba en hierba hasta que el viento llegue y lance las llamas al cielo.

Ella dijo, admirada:

—Serás llamado grande entre los *tamaſhek*. Haré todo lo que me encargues.

Ya aquella noche se vieron negros

nubarrones de lluvia en el *ued*. Pero no cayó una sola gota. Era aún demasiado pronto. Quedó, empero, en el aire el bochorno hasta bien entrada la noche. Chillaron los animales, y los hombres gimieron en sueños.

A la mañana siguiente Tuhaya montó un camello del *amenokal* y se dirigió hacia el sudeste para hablar con el *beylik*. Luna Roja partió hacia el oeste para recorrer las tribus. Cogió el camello más rápido y víveres para un mes.

Al despedirse le dijo Intaláh:

—Desde tu vuelta estoy mejor, hijo.

He puesto mis preocupaciones a tu

espalda. Ahí están, como si tú fueras el camello de ellas. Demuéstrasles que puedes desensillarlas...

Dijo también:

—Cuando vuelvas de este viaje te diré lo que pienso de esa muchacha...

Bismiláh, hijo.

XI

LA ELECCIÓN DEL PRÍNCIPE

LOS príncipes de los tamashek se presentaron a Intaláh; por los idnán llegó Bi Saada ag Rhakad. Los Kel Telabit^[119] mandaron a Ramzafa ag Elrhasan. Los Kel Tarlit^[120] y los Tarat Melet^[121] mandaron sus hombres más distinguidos. Los últimos en llegar fueron los príncipes de los ibottenatés y los iforgumesés^[122]. Llegaron tan tarde porque eran los que venían de más lejos.

Se habló mucho y bastante sin sustancia. Algunos príncipes se creían

grandes oradores y no decían nada sólido.

Intaláh, príncipe de los Kel Effele y *amenokal* de todas las tribus tamashek de Iforas, habló al tercer día. Estaba sentado en el círculo de los hombres, apoyado en varios cojines y un poco más alto que los demás. Callaron todos para no perder una palabra.

Dijo Intaláh:

—Cuando el padre abandona la tienda la confía a los hijos. Pero no al más débil ni al más tonto, sino al más fuerte y al más inteligente.

—*Evalá* —dijeron los príncipes, y bajaron la cabeza.

Siguió Intaláh:



—Tengo muchos hijos de mis mujeres y a todos los amo. Pero sólo uno puede guardar la tienda y proteger los rebaños. Por ello he escogido entre mis hijos uno. Me he hecho viejo y pronto dejaré de dormir en mi tienda y de oír por la noche los gritos de los camellos. Por eso he tenido que tomar medidas para que mis bestias vayan todos los días al pozo.

—*Evalá* —asintieron los príncipes.

Bi Saada dijo:

—Así dispone sus cosas el hombre sabio. Verdaderamente, Intaláh, tú eres un *marabú*.

Dijo Intaláh:

—Hace unos años reuní a mis hijos en torno mío y les propuse esta pregunta: ¿Quién deja la huella más magnífica?

Se miraron los hombres. Sentían pasión por descifrar acertijos como ése. Pero callaron, por no interrumpir a Intaláh.

—Un hijo contestó: Padre, la gacela. Ninguna huella en la arena es como la de la gacela. Otro hijo contestó: La huella del muflón, del carnero salvaje de la montaña; Es aún más hermosa. Ninguna puede compararse con ella.

Bi Saada habría dicho con gusto: No. Es la huella de la leona a punto de saltar. Pero calló por cortesía.

Intaláh dijo:

—El tercer hijo pensó: Sin duda es la huella de la gallina pintada. Es hermosa y sin defecto.

El príncipe de los iforgumesés no pudo aguantar más.

—Pero, Intaláh, ¿ninguno dijo que era la huella del camello joven en la arena roja de la duna?

Dijo Intaláh:

—Otro hijo declaró que era la huella del avestruz, pues es la más escasa.

Los hombres sacudieron la cabeza al oír esta opinión.

Intaláh prosiguió:

—Pero uno de mis hijos dijo: Padre,

la huella más hermosa que conozco es la huella del *ayinna*^[123], del gran tornado. Su huella significa agua, pasto, bienestar.

—¡Oh! —exclamaron los príncipes — ése es el más inteligente, el más inteligente de todos.

Dijo Intaláh:

—Ésa fue la respuesta de mi hijo Ayor Jaguerán.

Ellos exclamaron:

—Es digno de cuidar tu tienda y de aumentar tus rebaños. *Evalá*, así es.

Intaláh dijo:

—Él será *amenokal* cuando yo me vaya al Paraíso.

Mientras esto ocurría en el campamento de Intaláh, Luna Roja iba de tienda en tienda, de *ued* en *ued*, de pozo en pozo. En cualquier lugar que desmontara tenía segura acogida.

Estaba poseído por su voluntad de borrar la derrota de Aselar. Excitaba y aguijoneaba a los hombres con sus discursos hasta que los encendía tanto que querían partir con él y se emborrachaban con sus propias palabras.

—Si me preguntáis si todos los *tamaschek* se pondrán en marcha os contesto: ¡todos! Llegarán de Tin Ramir y de Tin Za'uzaten, de Kidal y de

Aguelhoc, del *ued* Sadidén y del pozo de Sandeman. Llegarán del lugar donde se levanta el sol y del lugar donde se pone.

—¿Y cuándo será? —preguntaban, aguantando el aliento. La idea de una expedición así les embriagaba.

Luna Roja contestaba:

—Cuando el primer tornado haya azotado la tierra, no esperéis un día más, sino marchad al *hokum* de mi padre. Coged vuestros camellos más fuertes y afilad las espadas hasta que corten como puñales. Coged también vuestras lanzas y vuestras mejores *ganduras*. Pero dejad los escudos en las tiendas. No los

necesitamos...

Luna Roja llevaba un vestido azul celeste y *tagelmust* blanco. Montaba un camello negro. La roja silla de montar era de Agadés^[124], y la manta de lana de colores de Timimun^[125]. Le colgaba del cuello un amuleto de plata.

Todos los que le veían deseaban imitarle en la ropa. Por eso estaban las muchachas tiñendo tela y cosiendo cuero.

Los muchachos recorrían los *ueds* buscando astas para las lanzas, pues no todos eran lo suficientemente ricos como para tener las astas de hierro. Noche y día hablaban los hombres de la elección

del camello para aquel día sin igual.

Con todo ello iba aumentando y encendiéndose el odio a los moros kunta, y el nombre de Aselar se convirtió en consigna con la que se reconocían los tamaschek.

Luna Roja se dirigió del oeste al norte, y del norte al este, y forjó con sus palabras la unidad de las tribus. Muchas sabían ya que sería *amenokal*. Por ello le recibían a menudo con honores sólo debidos a su padre.

Había un *ued* en el norte que no visitó Luna Roja. Era el *ued* Tin Boyeritén, donde tenía su *hokum* el padre de Tiu'elen. Por una timidez que ni él mismo entendía, describió un gran

arco en torno de aquella zona.

«Pues ¿qué le voy a decir a Tiu'elen?»), pensaba.

Pedirle él mismo que fuera su mujer era convertirse en objeto de burla, pues parecería que no había encontrado a nadie que la pidiera por él y para él, según la costumbre. Además, no le había enviado regalos, y no podía presentarse al *marabú* con las manos vacías...

Otras veces pensaba: «¿Y por qué no puedo pasar una noche en una tienda en la que he vivido cuatro años? No hace falta que hable con Tiu'elen. Basta que hable de Aselar con el *marabú*...».

Pero su orgullo le impidió ceder a

esta última idea. No fue al *ued* de Tin Boyeritén y decidió sorprender más tarde a Tiu'elen con fabulosos regalos... «Es una mujer que me conviene», pensó, «y no pocos me envidiarán por ella».

Casi había terminado Luna Roja su recorrido, y ya había dirigido su camello hacia la *aberid* que le llevaría a la tienda de su padre. Los últimos días fue fácil su tarea. Había llegado a una zona en la que las mujeres estaban ya instruidas por Tadast, y el nombre de Aselar estaba en todas las bocas, y la campaña contra los kunta era cosa decidida.

—Tadast nos ha hablado —le decían

— Basta con que nos llames.

— Venid cuando empiece el primer *ayinna* —contestaba—. Y guardaos de las gentes del *beylik*.

— ¿En qué piensas? —le preguntaron.

— No doy nombres —contestó—. Vosotros los conocéis mejor que yo.

Ellos dijeron:

— El único hombre que está con el *beylik* es Tuhaya.

Lima Roja contestó:

— Vosotros sabréis. Cerrad la boca.

A su vuelta se encontró con Tuhaya, que había llegado de Kidal el día antes.

Antes aún de que entrara en la tienda

le salió al encuentro Tuhaya.

—Te felicito, hijo de Intaláh. No ha habido discusión en tu elección como *amenokal*. Es una buena señal.

Luna Roja dio cortésmente las gracias y le preguntó:

—¿Qué novedades traes de la casa del *beylik*?

Tuhaya entornó los ojos y puso la boca torcida, como si le cegara el sol o como si hubiera mordido un fruto amargo.

—Es más difícil de lo que crees... El *beylik* se propone separar a los *tamaschek* de los *kunta*, para que no vuelva a haber luchas entre ellos. Quiere

dejar Aselar a los kunta y poner como frontera el valle de Tilemsi. Más allá de él, los tamaschek no podrán llevar nunca sus rebaños...

Luna Roja no dijo nada, pero en su rostro se expresaba la más resuelta oposición.

—Escúchame aún —dijo Tuhaya, en seguida—. He contestado al *beylik*: si eso ocurre habrá descontento. Nadie puede prever lo que harán los tamaschek. El *beylik* me encarga que te diga: guárdate tu plan. No ocurrirá nada antes de que el *beylik* llegue a tu tienda y hable contigo. Será después de las lluvias...

—Así lo había previsto —dijo Ayor, duramente—. Para ahorrar incomodidades al *beylik* tenemos que renunciar al agua de Aselar. Mandará sus soldados al valle de Tilemsi y nos impedirá pasar esa frontera.

—Eres duro —dijo Tuhaya—. Pero he hablado mucho, y si no hubiera ido yo —puedo decírtelo en confianza— el *beylik* hubiera aún castigado a los *tamaschek* por haber empezado la lucha en Aselar. Yo lo he evitado. Pero no quiero hablar de eso. Lo que te pido es que no permitas que haya disturbios. Me ha llegado un rumor de que has pronunciado discursos en las tiendas.

Espero que hayas exhortado las tribus a la paz, como dijimos.

Ayor contestó:

—Te agradezco tus esfuerzos. No puedo prescindir de tus consejos durante las próximas semanas. Por eso es importante que estés todos los días cerca de mí y no abandones el campamento de Intaláh hasta que hayamos pasado estas semanas difíciles. No he podido convencer a todos en las tiendas de que no podemos hacer la guerra...

Tuhaya se tragó la mentira con satisfacción. El elogio y el prestigio le eran tan importantes como el arroz para

el hambre y el agua para la sed.

En cambio, Intaláh oyó de su hijo lo siguiente:

—Sé que vendrá una embajada de los kunta para hablar contigo. Te pido que los recibas bien. Pero debes dejarme a mí la palabra grande.

Intaláh contestó:

—Es una buena noticia, hijo. Pero temo que seas demasiado ardoroso en tu discurso, y he sabido por Tuhaya que el *beylik* está de parte de los kunta. Entonces ellos se enardecerán al oírte. Habrá lucha y ellos pedirán la ayuda del *beylik*... Será un mal final para nosotros.

Ayor siguió:

—Hablaré con los kunta tan tranquilamente como he hablado con las tribus de los tamashek durante este viaje.

Esto convenció a Intaláh.

—No duraré mucho tiempo —dijo, sombríamente—. Me doy cuenta. Por eso es lo mismo que hable yo o que hables tú. Tú eres el *amenokal*. Por eso tendrás tú que responder de todas tus palabras... Siéntate aquí, hijo. Tengo cosas que contarte.

Luna Roja se sentó y se puso colorado, adivinando que su padre no iba a hablar esta vez de política.

—Tengo una noticia para ti del *ued* Boyeritén... La muchacha de que me has hablado no parece inadecuada para ti. Los dos hombres que mandé al *marabú*, mi amigo, me han dado buenas noticias. Creen que la muchacha es buena para un *amenokal*... Pero me dijeron también que hay muchachas de tiendas más nobles, y que la belleza no vale el nacimiento...

—Para mí no hay más que Tiu'elen
—dijo, terco, Ayor.

—Para ti, hijo. Pero parece que para esa muchacha hay otros hombres...

—¿Qué quieres decir, padre?

—No ha preguntado por ti ni te

manda saludos. Tampoco su madre parecía pensar en una unión con nuestra tienda. Algo más: casi cada día llegan al *ued* Tin Boyeritén viejos y jóvenes para ver a Tiempo Cálido...

—No puede ser —se le escapó a Ayor. Y el rojo de sus mejillas se hizo cárdeno y llamó la atención a Intaláh.

—Un *tamaschek* no se altera —dijo, con su quebrada voz—. Es como te digo, hijo. Mis hombres me han contado que las visitas se deben a una canción que se canta en todos los fuegos...

—¡Maldita canción! —dijo Luna Roja—. El zagal que la ha compuesto es un *imrad* que no tiene ni un camello.

—¿Quién es? —preguntó Intaláh.

—Mid-e-Mid ag Agasum —dijo, con desprecio, Ayor—. Un necio, un necio que gotea miel por todas partes, un vanidoso... No cantó más que para que le dieran una olla de esink... Luego, cayó en manos de Abú Bakr y nadie ha sabido más de él...

—Estás excitado, hijo —dijo Intaláh, con la sabia sonrisa del anciano—. No se sabe que la muchacha haya mostrado hasta ahora preferencia por nadie. Por tanto, mandaré como peticionario tuyo regalos al *marabú*, y pactaré con él la dote. Lo haré mañana mismo, *injaláh*.

—No —le contradijo Luna Roja—.

No antes de que terminen las grandes lluvias, no antes del último *ayinna*.

—¿Por qué? Primero no quieres dejar que ningún otro se lleve la muchacha, y ahora quieres esperar antes de pedirla. No es necesario que te cases en seguida. Tienes tiempo hasta tu muerte...

—Padre —dijo Luna Roja—, no hables así... Tengo otros motivos...

—Te escucho —dijo Intaláh.

—No quiero pedirla hasta que tenga un nombre entre los *tamashek*. Tiempo Cálido debe saber que se casa con un hombre respetado por todos...

Salió Ayor.

Ante la tienda le corrió al encuentro Queso de Leche Fresca y se le colgó de la ropa.

—Ayor —dijo la niña—, estoy jugando a Tiempo Cálido.

—¿Cómo? —dijo, asombrado—. ¿Cómo sabes ese nombre?

—Sale en la canción que cantamos —dijo la niña, desnuda como todos los niños tamashek. Y cantó:

*Decidme, hombres,
qué pensáis de Tiu'elen*

...

—¿Y a eso juegas? —preguntó,

riendo.

—Sí. Píntame con antimonio, como Tiu'elen.

—Bueno —dijo Ayor—, te pintaré. Tráeme el color de tu madre.

Volvió la niña con el lápiz de antimonio, y Ayor se sentó y le pintó de azul oscuro los párpados y un poco también los labios.

XII

EL TORNADO

LLEGÓ la embajada de los kunta en el momento en que el calor llegaba a su punto máximo.

Intaláh había mandado amigos a recibir a los kunta como es debido. La embajada constaba de siete hombres, entre ellos un hermano del *amenokal*.

Mientras los *tamaschek* se cubren generalmente todo el cuerpo menos los ojos, los kunta llevan la cabeza al descubierto, mostrando el fasto de sus largas cabelleras negras. Eran más

menudos que los tamashek, con miembros finos y afiladas cabezas, los ojos ovalados y la nariz ligera y algo curvada hacia abajo. Tenían barba rala por las mejillas, y muchos llevaban bonitos pendientes de plata o piedra.

El *amenokal* y su hijo los recibieron ante la tienda de juncos construida para ellos. El saludo duró mucho tiempo y acaso habría durado más si Intaláh no se hubiera disculpado con su edad, rogando a todos que se sentaran en las esterillas puestas a la sombra de la tienda.

Bebieron té y mascaron pausadamente el tabaco que se les ofrecía constantemente. Hubo una larga

conversación sobre los camellos y pastos, sobre el encarecimiento de los bienes y la baja de los precios de los corderos, y sobre la dote para las muchachas casaderas... De lo único que no hablaba nadie era de Aselar. Tuhaya contó lo que había sabido recientemente en Kidal y Ayor Jaguerán tuvo que aceptar la felicitación de los kunta por su elección como *amenokal*. Pero de Aselar no hablaba nadie.

El enviado de Ayor había cumplido bien su misión. Pronto se vio en la conversación que los siete kunta eran ricos. Algunos de ellos poseían más de ciento cincuenta camellos y de

trescientas vacas, por no hablar ya de corderos, cabras y asnos.

Por la tarde se pusieron ante los pies de los huéspedes enormes fuentes de arroz con manteca, y los *iklán* trajeron corderos asados, aún muy calientes del fuego.

Ayor dijo:

—Ha llegado la época fértil. Cuando se levanten las nieblas brotará del suelo el alemos fresco. También nosotros debemos empezar de nuevo, enterrando nuestras viejas disputas.

El más distinguido de los kunta, el hermano del *amenokal*, contestó:

—Para eso hemos venido. Pero no

debes olvidar que un árbol arrancado no echa raíces. Queremos hablar de paz. Pero no de Aselar.

—Si no hablamos de Aselar no puede haber paz —dijo Ayor con firmeza, mirando con indiferencia las nubes grises que bogaban por el *ued*—. Nosotros, los tamaschek, queremos sólo justicia.

—Sí —dijo Intaláh, entre dos ataques de tos—. La justicia es la semilla de la paz, y la paz es la raíz del bienestar.

Uno de los kunta repuso:

—No hemos sido nosotros los que empezamos la lucha. ¡Fueron vuestros

pastores! Lo han pagado caro. Pero aunque no podemos devolveros Aselar, para que no haya más lucha ni mueran más hombres, estamos dispuestos a pedir al *beylik* que no os castigue. No pedimos reparación por vuestro ataque. Nos basta con que nuestros rebaños puedan ir sin temor por el valle de Tilemsi, y os garantizamos que no os tocaremos una tienda...

El hermano del *amenokal* de Burem^[126] añadió:

—Así es. Queremos jurar la paz y dejar las cosas como están ahora.

Ayor rió ruidosamente.

—Los bandidos quieren quedarse

con lo que han robado. Y cuentan a los robados que les están haciendo un favor...

Entonces intervino Tuhaya.

—No debemos pelearnos, amigos. El hijo de Intaláh ha hablado como suele hacerlo la juventud. Dejad que hable la sabiduría. Hacednos una proposición que guste a todos.

Los kunta dijeron:

—Proponemos jurar la paz. No podemos hacer más. Tú acaso sepas, Tuhaya, que el *beylik* está de nuestra parte. Hacemos mucho por vosotros pidiendo al *beylik* que no os castigue por vuestro ataque.

Tuhaya indicó a Ayor que aceptara las palabras de los kunta. Pero Ayor dijo, con difícil calma:

—Si ésa es vuestra última palabra, habrá guerra. Nosotros no la queremos.

—No tememos la lucha —dijeron los kunta—. Nunca la hemos querido.

—La tendréis —dijo Luna Roja, frunciendo los labios.

—Hijo —habló Intaláh—, olvidas que queremos hablarnos como amigos. Los kunta comprenderán que necesitamos nuestra parte en Aselar. Si admiten esto, concluiremos la paz y la juraremos.

Los kunta cuchichearon entre ellos,

sacudieron las cabezas y dijeron:

—Aselar está perdido para vosotros.

—Os he prometido paso libre —les gritó Ayor—. Mantengo la promesa. Pero ¡ay de vuestros camellos y de vuestras vacas! ¡Ay de vuestras tiendas! ¡Volveos!

Se volvieron instantáneamente. De la niebla del *ued* salían jinetes como sombras negras, camino del fuego. Los velos ondeaban al viento. Las lanzas brillaban. Resoplaban los camellos. Se veían ya los rostros, húmedos de rocío y de sudor. Sonaba el hierro y el cuero.

—Ayor, ¿qué has hecho? —dijo

Tuhaya.

Ayor contestó:

—Esto no es todo. Es sólo el comienzo. Este *ued* rebosará de guerreros.

Intaláh contemplaba el espectáculo, y nadie sabía lo que pensaba. Los kunta se juntaron con los labios apretados y la mano en la empuñadura de la espada.

Los primeros *tamashek* habían llegado a la hoguera. Bajaron de los camellos, saludaron al *amenokal* con ligero contacto de los dedos, saludaron a Ayor, echaron amenazadoras miradas al grupo de los kunta e hicieron como si no vieran a Tuhaya, que se había echado

el *tagelmust* por la cara.

Luna Roja les dijo:

—Acampad y estad dispuestos.

—Queremos irnos —dijeron los kunta—. No tenemos nada que hacer aquí.

—No —dijo Ayor—. Os iréis cuando a mí me plazca. Ni antes ni después.

Era ya mediodía y aún acudían hombres de la llanura: idnán y Kel Telabit, Kel Effele y Tarat Melet.

Dijo Ayor:

—Mañana estarán aquí los ibottenatés y pasado mañana los iforgumesés. Y no nos dirigiremos a

Aselar, sino a Burem.

Los kunta callaban. Con la cabeza agachada, no arriesgaban más que furtivas miradas al ejército creciente. No cabía duda posible ya: Luna Roja había concentrado todas las tribus tamashek para vengar a los muertos. Pero aún había una esperanza para los kunta: el *beylik*. El *beylik* no soportaría que les asaltaran las tiendas y los rebaños. Intervendría con sus soldados, sus muchos fusiles, sus cañones y sus autos.

Era como si Luna Roja les adivinara los pensamientos.

—Tuhaya —dijo—, tengo un

encargo importante para ti.

—Estás perdiendo a todos los tamashek —dijo Tuhaya—. El *beylik*...

—El *beylik* —le interrumpió, tranquilamente, Ayor— está de mi parte.

—¡No es verdad! —gritó Tuhaya, sacando los dientes—. Si lo crees te engañas a ti mismo.

—Óyeme, Tuhaya: Coge el camello más veloz, vete a Kidal y habla con el *beylik*.

Tuhaya le miró, desanimado.

—Dile que mañana por la mañana empieza la guerra contra los kunta, por Aselar.

—No te entiendo, hijo de Intaláh.

Preparas tus planes con todo secreto y ahora quieres denunciar tú mismo el comienzo de su realización al *beylik*. Ya notará pronto lo que haces y matará a tus jinetes y a ti mismo como a perros^[127] rabiosos...

—Cierra la boca y obedece: dices al *beylik*: Yo, Ayor Jaguerán, voy a empezar una guerra por Aselar que asolará el país desde aquí hasta el Río. Cegaré los pozos y degollaré los rebaños en los pastos. Quemaré las tiendas de los kunta hasta Burem...

—¡Hijo! —gritó Intaláh.

—Ésa es mi palabra —dijo Ayor, con una voz en la que temblaba toda la

excitación trabajosamente reprimida—. Di al *beylik*: si da su palabra de que Aselar será devuelto a los tamaschek... si da su palabra de que las familias de los pastores muertos recibirán una indemnización adecuada en ganado y en camellos, detendré a mi pueblo. Pero exijo un papel en el que esté escrito todo eso. Díselo, Tuhaya. Y si no traes la respuesta buena, no te atrevas a entrar en mi tienda... Otra cosa, Tuhaya, que puede olvidarla el *beylik*: Dile que el *ayinna* ha hecho todas las pistas intransitables para sus autos. No lo olvides. Tendrá que pensarlo... Ahora cumpliré mi promesa y daré conducción

a nuestros enemigos hasta el valle de Tilemsi.

Se volvió a los tamaschek que estaban más cerca:

—¡Montad! ¡Vamos a Burem!

Los kunta comprendieron que Ayor hablaba en serio.

Comprendieron también que quería guerra y que la había preparado.

Intaláh respiró trabajosamente. Tadast le dio leche caliente. Se la bebió a sorbitos.

—Dime, hijo —murmuró de repente—, dime la verdad: ¿qué te mueve en este juego? ¿La justicia? ¿Sí? ¿O la ambición? La verdad, hijo.

Ayor se inclinó para hablarle al oído.

—Si la ambición no se suma a la justicia, la justicia no echa raíces ni hojas, padre... Perdóname que no te dijera lo que preparaba.

Intaláh le rechazó con la mano.

—Alah te ayude... Él, que ama a los osados... Entiendo por qué haces esto... pero no te perdono que no confiaras en mí... Hijo, eso no te lo perdono... ¡márchate!

Ayor se levantó y le señaló la silueta de Tuhaya, que partía en aquel momento.

—Ése es el motivo, padre. Estaba demasiado cerca de tu boca...

—Márchate —murmuró Intaláh—

yo... yo soy tu padre.

Luna Roja se dirigió a los kunta:

—Nos marchamos. Subid a los *imenas*.

Sin ocuparse más de ellos saltó a su camello, gritó a los tamaschek que le siguieran y emprendió el camino del sur, hacia Burem.

Ayor preguntó a los embajadores kunta:

—¿Cuántos camellos tienes?

—Ciento veinte.

—¿Y tú?

—Doscientos.

—¿Y tú?

—Doscientos diez.

—Treinta... sesenta... ciento once...
noventa.

—Los degollaré todos —dijo,
tranquilamente, Ayor, y volvió a
separarse de ellos.

Cuando hicieron alto aquella noche,
se le acercó el hermano del *amenokal*
de los kunta y preguntó:

—¿Qué pides además de Aselar?

—Veinte camellos por cada muerto
—dijo Ayor.

—Es demasiado —dijo el otro.

—Bueno. Pongamos doce si aceptáis
en seguida.

—No podemos. Tenemos que hablar

con el *amenokal* en Burem.

—Tú eres su hermano —dijo Ayor —. Mañana, cuando se levante el sol, te adelantas y le avisas de que llego. Si quiere la guerra, la tendrá antes de que se ponga el sol por quinta vez. Si quiere la paz, que me mande los camellos al encuentro de mis guerreros.

El kunta se marchó, preocupado.

—Dile también que diga al *beylik*: He devuelto los pozos del *ued* de Aselar a los *tamaschek* —gritó Ayor cuando el kunta se marchaba.

Al otro día, poco antes de la tarde, el número de *tamaschek* que seguían a Ayor era ya de mil doscientos, y aún

faltaban las tribus de la *tamesna*, que estaban en marcha.

Por la tarde apareció en el cielo un puntito negro que venía del sur. Se acercó veloz y dio vueltas mucho tiempo por encima de los guerreros.

Ayor dijo:

—No os preocupéis del avión. No lo miréis. Seguid marchando tranquilamente.

El avión desapareció como había venido y volvió por la tarde del día siguiente, en el momento en que alcanzaban el valle de Tilemsi. Voló también un rato por encima de los tamaschek, tan bajo esta vez que

pudieron ver la cara del piloto en la cabina.

Pero tampoco pasó nada, y la máquina hizo rumbo a Kidal con su perverso rugido.

En un prado hallaron un joven camello blanco que llevaba en el cuello una señal de los kunta. Ayor mandó cazar el animal y que lo llevaran ante los kunta.

—¿Es vuestro? —preguntó.

—Sí —dijeron—, lleva una de nuestras marcas^[128].

Ayor mandó a sus hombres que lo degollaran.

Le cortaron el cuello y lo dejaron

desangrarse en presencia de los kunta.

—Éste es el primero —dijo Ayor—. Lo mismo haremos a todos vuestros camellos. El *beylik* llegará demasiado tarde para vosotros, pues no tenéis ya más que dos días de tiempo. Ahora, adelantaos a nosotros. Si ninguno de vosotros vuelve de Burem a traemos la paz os pasará a vosotros lo mismo que a ese camello.

Galoparon a toda velocidad sin dar a sus animales una hora de descanso hasta llegar a Burem.

Hacia la noche volvió a presentarse el avión, describió un lazo bajo por encima de ellos y les lanzó un mensaje

que decía: «Deteneos donde estáis y esperad al mensajero».

Era una carta del *beylik* con su firma al pie. Pero Ayor no dijo a nadie lo que estaba escrito en el papel y prohibió al hombre que lo había traducido que lo dijera a otros.

Así siguieron adelante sin preocuparse por el mensaje.

El mensajero llegó al cuarto día. Era Tuhaya: deshecho, acabado por la vertiginosa cabalgada que había realizado, con los ojos hundidos y grandes ojeras.

—*Salam aleikum*, Ayor Jaguerán.

—Aleik esalam. ¿Qué nos traes?

—Una carta del *beylik* para ti.

—¿Dice sí o dice no? —preguntó

Ayor.

—Dice sí —contestó Tuhaya—.

Pero créeme: en mi vida he tenido que hablar tanto como esta vez.

—Es mejor que tengas que hablar tú dos semanas a que perdamos Aselar —contestó Ayor—. Tradúceme la carta.

Tuhaya leyó:

«A reserva de que el *amenokal* de los kunta esté de acuerdo con esta solución y con la condición de que Intaláh licencie inmediatamente a sus guerreros, se abren desde este momento para los *tamashek* sus antiguos pozos

del *ued* de Aselar.

»Se prohíbe a Ayor Jaguerán ag Intaláh seguir avanzando por el valle de Tilemsi. Los soldados del *beylik* están dispuestos».

Ayor dijo:

—Seguiré avanzando hasta que me llegue contestación de Burem. El *beylik* no tiene en Kidal más que treinta *goumiers*. No puede hacerme nada, y antes de que reciba refuerzos he logrado yo mi objetivo.

Tuhaya le avisó:

—No irrites más al *beylik*. Está muy irritado contigo.

—Si reconquistó Aselar —repuso

Luna Roja, con orgullo— que esté todo lo irritado que quiera conmigo.

En la mañana del quinto día les llegó una larga caravana dirigida por el hermano del *amenokal*. Traía doscientos cincuenta y dos camellos y una carta en árabe. La carta ofrecía la paz.

Ayor leyó la carta en voz alta y consiguió con mucho trabajo colocar un par de frases en el tumulto de entusiasmo que se desató. Finalmente, consiguió silencio.

—Llevad los camellos a las mujeres de los muertos —dijo— y venid conmigo a Aselar. Vamos a volver a tomar posesión de todo lo que nos

habían quitado.

No todos los hombres atravesaron las dunas de Timetrin^[129] camino de Aselar. Los más viejos se llevaron los camellos y volvieron a sus rebaños. Los que siguieron a Ayor eran, sobre todo, jóvenes.

También Tuhaya fue con Ayor. Se había dado cuenta de que era mejor colocarse desde aquel momento al lado del astro creciente si quería seguir con sus ventajas.

XIII

INTALÁH Y LUNA ROJA

LUNA Roja y sus jóvenes guerreros se quedaron varias semanas en las dunas de Timetrin. Abrevaron sus camellos en los pozos de Aselar y los dejaron pastar el had fresco y verde que cubría millas de tierra como tina alfombra.

Mientras tanto, las noticias del éxito del futuro *amenokal* se habían difundido de boca en boca por el Adrar de Iforas. En todos los campamentos se oía el nombre de Luna Roja. En todas las

tiendas se hablaba de la victoria sobre los kunta.

Los príncipes cerraron entonces filas en torno del viejo Intaláh, y así ocurrió que al llegar de vuelta al campamento paterno Luna Roja fue objeto de una acogida más bien fría.

El *amenokal* parecía haberse recuperado de sus debilidades. Tenía los hombros caídos, pero estaba de pie ante la tienda, mirando en la dirección por donde debía llegar su hijo.

Ayor había licenciado a sus hombres, pues en aquella época de grandes tomados se necesitaban todas las manos para llevar los rebaños a las

tierras saladas. Al terminar la época de la sed y la sequía empezaba la de la dorada superabundancia. Y había hombres que enfermaban por haber tomado demasiada leche, demasiada manteca, demasiado queso fresco...

Intaláh no dijo ni una palabra sobre los kunta cuando llegó Luna Roja. Lo único que dijo de Aselar fue:

—Me alegro de que ese *ued* vuelva a estar libre. Has estado mucho tiempo allí, hijo.

—Tenía que mostrar a los kunta que volvía a tomar posesión de Aselar... Por eso...

Ayor había crecido aún en aquellas

semanas. El rostro no daba la misma impresión de juventud, y sus palabras eran más tranquilas y pensadas.

—No te has hecho muchos amigos entre los príncipes —siguió diciendo Intaláh—. Me han preguntado que si te habían elegido *amenokal* para que los ignoraras.

Ayor respondió:

—Son injustos conmigo. Lo primero es el bienestar de nuestro pueblo, luego el de los príncipes. No les pedí que vinieran conmigo porque sé que obedecen al *beylik* más que a mí.’

—Te creía más listo, hijo —dijo, duramente, Intaláh—. A cambio de una

pequeña ganancia has conseguido una pérdida grave... Le has quitado la silla al camello que montas...

—No te entiendo —dijo, asombrado, Luna Roja.

—Cuando te hagas más viejo me entenderás. Has demostrado a todos los tamaschek que son capaces de obrar sin sus príncipes. Y tú, hijo, eres un príncipe... Eres el príncipe de los Kel Effele a mi muerte... Esos guerreros que te han seguido han aprendido a despreciar a sus príncipes. ¡Ay de ti el día que te desprecien...! Cuando el león se da cuenta de lo fácil que es comer hombres, no concede ni una mirada a las

vacas... Cuando el camello descubre que puede encontrar agua sin necesidad de su dueño no vuelve jamás al pozo acostumbrado...

Suspiró, pues se dio cuenta de que su hijo no compartía aquellos temores.

—Ayor Jaguerán —añadió—, has destruido el viejo orden sagrado de los *tamashek*...

—No he hecho nada contra los príncipes, padre —respondió Ayor.

—Hijo —contestó, violentamente, Intaláh—: Cuando llegó el *beylik* a este país dijo: todos los *iklán* son libres; ése fue el primer golpe. Casi sucumbimos. Los *iklán* escaparon, nos robaron el

ganado... y nos dejaron sus pesados trabajos para que los hiciéramos nosotros... Tú acabas de darnos el segundo golpe. Animados por ti, los *imrad*, los plebeyos de todas las tribus han tomado las armas, han marchado a la guerra contra los kunta sin necesidad de sus príncipes, y han vuelto victoriosos...

—Porque los dirigía yo, padre.

—Eso lo olvidarán. Pero no olvidarán que la expedición fue posible sin los viejos linajes principescos de Iforas... ¡Jamás! Jamás debiste hacerlo. Has puesto en movimiento una roca sin saber adónde irá a caer... Y sin saber si te arrastrará a ti mismo al abismo.

—¿Qué quieres que haga? — preguntó Luna Roja.

—Reconcíliate con los príncipes. Dales los camellos del botín que hiciste...

—Eso no puede ser —contestó Luna Roja—. Y tampoco quiero hacerlo. El botín es para las mujeres de los muertos de Aselar.

—El botín es de los príncipes — dijo Intaláh—. Ésa es la ley eterna. Y los príncipes dan a sus hombres lo que les place... ¿O es que también quieres cambiar nuestras costumbres, hijo?

—*Bismiláh* —contestó Ayor—, cambiaré muchas cosas. Ésta no es más

que el principio. Luego voy a casarme con la hija de un *imrad* y con ninguna noble de linaje *ilelán*.

Voy a hacer más: en los años que he estado con el *marabú* he aprendido que nuestro pueblo no cumple todos los preceptos del Corán y no respeta todos los antiguos mandamientos del Profeta. Voy a dar nuevo brillo al nombre de Alah en nuestro pueblo. Y tampoco basta esto. Estando en las dunas de Aselar he pensado día y noche en cómo puedo hacer que los *tamashek* seamos otra vez un gran pueblo. Los *tamashek* son las camellas que yo monto. Los príncipes son las sillas. Pero sabré montar las

yeguas sin silla, si la silla no quiere servirme... o sabré hacerme otra silla nueva...

Intaláh replicó:

—Lo de los kunta se te ha subido a la cabeza... Pero ya es hora de que empieces a pensar en otra cosa. Voy a dar prisa a tu boda. Quizá te hagas más razonable cuando tengas una mujer en la tienda...

Pero en su corazón pensaba: «Si este hijo mío no cambia o perece o llega a ser más gran rey que yo mismo...».

También pensaba: «Soy demasiado viejo para indicarle el camino... no tengo ya fuerzas... y cada vez se me

cansa más la cabeza de pensar... Alahú akbar, Alah es grande, Él hará como le plazca...».

Llamó a Tuhaya y le dijo:

—Tuhaya, no creo que seas amigo de mi hijo. Tiene la cabeza dura y se busca él mismo la *aberid* por la que quiere poner sus plantas. Pero voy a ayudarte para que ganes su confianza.

—Tengo poca esperanza de que me escuche jamás un consejo en cualquier cosa que sea —se lamentó Tuhaya.

—Haz lo que voy a decirte y serás su amigo. Ve a pedir una muchacha para él.

—No —contestó Tuhaya—. Ése es

un juego peligroso. Si le gusta la pedida, no hay dificultad. Pero si no le gusta y hay pendencias entre él y ella, no me lo perdonará nunca y sufriré toda la vida las consecuencias...

El rostro de Intaláh se animó un tanto, pese a sus arrugas, por el vuelo de una sonrisa.

—Luna Roja conoce a la muchacha y quiere tomarla por mujer. Lo único que tiene que hacer es la petición. Te lo agradecerá mucho.

—¿Quién es ella? —preguntó Tuhaya, con curiosidad.

—La hija del *marabú* con el que aprendió. Se llama Tiempo Cálido y es

hermosa, según me han dicho.

—No es hija de nobles, *amenokal*. Habrá discusiones. Ya lo preveo. Esta boda suscitará enemistad entre tu tienda y las tiendas de los *ilelán*. Preguntarán: ¿Acaso no son buenas nuestras hijas para el descendiente de los califas de Timbuctú? Y dirán: No queremos que la hija de un *imrad* dé consejo al *amenokal* de los *tamashek*.

Tuhaya bajó la vista al suelo y siguió diciendo:

—Ya sabes que nuestras mujeres tienen más poder sobre nuestras cabezas y nuestros corazones del que nosotros nos avenimos a reconocer. Oyen

nuestros sueños más secretos y nos mueven a hacer eso y no hacer lo otro...

Al decirlo no se atrevía a mirar a Intaláh, pues todo el mundo sabía que el *amenokal* había estado su vida entera pendiente de los consejos de sus mujeres, y todavía obedecía, en muchas cosas, a pesar de su edad, a la joven Tadaast.

Intaláh suspiró:

—Luna Roja está decidido a tomar por mujer a esa muchacha. No te preocupes por las consecuencias. Todo está en manos de Alah, alabado sea su nombre. Pero si no quieres pedirla tú, tendrá que pedirla otro.

—Si me lo pides lo tengo que hacer. Pero yo te digo: de esa boda no saldrá más que desgracia... para tu hijo o para mí... Cumpliré su deseo. ¿Cuándo debo ensillar?

—Vuélvete ahora a tu campamento y cuida tus rebaños —repuso Intaláh—. Que cambie aún dos veces la luna mientras el último *ayinna* ruja por los *ueds*. Entonces será el tiempo. Te daré regalos para el *marabú*, y hablarás con él en mi nombre sobre los dones que pide por su hija.

—Todo lo haré como tú dices —contestó Tuhaya—. Pero ¿qué debo hacer si me rechazan la petición?

—¡Me gustaría ver quién es el que rechaza la petición de un *amenokal*! — gritó Intaláh.

—No estaba pensando en el padre, Intaláh, sino en la hija...

—Antes de casarse la mujer no tiene boca —dijo, violento, el príncipe—. Una muchacha es una camella que se compra y se vende. He dicho bastante. Ve y cuida tus ganados y vuelve a mí cuando las bestias hayan engordado con la hierba fresca.

Tuhaya se marchó.

Tuhaya se presentó otro día en el campamento del *amenokal* y conferenció con Intaláh y Tadast sobre los regalos

que debía llevar al *marabú*.

Tadast dijo:

—Basta con una oveja, pues esa muchacha no pertenece a una familia de *ilelán*.

Pero Intaláh la contradijo:

—Una oveja es lo que se dan los *imrad* entre ellos. Pero te olvidas de que mi hijo no es un *imrad*. Vamos a regalarle un joven camello sin domar.

Tuhaya parecía asentir a los dos, pero luego dijo:

—Una oveja me parece demasiado poco, y un camello me parece excesivo. Dadme dos terneros robustos.

—Sí —dijo Intaláh— eso haré. Pero

¿cuántos animales pedirá el *marabú* por su hija? El precio de la novia no es bajo en esta tierra y cada año se exige más por una hija. Como yo soy el hombre más rico, me pedirán más que a nadie.

Tuhaya cogió su camello y dos robustos temeros, tabaco, *toka*^[130], dátiles y arroz, así como un *idit* recién curtido y partió hacia el norte. El camino era largo y con los dos terneros no podía hacer etapas largas. No estaría de vuelta hasta fines de año, al cabo de tres, meses.

XIV

EL GRAN *AHAL*^[131]

MID-E-MID había crecido y se había hecho robusto durante aquel año. El vello negro le cubría el labio superior y era como una sombra oscura por las mejillas. Había pasado la temporada de lluvias en las montañas, pues sus animales no sufrían falta de agua.

Pero cuando vio que Abú Bakr no volvía tampoco en octubre, confió los animales a Amadu y Dangi y cabalgó hacia el oeste para enterarse de qué

ocurría por el país. Aparte de los dos *iklán* no había visto a nadie en mucho tiempo, y tenía deseos de oír otras voces. Se añadió a ello el hecho de que carecía de té, azúcar y tabaco. Lo que más le dolía era no tener sal. Por ello se llevó también uno de los camellos de Abú Bakr para trocarlo por esas mercancías.

El camino hasta Tin Za'uzaten le pareció esta vez muy largo.

Mid-e-Mid encontró al loco junto al pozo. Estaba poniendo ramas espinosas encima de la abertura, y tan ensimismado en esta tarea que no levantó la vista cuando Mid-e-Mid hizo

arrodillarse a sus animales.

—¿Matulad? —(¿Cómo estás?) le gritó Mid-e-Mid.

Kalil se colocó la mano como visera y le contempló con expresión estúpida. De repente tuvo una iluminación y alargó las manos a Mid-e-Mid:

—¡Mid-e-Mid ag Agasum! —gritó —. ¡Hijo de las lágrimas y de la risa!

Mid-e-Mid dijo:

—¿Has oído algo de una muchacha que se llama Tiempo Cálido?

—¿Tiempo Cálido? Kalil sabe.

—¿Qué sabes de Tiempo Cálido, Kalil?

—¡Ah!, está esperando la Lima.

—¿Está esperando a Luna Roja, Kalil? —preguntó Mid-e-Mid de mal humor.

—Luna roja, Luna blanca... es lo mismo.

—¿Y por qué espera la luna?

Mid-e-Mid pensaba: quizá no me ha entendido. Quizá no sabe de quién estoy hablando.

El loco abrió la boca y cantó:

—Lalala, lalala, tumtuntiritum...

—¿Y eso es todo lo que sabes? —dijo Mid-e-Mid, por un instante decepcionado. Pero de sus gestos se deducía algo.

—Ahora te he entendido, Kalil:

Tiempo Cálido da un *ahal*.

El loco agarró la palabra:

—¡*Ahal!*, ¡*ahal!*, ¡*ahal!* Cuando llegue la Luna. ¡*Ahal!*, ¡*ahal!*, ¡*ahal!*

—¿Estás seguro de que espera la luna y no a Luna Roja?

—Tiempo Cálido espera la Luna... Luna roja... Luna blanca... todas las lunas. —Rió—. Todos los hombres van... todos... gran *ahal* cuando llegue la Luna... —Volvió a hacer música con sus instrumentos invisibles, balanceándose el torso.

Mid-e-Mid pensó: «Tengo que averiguar eso, y tengo que ir a ese *ahal*. Si es Luna Roja al que espera... allí lo

sabré».

El corazón le palpitaba fuerte. Un *ahal* era acontecimiento poco frecuente en el Adrar de Iforas. Cuando se anuncia un *ahal*, llegan los hombres de lejos para oír a las mujeres tocar el *amzad*^[132].

En un *ahal* los jóvenes se presentan con sus canciones. A veces llega a haber duelos a espada. Cada cual intenta superar a los demás por la magnificencia de sus ropajes, el adorno del camello, el arte del jinete. Cuanto más destacan, tanto mayor el premio: una mirada amistosa, una palabra de elogio, un aplauso.

A veces ocurre también que un hombre que ha destacado en el *ahal* se anima a pedir la mano de la muchacha. Pero no es frecuente, y se considera como el mejor premio.

—Kalil —dijo Mid-e-Mid—. Te quedas con mí camello. Ahora me voy, y cuando vuelva recogeré lo que hayas conseguido por él.

Por el camino vio camellistas que, evidentemente, se dirigían también a la tienda del *marabú*. Vestían con magnificencia y montaban buenos animales. Uno de ellos le dirigió la palabra.

—¿Vas tú también al *ahal*? —

preguntó, sin pararse.

—No —contestó Mid-e-Mid—, quería ver si encuentro tabaco. Tengo la bolsa vacía.

—Allí encontrarás tabaco. Se reunirán muchos hombres. Sí, claro que te darán tabaco... Y tus rebaños, ¿están allá?

Mid-e-Mid asintió:

—Un poco lejos... Pero dime: ¿de quién es ese *ahal* al que vas?

—¿Eso no lo sabes? —dijo el otro, asombrado. Era un joven, con el cabello presuntuosamente peinado en trenzas—. Hoy es luna llena, y Tiu'elen ha anunciado un *ahal* para este día.

—¿Tiu'elen? —preguntó Mid-e-Mid, pero se le había desbocado el corazón cuando oyó pronunciar el nombre a aquel extraño.

—Seguramente hace mucho tiempo que no has estado en el norte —dijo, sorprendido, el otro— puesto que no conoces el nombre de esta muchacha. Es la más hermosa de todas. Es la hija del *marabú*. Y hay muchos que piden su mano.

—¿Y se ha decidido ya por alguno? —preguntó Mid-e-Mid.

—Espero que no —dijo el jinete—, pues yo también quiero hacerlo... Pero claro está que otros muchos intentarán lo

mismo... ¿Llevo bien puesto el *tagelmust*? Tengo miedo de que se me haya estropeado por el camino.

—Lo llevas bien puesto —contestó Mid-e-Mid.

—Muy bien... No querría que me notara mal vestido... Dicen que se fija mucho en eso... Pero de verdad que me asombra que no hayas oído hablar de esta muchacha. Si hasta hay una canción que canta todo el mundo:

*Decidme, hombres,
qué pensáis de Tiu'elen*

...

—Sí, creo que conozco esa canción

—dijo Mid-e-Mid—. Si es tan hermosa como dice la canción...

Mid-e-Mid no recordaba haber visto nunca un *ahal* tan importante. Contempló los rostros: conocía a muchos y no conocía a unos pocos. La mayoría eran jóvenes Kel Effele.

Cuando se levantó la luna por encima de las lejanas montañas y difundió su luz lechosa por la tienda y el lugar y por las azules *ganduras* de los hombres, salió Tiu'elen. Se hizo silencio y todos los ojos convergieron en la juvenil figura. A pasos lentos, con el *ftas*^[133] cubriéndole la cabeza, llegó hasta el lado de su madre y se sentó.

Mid-e-Mid tragó saliva al verla. Era más hermosa que su recuerdo, más sencilla y más soberana al mismo tiempo. Jamás supo tan amargamente como en aquel momento de su vida que él era seguramente el más pobre en aquel semicírculo de jóvenes peripuestos y bien alimentados. Él era el único que había llegado en camello ajeno y cuidaba rebaños de otros hombres. Su único bien era Teljenyert, la fuerte espada de Abú Bakr que llevaba al costado. Y por un momento le pareció que iba a saltar y a desafiar a todos con la espada, para superarlos por lo menos en ese arte y destacar así ante

Tiempo Cálido. Pero la idea pasó como había llegado, y le dejó aún más deprimido.

La mujer del *marabú* alargó el *amzad* a su hija. Era un gran instrumento en forma de laúd, recubierto de piel de cabra y con una cuerda única hecha con crin de la cola del caballo. El silencio era tan completo que se oía el crepitar del fuego y el ligero choque del arco con el instrumento cuando Tiempo Cálido empezó a tocar.

Las miradas de los hombres pasaban de las manos de Tiu'elen a su rostro. Tenían la cabeza inclinada y la boca abierta como si quisiera gustar el sabor

de la música.

Tiempo Cálido les devolvía las miradas sin intimidarse. Pero con ningún gesto indicaba si reconocía a uno o si le gustaba otro.

Se interrumpió la música y volvió a empezar. Temblaron unos últimos, monótonos sonidos, y terminó del todo.

Tiempo Cálido descansó el instrumento.

Se rompió el encanto. Los rostros reían radiantes. Volvió la confusión de voces. Se levantó un hombre señalando algo y se volvió a sentar.

—Otra vez —dijeron algunos— más, Tiu'elen.

Tiempo Cálido sacudió la cabeza.

—Luego. Ahora vamos a oír cómo cantáis —dijo con su clara voz.

—¿Qué quieres que cantemos? —preguntaron.

—Lo que queráis —repuso Tiempo Cálido.

—Voy a cantar «Amenehaya^[134]» —dijo un robusto Tarat Melet, y empezó en seguida con poderosa voz:

*Inalarán, lancero, y tú,
hijo de Intebam^[135],
venid, cuando el ganado
lame la sal,
venid al pozo de In
Tirgasal.*

—¡Yo, Tiempo Cálido, yo, yo! —
pedían otros. Todos querían destacar.
Todos ansiaban brillar, recibir una
palabra de elogio, una mirada de la
muchacha.

—Yo sé una canción nueva —dijo un
hombre grueso, de salientes pómulos.

—Si es nueva, quiero oírla —
decidió Tiu'elen—. ¿Quién la ha hecho?

—Yo mismo —dijo el hombre. Y,
sorprendido por su propia osadía,
añadió:

—No tiene gran arte, pero la he
hecho para ti, Tiempo Cálido.

Tiu'elen se rió:

—Espero que te hayas esforzado,

Boja^[136]. Canta, canta.

Boja cantó:

*Adivina, adivinanza,
¿quién es esta mujer?
Lleva el cabello
engrasado con manteca
amarilla,
y refleja el sol y la luna.
Su ojo es redondo como
un círculo
en el agua, cuando se
tira una piedra.
Sus pies son como
pezuñas de camella,
y sus dedos...*

Pero no pudo continuar. La tormenta de carcajadas le cortó la respiración.

—¡Pies como pezuñas de camella!
—gritaban, muertos de risa.

—¡Boja, córtate la lengua y quémala, que no te sirve para nada!

—¡Boja, pon las pezuñas en el suelo y galopa hasta tu tienda!

Tiempo Cálido se había tapado la cara para que no la vieran reírse. Boja se encolerizó tanto que saltó *takuba* en mano contra los más burlones. Pero los otros le desarmaron, le derribaron en la arena y le amenazaron con matarlo si no se estaba quieto.

Sonó de nuevo el *amzad* y cubrió el

incidente. Terminaron las risas y la conversación.

—¿Quién quiere cantar ahora? — preguntó.

En la última fila se levantó el hombre del *tagelmust* echado. Como la mayoría no le vio levantarse, Tiempo Cálido tuvo que pedir silencio.

—Que cante el embozado —dijo.

Todos se volvieron, pero no pudieron ver más que la sombra oscura y alargada, pues la luna se había nublado y el fuego estaba bajo.

El hombre dijo en voz baja, pero de modo que todos lo oyeran:

—Ya se ha cantado el elogio de una

yegua. Quiero cantar el elogio de un macho.

—Canta —dijeron—, pero fuerte, que te entendamos.

Mid-e-Mid cantó entonces la canción de Inhelumé:

*He bebido las aguas
blancas de Telabit,
de Sandeman y de In
Abutut.*

*Pero no te he
encontrado, Inhelumé.*

—Está cantando al camello de Abú Bakr —murmuraron. Todos conocían el nombre del célebre animal.

Mid-e-Mid siguió:

*Tu huella me llevó, de
tienda en tienda,
siguiendo el humo, hasta
él ued Sadidén.
Pero no te he
encontrado, Inhelumé.*

Bajo el *tagelmust* sonaba un tanto sorda la voz de Mid-e-Mid, pero tan clara y hermosa que todos se emocionaron y guardaron silencio vueltos hacia él. Tiempo Cálido pensó que ya había oído aquella voz otra vez. Creía reconocer el timbre. Pero como no conocía la canción, se dejó engañar y no

adivinó quién era el cantor.

Mid-e-Mid terminó:

*Pregunté por ti,
pregunté por ti
al torbellino y a la
silbante arena...*

*Pero no te he
encontrado, Inhelumé.
Sólo Talit, la luna, oye el
golpe de tu planta,
cuando de duna en duna,
Inhelumé, como él
tornado,
pones en fuga las yeguas
de la tamesna.*

Siguió todo en silencio al terminar. Nadie se atrevía a romperlo. La mujer del *marabú* dio entonces la pulsera de oro a su hija, y ésta se la echó al cantor, el cual la cogió hábilmente al vuelo y se sentó sin decir palabra.

Entonces estalló el aplauso.

El embozado se quitó el *tagelmust* de la cara. Tiempo Cálido reconoció a Mid-e-Mid.

Los hombres se pusieron en pie de un salto y gritaron:

—¡Es Eliselus! ¡Ha vuelto!

Olvidaron toda dignidad, se precipitaron hacia él, le ponían las manos en los hombros y le decían:

—¿Te acuerdas de mí, hijo de Agasum? ¿Cuántas veces has comido a mi fuego? ¿Y junto al mío? ¿Y no has dormido en mi tienda? ¿No fuiste conmigo a por agua? Y cuidaste las cabras de mi hermano. ¡Acuérdate!

No le soltaron hasta que llegó Tiempo Cálido y le tocó la mano:

—Te he esperado mucho tiempo, Mid-e-Mid —dijo.

Él contestó:

—Yo siempre he pensado en ti.

Tiu'elen contempló los numerosos rostros que les rodeaban, rostros alegres y excitados, bocas que confesaban sin envidia: nadie canta como Eliselus en

esta tierra. Entonces dijo:

—Id. Ha terminado el *ahal*. Os agradezco que hayáis venido.

Los hombres se retiraron vacilando hacia sus animales. Durante su larga marcha por la noche de luna no hablaban más que del feliz regreso de Mid-e-Mid —cuya historia habrían oído con gusto— y de sus canciones incomparables.

En los días siguientes la noticia recorrió alada el Adrar de Iforas, desde Timea'uin hasta Kidal, desde Tin Ramir hasta el valle de Tilemsi. En todas partes provocaba júbilo y «La luna de Irrarar^[137]» y el «Canto a Inhelumé» fueron de boca en boca.

XV

LA PETICIÓN

MID-E-MID tuvo que contar muchas cosas aquella noche: habló de cómo le llevó consigo Abú Bakr, de cómo huyó de los *goumiers*, del loco Kalil y de la época pasada con Amadu y Dangi en la garganta rocosa. Tiu'elen y su madre estaban pendientes de sus labios y no le interrumpieron más que para confirmarle la muerte de Abú Bakr. Finalmente creyó Mid-e-Mid que el bandido había dejado de existir.

—¿Qué sabéis de mi madre? —

preguntó luego.

—Está bien —dijo la mujer del *marabú*—. Ella no ha creído nunca que hubieras muerto.

—Mañana volverá mi padre —dijo Tiempo Cálido—. Le contarás todo esto. Estaba muy triste porque no te quedaste en su tienda, pues buscaba un discípulo cuando Ayor volvió a la tienda de su padre.

—Ah —dijo Mid-e-Mid. Y preguntó: —¿Qué sabes de Luna Roja?

—Se ha hecho célebre —contestó Tiempo Cálido con indiferencia. Ha hecho la guerra contra los kunta y ha reconquistado Aselar. Mira: aún tengo la

botellita de aceite de rosas^[138] que me regaló. Pero no lo he vuelto a usar desde que te marchaste.

La respuesta puso encarnado a Mid-e-Mid.

—Es hora de dormir —dijo la mujer del *marabú*—. He puesto una estera para ti, Mid-e-Mid.

—No podré dormir —contestó él.

Se echó en la esterilla, se bebió una jarra de leche que le dio Tiempo Cálido.

—Tengo que hablar contigo —le dijo, y le cogió la mano.

—Mañana, Mid-e-Mid —dijo ella, y retiró la mano y desapareció detrás del lienzo de la tienda.

Cuando la mujer del *marabú* se acercó a inspeccionar el fuego vio que Mid-e-Mid dormía ya profundamente.

El *marabú* llegó a la mañana siguiente. Había pasado la noche cerca de su campamento y traía dos cabras y un queso. Eran regalos por un exorcismo que había practicado para expulsar a los demonios.

Le habían llamado porque en un prado habían muerto uno tras otro tres camellos. El propietario creía que la cosa no era natural. Tenía que haber diablos en la llanura.

El *marabú* había pronunciado entonces algunas oraciones, había

sacrificado un carnero, regando la tierra con su sangre, y había mandado repartir la carne por otras tiendas.

El *marabú* le preguntó:

—¿Vas a quedarte en las montañas con los rebaños del bandido?

—No —dijo Mid-e-Mid—. A mi vuelta llevaré los animales al pozo y los devolveré a sus propietarios. Pero sobrarán muchos animales, robados en tierras muy lejanas de éstas. Me he dado cuenta por los hierros. Y, además, hay animales sin marcar, que le nacieron a Abú Bakr.

El *marabú* asintió:

—Quédate con ellos, Mid-e-Mid.

Eso no está contra la voluntad de Alah.

Mid-e-Mid dijo:

—Pero antes tengo que saber si me siguen buscando los *goumiers*. En Samak dispararon contra mí, quizá pensando que yo era un hombre de Abú Bakr... He cuidado sus rebaños porque se lo prometí... es verdad. Pero no he robado nada.

El *marabú* puso cara pensativa.

—He oído algo de eso. Pero no debes encolerizarte. Los *goumiers* encontraron el cadáver de Abú Bakr y no pudieron averiguar si había muerto de sed o si alguien le había matado... Saben que tú fuiste el último que estuvo

con él... Querrán saber de ti si tú le mataste.

—¿Yo? —gritó Mid-e-Mid.

—Nosotros no decimos eso, Mid-e-Mid. El *beylik* es el que quiere saberlo, y ha preguntado por ti. Te doy un buen consejo: no llesves Teljenyert al cinto ni montes en Inhelumé. Pueden interpretarlo mal.

—Teljenyert es un regalo. Y monto a Inhelumé porque me lo prestó Abú Bakr hasta que volviera. Como ha muerto, me quedo con él. No hay mejor camello en esta tierra.

El *marabú* asintió.

Hacia mediodía hizo su aparición la

mujer del *marabú* y dijo:

—He visto un extraño que cabalga hacia nuestra tienda. Mid-e-Mid, vete a la tienda pequeña donde están los corderos recién nacidos, y quédate allí hasta que sepamos por qué viene.

Mid-e-Mid estuvo de acuerdo, pues no quería causarles perjuicio. Se metió en la pequeña tienda apartada, se echó en una estera y se durmió.

El desconocido se acercó. Miró a su alrededor, vacilando, y dijo:

—*Marabú*, tengo una cosa que hablar contigo, no es para todos los oídos. ¿Podemos hablar solos los dos? Debo decirte mi nombre. Yo soy Tuhaya.

¿Has oído hablar de mí?

El *marabú* contestó:

—He oído que has perseguido a Abú Bakr, el cual me dañó gravemente...

—Sí, le he perseguido hasta la muerte. ¿Has oído también esto?

—He oído que Abú Bakr ha muerto, pero no sabía que tú le hubieras matado.

—Me había metido en la cabeza matarle. Y cuando me meto algo en la cabeza lo consigo —dijo Tuhaya.

El *marabú* preparó té. Mientras cogía agua del *idit* preguntó:

—He oído que con Abú Bakr había un hombre llamado Mid-e-Mid. ¿Has oído tú algo de él?

—¿Mid-e-Mid ag Agasum? Sí, le conozco. Es un paria sin vergüenza que se finge pastor inocente. Pero yo estoy seguro de que hacía banda con Abú Bakr. El *beylik* se ocupará de ese joven cuando vuelva al país... Si tuviera la conciencia limpia no se escondería... Pero vengo a verte por otras cosas. Te traigo saludos de Intaláh.

—Te lo agradezco —repuso el *marabú*—. ¿Está sano?

—Está sano un día y enfermo al día siguiente. Lo seguro es que no se hará mucho más viejo de lo que es ahora. Por eso la cosa por la que vengo a hablarte corre mucha prisa.

—Te escucho —dijo el *marabú*, poniendo la tetera al fuego—. No tengo nada que hacer hasta que hierva el agua.

—El hijo de Intaláh, Ayor Jaguerán, ha sido elegido *amenokal* por los príncipes, pese a ser el más joven de sus hermanos.

—Lo merece, Tuhaya. Es el discípulo más inteligente y amigo de aprender que yo haya tenido jamás. Es, en verdad, más inteligente que otros.

Se excitó y elogió a Ayor más allá de toda medida.

—Me complace oírte —dijo Tuhaya, satisfecho—. Luna Roja ha encontrado, según parece, complacencia en tu hija.

El *amenokal* está de acuerdo desde hace poco en que la tome por mujer. He tenido que hablar mucho para romper la resistencia de Intaláh contra este matrimonio, pues el *amenokal* deseaba que la mujer de su hijo fuera de tienda noble. No obstante, yo soy amigo de Ayor y consejero del *amenokal*. Y como he oído mucho bien de tu hija, me he ofrecido a traerte la petición. ¿Qué dices, *marabú*?

—Nada, Tuhaya... no digo nada... Comprenderás que me coge muy de sorpresa.

—¿No ha hablado nunca Luna Roja contigo de este asunto cuando era tu

discípulo?

—No. Ni él ni Tiempo Cálido. Habrán hablado en secreto. Estoy seguro de que tampoco mi mujer lo sabe...

—Esto habla en favor de Ayor Jaguerán... Tampoco en otros casos traiciona sus planes antes de realizarlos... Debo decirte en secreto que Intaláh era tan contrario a tu hija que no quería enviarte más que un cordero magro. Pero Ayor insistió en que fuera un ternero bueno y fuerte... Finalmente, he hablado tanto a Intaláh de las excelencias de tu hija —¿es muy hermosa, verdad?— que ha accedido a mandarte dos terneros: están ante tu

tienda.

Tuhaya observó fijamente al *marabú* y comprobó que el generoso regalo le impresionaba y que el honor que le hacía la elección de Ayor era mayor que todo lo que hubiera soñado en su vida.

El padre de Tiu'elen era un respetado *marabú*, pero sin brillo de nacimiento, pobre en ganado y en camellos y sin posibilidad de enriquecerse. De repente, se encontraba con la posibilidad de ser el suegro del *amenokal*. Era demasiado.

—Al aceptar la petición, Tuhaya, ¿no me enemistaré con Intaláh, si es tan contrario a este matrimonio?

—No me has entendido bien. No estaba de acuerdo. Pero diariamente le he dicho que la hermosura pesa tanto como la cuna. Y ahora desea él mismo la celebración de esta boda.

—Acepto la petición de Intaláh para su hijo —contestó con firmeza.

—Bien —repuso Tuhaya—. En este caso tengo el encargo de hablar contigo sobre el ganado que Ayor te debe por tu hija. Dime, pues, ¿cuántas cabezas de ganado quieres por Tiu'elen?

El *marabú* se rascó la oreja.

—Si te doy Tiempo Cálido por poca cosa, los *tamashek* me considerarán un necio: te pido ocho camellos y veinte

cabras, un *ftas* nuevo para su madre y un saco de tabaco para mí.

—Puedo concederte las veinte cabras y cuidaré de que sean hermosos animales negros de largo pelo. Pero camellos tienen que ser cinco. Sobre el vestido para tu mujer y el tabaco para ti puede aún hablarse.

—Cinco camellos, veinte cabras, dos vacas, un ternero, un *ftas* y un saco de tabaco... por Tiu'elen... Me pesa, Tuhaya, puedes creerlo, pues es muy buena hija. Pero quiero verla casada con felicidad. Mi mano.

Se dieron la mano.

—Hamduliláh —dijo el *marabú*—.

Será muy feliz.

Tiempo Cálido volvía con sus ovejas al campamento. Empezaba a hacer calor y los animales necesitaban agua.

Dejó la escudilla en el suelo y tocó en el hombro al joven.

—¡Mid-e-Mid!

Bostezó Mid-e-Mid y abrió los ojos. Reconoció a la muchacha y se incorporó apoyándose en los codos.

—Acabo de hablar contigo —dijo Mid-e-Mid— y estabas de acuerdo.

—De acuerdo ¿en qué? —Se sentó a su lado en la estera, un poco adelantada, de modo que podía apoyar la espalda en

las rodillas de él.

Mid-e-Mid se pasó, turbado, la mano por el pelo.

—Uh, es una larga historia, y sólo verdadera en sueños. Por eso prefiero no contártela.

El *marabú* se había ido a ver a su mujer junto al fuego.

—Tengo una noticia buena y una mala. Te diré primero la mala: el *beylik* está buscando a Mid-e-Mid. Será bueno que abandone nuestras tiendas sin ser visto.

—¿Es verdad? —preguntó, asustada, la mujer.

—Es verdad. Y no quiero verme

mezclado en este asunto. Está en relación con la muerte de Abú Bakr. El *beylik* cree que Mid-e-Mid le mató y le robó.

—No lo creeré jamás —dijo la mujer.

—Tampoco yo puedo creerlo. Pero tiene que dejar nuestro campamento, volverse a las rocas y esperar a que se olvide la historia. Temo que, en otro caso, termine en la cárcel, como su padre... Yo me volveré con el huésped y comeré con él. Mientras tanto, echarás silenciosamente a Mid-e-Mid del campamento...

—Es duro para él —dijo la mujer—

y no creo que haya hecho lo que le reprocha el *beylik*.

—Es igual —dijo el *marabú*—, haz lo que te digo. Y ahora te asombrarás de la noticia que tengo. Se casa Tiempo Cálido. Ya he concertado todo.

—¿Cómo? —exclamó la mujer—. ¿Y no me has dicho ni una palabra?

—También para mí ha sido una sorpresa. Pero lo he concertado todo. Y estarás contenta. El propio *amenokal* la pide para Ayor. Ayor será el sucesor de su padre, y Tiempo Cálido mujer del *amenokal*... aunque nosotros somos meros *simrad* y no nobles...

La mujer se pasó el vestido por la

cara.

—¿Es verdad?

—La verdad, la pura verdad, y nosotros recibimos cinco camellos, veinte cabras, dos vacas, un ternero, un *ftas* para ti y un saco de tabaco para mí. Jamás habríamos conseguido tanto por esta hija si yo no hubiera sido el maestro de Ayor.

—Ah —dijo la mujer—, es demasiado, así de golpe... Me alegro. Pero también me pesa el corazón. Tiempo Cálido no me ha hablado nunca de Ayor. No sabía que estuvieran de acuerdo...

—Lo han mantenido en secreto. Pero

tú sabes que Ayor le regaló a través de ti una botella de aceite de rosas. Deberíamos haber pensado en ello...

—Pero ella no la ha vuelto a usar...
—dijo la mujer, pensativamente.

—Eso es prueba de lo mucho que lo aprecia. Pero, óyeme: voy a contarte todo lo que me ha dicho el mensajero y lo que yo le he dicho, para que lo sepas todo y puedas preparar oportunamente a Tiempo Cálido para la boda.

Le repitió con todo detalle su conversación con Tuhaya.

Éste había salido mientras tanto de la tienda para estirar las piernas. Recorrió el campamento por fuera, se

acercó a él de nuevo por el sur y se disponía a acercarse al fuego cuando oyó dos voces que salían de una pequeña tienda. Se quedó parado a la escucha. Y cuando entendió algunas palabras se acercó con sigilo.

Era la voz de un joven que decía:

—En mi sueño se hizo mediodía y buscamos una sombra. Mid-e-Mid, me dijiste, allí hay un ahaksch con mucha sombra. Vamos a sentarnos allá. Yo bajé de mi camello y te ayudé a bajar. Limpié el suelo de espinas y eché la manta. Nos sentamos juntos, como estamos ahora. Igual que ahora, Tiu'elen, igual que ahora...

La voz de una muchacha contestó:

—¿Y te hice la comida, Mid-e-Mid?

—No. No queríamos comer.

Queríamos mirarnos. Se me ocurrieron poemas, tenía la cabeza llena de versos. Pero no querían salir de la boca, porque tenía la lengua como paralizada.

—Tampoco a mí se me ocurre nada cuando te veo, Mid-e-Mid. Desde la primera vez que estuviste en nuestro campamento... cuando Ayor aún estaba aquí... desde entonces he estado pensando en ti. Pero no vale la pena decirlo. Te veo hasta cuando no estás... y entonces tengo que llorar y reír...

—Estábamos sentados bajo el

ahaksch, y te quería coger las manos. Pero también las manos las tenía paralizadas, como la lengua. Entonces tú me tocaste los dedos y dijiste: ¿En qué piensas, Mid-e-Mid?

»Entonces pude volver a hablar. Te dije: Pienso en ti, Tiu'elen. Día y noche pienso en ti. Te dije: Yo no tengo rebaños, yo no tengo tienda, yo soy de origen bajo... y no tengo más que canciones y versos... y canciones y versos son como el polvo, que el viento se lo lleva en remolinos...

—¿Y yo qué dije, Mid-e-Mid?

—Tú me miraste cogiéndome las manos, Tiu'elen. Yo sentí el calor de las

tuyas, y tus ojos eran tan negros y tan hondos como el pozo de Tin Azeraf^[139]

...

—Tú eres un poeta, Mid-e-Mid. ¿Para qué necesitas rebaños y tiendas? Todos te quieren y te dan de comer...

—Sí, sí. Pero no tuve más remedio que preguntarte una cosa.

—¿Qué me preguntaste? ¿Qué me preguntaste, Mid-e-Mid? Dilo en seguida.

—Dije... dije: ¿Quieres ser mi mujer, Tiu'elen?

—¿Y qué contesté?

—No quiero repetirlo. Era un sueño.

—Dije: quiero, Mid-e-Mid... seguro

que dije eso.

—¿Cómo lo sabes? Sí, eso dijiste... pero en el sueño, Tiu'elen, en el sueño.

—Lo digo ahora, Mid-e-Mid. Digo que quiero... ¿Estás contento?

—No puedo decir cómo estoy... como el alemos cuando lo agita el *ayinna* luego de la sequía...

Tuhaya se alejó despacio. Cuando ya estaba a cierta distancia se dirigió rápidamente a la hoguera.

Sin mirar a la mujer dijo:

—Todavía tengo que hablar contigo, *marabú*. Y querría hacerlo en seguida. Es muy importante.

El *marabú* se levantó, asombrado, y

acompañó a su huésped hasta la tienda.

—¿Has cambiado de opinión? — preguntó, preocupado.

—No. Pero nos hemos comido la gacela antes de cazarla.

—¿Qué quieres decir, Tuhaya?

—He pensado que no hemos preguntado a tu hija si está de acuerdo.

—No hace falta. Está de acuerdo. Será feliz de ver cumplirse sus secretos deseos.

—No estoy yo tan convencido. No lo estaré hasta que lo oiga de su boca.

—La llamaré en seguida para que lo oigas.

—No. Habla antes a solas con ella y

llámame cuando ella te haya dado la respuesta. No es necesario preguntar su opinión a una muchacha, pero ahorra disgustos.

El *marabú* estaba sorprendido por el resuelto tono de Tuhaya, pero llamó en seguida a su hija, dejando al huésped en la tienda.

—Voy, padre —contestó Tiu'elen un poco encarnada.

—Tengo que hablar contigo. Siéntate.

Se sentaron.

—Ha llegado un mensajero, hija. Ha venido por tu causa, y trae regalos para ti.

—¿Para mí? —preguntó, asombrada e inquieta.

—¿Sospechas quién los envía, hija?

—Kalá —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué regalos son?

—Son dos robustos terneros, y el mensajero es de Ayor Jaguerán.

Se puso pálida, porque comprendió.

—Ya veo que te conmueve el regalo, hija. Pero tengo otras buenas noticias para ti. Ayor ha sido elegido *amenokal*. Serás la mujer del *amenokal*, hija.

—No.

Se cubrió la cara y bajó la cabeza hasta las rodillas.

—Hija —dijo el *marabú*—, si yo no

puedo casi creerlo. Él es entre los más grandes de los *ilelán*, y nosotros somos *imrad* y pobres. Pero es la pura verdad. Ya he concertado con el mensajero cuántos camellos y cuántas vacas recibo por ti. Alégrate.

—¡No! —exclamó. Se echó atrás el tocado y miró a su padre con reproche en los ojos—. ¡No le quiero, no quiero ser su mujer! ¡Nunca, nunca, nunca!

El *marabú* no entendía aún.

—Mujer del *amenokal*, Tiu'elen. ¿Me has oído bien?

—No me obligues a aceptarlo. No le quiero.

—Hija —dijo el *marabú*—. Ayor es

joven, de buen aspecto, inteligente y célebre por su victoria sobre los kunta; es el verdadero príncipe de todos los tamaschek y le gustas. ¿Te habría pedido en otro caso?

—Por favor, devuelve los regalos. No puede ser. Bastantes muchachas hay en las tiendas. Encontrará otra que le convenga más que yo...

—Ninguna —dijo el *marabú*—. Dame tu aceptación para el mensajero.

—No quiero —insistió Tiu'elen, y se echó a llorar.

—Eres desobediente, hija, y te olvidas de toda decencia. Ya he dado mi palabra y concertado todo. No puedes

negarte.

Pero como seguía llorando, el padre continuó:

—¿No piensas en la deshonra que me procuras? ¿Quieres convertirme en hombre que viola su palabra? ¿Quieres ensuciar las leyes del Corán que imponen a la hija la obediencia al padre...? Temo que algunos de los jóvenes que vinieron al *ahal* te haya sorbido los sesos. Pero te aseguro que antes de devolver los regalos te maldigo y te expulso de la tienda.

Se levantó con los puños cerrados y la boca contraída. Rugían las palabras entre los dientes apretados.

Tiu'elen se llevó las manos a los oídos y hundió aún más la cabeza.

Llegó corriendo la madre, que había oído la colérica voz del *marabú*.

—Esta desagradecida —gritaba, irritado— osa desobedecer a su padre.

La mujer se inclinó hacia Tiu'elen y la cubrió con su manto.

—Vete ahora —dijo al marido—. Te obedecerá. Pero deberías haber hablado conmigo.

Tiempo Cálido seguía sollozando; la ropa mojada de lágrimas desteñía el azul en el rostro.

La madre dijo:

—¿Tú pensabas en Mid-e-Mid, hija?

Tiu'elen lloró más fuerte.

—Lo sospeché cuando anoche cantó para ti... ¿Por qué no has hablado conmigo, hija?

—Hoy he hablado con él por vez primera —dijo Tiempo Cálido, apoyando la cabeza en los hombros de su madre.

—Llega demasiado tarde, Tiu'elen. Alah lo ha dispuesto de otro modo...

—¡No! —gritó Tiu'elen—. ¡No! ¡No!

La madre le acarició los hombros y se dio cuenta de cómo temblaba la muchacha.

—Mid-e-Mid se ha marchado —dijo

la madre.

—¿Por qué? —preguntó Tiu'elen, levantando la cabeza.

—Lo he tenido que echar. El *beylik* lo busca. Parece que es culpable de la muerte de Abú Bakr.

—¡No es verdad! —gritó Tiu'elen —. ¡No es verdad!

—No. Yo tampoco lo creo. Pero si se quedaba aquí podían venir los *goumiers*, cogerlo y meterlo en la cárcel, como a su padre. Para el *beylik*, un muerto es un muerto, y no pregunta si fue un ladrón o un justo. Él es el único que tiene derecho a matar...

—Mid-e-Mid no ha hecho nada —

dijo Tiu'elen, con el rostro enrojecido de fiebre.

—Puede ser, hija. Pero el *beylik* lo acosará como acosó a Abú Bakr. No conocerá ya el descanso ni la calma. Y una mujer no será para él más que una carga.

Pasó la mano por la cara de su hija, le limpió el azul, le alisó el cabello y dijo:

—Ahora voy a llamar a tu padre. Basta con que asientas con la cabeza. Pasará tiempo antes de que te lleven a la familia de Ayor.

Tiu'elen agachó la cabeza ante su padre, asintiendo.

Mid-e-Mid cabalgaba hacia Tin Za'uzaten convencido de que un día Tiu'elen sería su mujer. Y las amenazas del *beylik* le asustaban tan poco como las moscas en la cola de su camello. Fue cantando durante todo el camino, y regaló a Kalil el loco la mitad de todas las mercancías que éste había conseguido por el camello.

XVI

PUGNA ENTRE MUJERES

TIEMPO Cálido asistió con indiferencia a todos los preparativos. Sólo una vez se mostró agitada: cuando su padre le mostró el camello que le iba a regalar y que seguiría siendo propiedad suya en el campamento de su marido. Era un gran animal blanco como la nieve, de ojos pardos y piernas espigadas, casi ornamentales. Tiu'elen pensó que Mid-e-Mid la había soñado en un camello así.

No estaba ya irritada con su padre, pues veía el esfuerzo que hacía por conseguir que su boda fuera magnífica. A fines de enero se despidió de su madre y partió hacia el sur con su padre y los cuatro jinetes, camino del pozo de In Tebdoq^[140]. Cuatro camellos cargadísimos iban atados en recua al suyo blanco. Ella misma vestía ropas nuevas moradas, y de su silla colgaban rojas mantas de lana. Las pulseras de oro muy amarillo que echaban chispas al sol desde sus muñecas, eran regalo de Ayor Jaguerán y de su padre.

Por donde se moviera lentamente la caravana, a través de los *ueds*, llegaban

hombres y mujeres a felicitar a Tiempo Cálido. También acudían hombres invitados a la boda y se sumaban a la fila. Eran nuevas preocupaciones para el *marabú*, pues los recién llegados se hacían hospedar, naturalmente, por el padre de la novia. Y él había calculado los víveres para la pequeña caravana. Y así, tuvo que contraer nuevas deudas por el camino, pues la cortesía le impedía rechazar a los inesperados huéspedes.

Cuando la caravana llegó a In Tebdoq no estaba Ayor en el campamento. Aquella mañana se había encaramado al camello y pasó fuera todo el día. Intaláh y Tadast recibieron

con reservas a su nuera, pues no querían disimular que era una plebeya.

Tadast se acercó a ella y murmuró tan fuerte que lo oyó todo el mundo:

—Creí que serías más bonita, pero no tienes grasa en los brazos. Parece que vienes de una tierra hambrienta.

Intaláh estuvo amistoso a su modo. Preguntó por el viaje, llevó al *marabú* a su tienda y confió Tiempo Cálido a las criadas de su mujer, al mismo tiempo que ordenaba a los *iklán* que levantaran la tienda de Tiu'elen.

Ésta quedó paralizada por el recibimiento de Tadast. No se le había ocurrido que no sólo iba a tener marido,

sino también suegra; y si se le había ocurrido no había pensado en lo que eso podía significar. Pero reaccionó en seguida, devolvió el desaire y aún intentó agredir a Tadast.

La madrastra de Ayor decidió vengarse y pidió consejo a Tuhaya.

—¿Tengo que aguantarme con esta ofensa? ¿Eso es lo que me aconsejas, Tuhaya?

—¿Me has pedido alguna vez consejo en vano, Tadast, hija de tienda noble? ¿Te ha negado alguna vez Tuhaya una petición?

—Tienes razón. Habla, que confío en ti.

Tuhaya se pasó la lengua por los labios y descubrió peligrosamente los salientes dientes.

—Aprovecha la boda, Tadaast... Humíllala en su hora mejor... Humíllala ante todos los huéspedes y de tal modo que Ayor tenga que ponerse de tu parte.

—¿Cómo puedo hacerlo? —Se quitó el pequeño vendaje que se había puesto por la boca.

—Voy a contarte un secreto que sólo yo conozco. Con este secreto la tienes en tus manos. Cosa tuya será cuando decides publicarlo y arruinarla con él.

—Dime todo lo que sepas, Tuhaya, que no te arrepentirás.

Tuhaya dijo:

—Estando en el campamento del *marabú* oí sin querer una conversación entre Tiu'elen y Mid-e-Mid.

—¿Quién es ése? No he oído nunca el nombre —dijo Tadaast.

—Pero seguro que has oído el nombre de Eliselus. Es la misma persona.

—Ah, el cantor. Sigue. ¿Qué decían? Date prisa.

—Estaban juntos en una tienda, y oí que Tiu'elen decía: quiero ser tu mujer, Mid-e-Mid... Y él contestó: me siento como el alemos cuando lo agita el viento después de la sequía...

—Vaya... ese saco de viento se atreve a hablar con la mujer de Ayor, y hacer el amor con ella... Muy bien... Es más de lo que habría pensado, Tuhaya...

—Espera, que hay más. Cuando ya el *marabú* había aceptado la boda, ella se negó, llorando y gritando, a obedecer a su padre y separarse de Mid-e-Mid. Tuvo tal rabieta, yo lo oí todo, que la madre tuvo que calmarla en vez del padre. Ayor sabrá lo que se ha buscado... Yo, por mi parte, no habría cogido nunca a esa hija de *imrad*... Desde el primer momento estuve en contra, pero nadie atendió a mi consejo... Aquí parecen mandar los

jóvenes... Los viejos ya no están más que para pagar las fiestas...

—No te imaginas cuánto bien me hacen tus palabras, Tuhaya —dijo Tadast, incorporándose—. Como la tierra de sanar que se pone en las heridas enconadas...

—Otra cosa más, Tadast: ese muchacho, Eliselus como le llamas tú, está perseguido por el *beylik* —sí, no te rías— a causa del asesinato de un bandido. Él asesinó y robó a Abú Bakr antes de que llegara mi *takuba*. He callado mucho tiempo, pero desde que sé que el *beylik* se ha enterado, no puedo seguir protegiendo al joven

bandido. Está perdido... Pero Tiu'elen no quería separarse de su cuello. Prefería vivir con él que con el futuro *amenokal*... ¿Te hace falta más?

Tadast se había puesto de pie, con el rostro encendido y los ojos brillantes.

Y salió del *hokum* de Tadast con la satisfacción del cazador que ha puesto una trampa a la alimaña que persigue.

Al anochecer, Ayor volvió al campamento. No durmió en toda la noche. Se agitó inquieto en su estera con los ojos abiertos, pensando en el día y en la hora en que Tiu'elen, conducida por sus amigos, aparecería en su tienda. Él, que tan prudentemente sabía dirigir a

los hombres y que calculaba tan fríamente los sentimientos de éstos, se encontraba ahora consumido por infundadas angustias. Y cuando al día siguiente un *marabú* concluyó el contrato de matrimonio entre el padre de Tiu'elen e Intaláh, sellándolo con oraciones, Ayor estaba presente físicamente, pero su espíritu vivía ya en el mañana.

XVII

LA BODA

EMPEZARON los ritos de la boda. Luna Roja y Tiempo Cálido tenían que sentarse en un asiento de tierra apisonada hecho entre los grupos. No debían hablarse ni mirarse. Ayor aceptó fácilmente la situación y la soportó sin esfuerzo. Tiu'elen, en cambio, sufrió mucho, a pesar de estar totalmente cubierta. Sentía materialmente las miradas de los demás como si fueran flechas, y sospechaba un ataque de Tadast contra el cual no podría

defenderse. No sabía quién era amigo suyo y quién enemigo en aquel grupo de hombres. Se creía entregada y abandonada, y por primera vez sintió la presencia de Luna Roja como un consuelo. Percibió el calor de su espalda en el fresco de la noche y se apoyó imperceptiblemente en él. «¿Cuándo habrá terminado esto? — pensó—. Pero lo hago por Mid-e-Mid. Hablaré a Ayor de él cuando nos quedemos solos... ¿Qué pensará de mí Mid-e-Mid cuando sepa esta boda?...». La idea la aterrorizaba, y al mismo tiempo que se le ocurrió, creyó reconocer entre los huéspedes de Intaláh

el rostro de Mid-e-Mid. Pero no podía ser: allí no estaban más que los nobles tamaschek con Tuhaya, y muy al borde, su padre. No conocía más que a estos dos.

Uno de los invitados, Ramzafa, cantó en tono de burla:

*Corría el toro por la
hierba fresca
en busca de su vaca.
Pero no pudo encontrar
la vaca
por la hierba fresca.
Entonces se consoló con
una oveja,
por la hierba fresca, por*

la hierba fresca...

Los hombres se morían de risa. Habían entendido la alusión al origen plebeyo de Tiu'elen. Los *ilelán* exigieron tumultuariamente que repitiera la canción. Pero Intaláh arrugó la frente y el *marabú* se cubrió los ojos con las manos.

Se levantó Tuhaya.

—¿Quién quiere cantar la marcha de Tilemsi? —preguntó, para salir al paso de más burlas. Sabía que algunos jóvenes querían cantar en honor de la victoria sobre los kunta.

Se levantaron dos, Pero sus canciones no eran buenas y todos se

rieron.

Había también admiradores de Tiu'elen entre los huéspedes, y cantaron la canción que por primera vez se oyera en el *ued* Boyeritén: «La luna de Irrarar». La cantaron de tal modo que todos entendieron a quién estaba dirigida: a Tiu'elen.

Luna Roja apretó la espalda contra la de Tiempo Cálido, para expresar su alegría. Pero Tiempo Cálido se quedó inmóvil. La canción había avivado el recuerdo del hombre que la había compuesto para ella. Bajó la cabeza.

En aquel momento oyó una voz que era capaz de distinguir entre miles,

aunque sonaba suave y densa en otros tiempos y ahora la oía dura y cortante.

Mid-e-Mid se había puesto en primera línea. Nadie le había visto. Pero llevaba la cabeza descubierta. Tiempo Cálido se dio cuenta de la dureza del gesto de su boca, de que llevaba los ojos hinchados y de que miraba a todas partes con enorme desprecio. «No», pensó, «no puede ser Mid-e-Mid». Pero sí que fue su voz la que dijo:

—Voy a cantar.

Tiu'elen creyó desmayarse. Tembló, mientras la sangre le subió en oleadas a la cabeza. No oyó los gritos que acogían a Mid-e-Mid.

—¡Es Eliselus! ¡Ha venido Eliselus!

Tiu'elen estaba sorda y muda, y bajo el manto pasaba

de la palidez más inhumana a un rojo sanguíneo no menos angustioso. Intentó dominar las lágrimas, pero no pudo impedir que le cayeran algunas. Habría querido levantarse y decirle que se marchara de la fiesta, que no la torturara. Pero se quedó silenciosa en su asiento, paralizada como una estatua.

Mid-e-Mid la miró y cantó:

Bahú,

Bahú se llamaba mi

yegua.

Ojo de fuego, tendón de

*acero,
y hermosas crines, mar y
bandera,
cuando volaba al viento
del reg^[141].*

El viejo Intaláh murmuró:

—¡Qué canción! Este joven canta mejor que ningún otro tamaschek.

El aplauso atronaba por el campo, y desataba los ecos en las montañas. Pero Tiu'elen estaba angustiada, comprendiendo quién era Bahú. Había otros dos que lo sabían: Tuhaya y Tadast.

Tuhaya se arrepintió entonces de haber dicho a la mujer del *amenokal* lo

que sabía. Temía que hablara, y aquel momento era malo. Oída la canción, no había corazón que no estuviera con Mid-e-Mid y sería imposible obrar contra él. Las palabras de Tadast no harían más que herir profundamente a Tiu'elen sin quitarle el marido.

Angustiado, se levantó para impedir que Tadast hablara. Hasta le hizo descompuestos signos en ese sentido. Pero Tadast no le veía y gritó:

—¿Queréis saber, tamashek, quién es Bahú? ¿Quieres saberlo, Ayor Jaguerán?

Sus gritos terminaron con los aplausos. Todos los rostros se volvieron

hacia ella.

—¿Quieres saber quién ha estado en los brazos de Mid-e-Mid y le ha prometido ser su mujer? ¿Quieres saber quién oyó la respuesta: me siento como el alemos cuando le toca el *ayinna* después de la sequía? ¿Quieres saber quién se mostró dispuesta a venir a tu tienda por dos terneros?

Se hizo un silencio en el que se oía el chasquido de la leña ardiendo.

Tadast señaló a Tiu'elen, que lloraba con la cabeza entre las rodillas.

—¡Ésa, ésa es Bahú!

Tuhaya se dio cuenta de que ya estaba todo hecho. Luna Roja echaría a

Tiempo Cálido con oprobio y vergüenza. Pero se dio cuenta de que eso significaría al mismo tiempo el final de su amistad con Ayor, conseguida con su éxito al pedir la mujer para él. Entonces, con una agilidad mental que había sido siempre su principal cualidad, intentó descargar contra Mid-e-Mid la cólera de Ayor.

—La boca de Tadast ha dicho la verdad —gritó—. Tan verdad como que estoy ante vosotros: yo he oído esas palabras estando en la tienda del *marabú* para pedirla: Mid-e-Mid ha embrujado a esta muchacha. Mid-e-Mid es el culpable.

Su mano delgada señalaba al cantor, y todos los ojos se volvieron hacia el sombrío rostro de Mid-e-Mid. Aún había silencio. Pero era el silencio que precede al primer rayo de una terrible tempestad.

Tuhaya gritó:

—¡Hombres tamashek! He callado mucho tiempo por Ayor Jaguerán. Pero ahora ese chacal ha irrumpido en el rebaño. Ha ensuciado el honor de Tiu'elen ante todos nosotros. Yo sería culpable si callara.

Se le quebró la voz. Le temblaba la mano, aún dirigida hacia Mid-e-Mid.

—¡Hombres tamashek! Yo perseguí

a vuestro enemigo Abú Bakr, pero de noche y a traición le mató el hijo de Agasum con su propia espada y le robó. Coged al asesino y entregadlo al *beylik*.

En el murmullo se oyó un grito del *marabú*:

—No te creo, Tuhaya... mi hija...

Pero los gritos que siguieron fueron más fuertes.

Mid-e-Mid saltó hasta Tuhaya, con Teljenyert en las dos manos, de tal modo que el pomo del bronce brillaba al fuego encima de su cabeza.

—¡Éste por mi padre! —La *takuba* rompió las manos de Tuhaya, con las que intentaba defender la cabeza. Tuhaya

cayó de rodillas.

—¡Éste por la honra de Tiu'elen! —
El segundo golpe tiró a Tuhaya al suelo.

—¡Y éste para que se cierre tu hocico de mentiras! —Con el pomo destrozó el cráneo de Tuhaya.

Entre gritos de excitación de los tamaschek, Mid-e-Mid saltó por las filas. Nadie intentó detenerle.

Sólo Tadast gritó:

—¡Ayor! ¡Venga a Tuhaya!
¡Devuelve Tiu'elen a su padre!

Pero ya se subía el cantor a su camello y se perdía al galope en la noche.

Los hombres se acercaron al

cadáver de Tuhaya. La voz aguda de Tadast dominaba los rumores:

—¡Cobardes! ¡Cobardes! ¿Es que ninguno persigue al asesino?

En aquel momento todos se volvieron. Vieron que Luna Roja se inclinaba, cogía a su mujer en brazos y se la llevaba a su propia tienda.

Tadast se quedó blanca. Tenía los ojos salidos de las órbitas, como si se estuviera asfixiando. Corrió sin decir palabra hasta Intaláh, único que aún estaba sentado en su sitio:

—Intaláh, ¿qué vas a hacer?

—Consultaré con mi hijo —
respondió, lentamente, el viejo.

Entonces comprendió que había perdido el juego. Le pidió que se apoyara en ella para levantarse. Pero Intaláh no le contestó. Se apoyó trabajosamente en su bastón y se dirigió con cansados pasos a su tienda. Pensaba: «Tengo que dejar tranquilo a Ayor. Es un asunto suyo. Es su fiesta. Y es su mujer». Al cabo de un rato pensó: «Tuhaya había adivinado su muerte. No quería pedir la mujer..., sí, sí, lo presentía».

Llegaron los príncipes que estaban invitados y se sentaron con él.

Él preguntó:

—¿Qué haríais vosotros en mi

lugar?

Ellos contestaron:

—Déjalo en manos de Luna Roja, *amenokal*. Si devuelve la mujer, bien. Si no la devuelve, bien... Pero no nos parece que quiera devolverla...

Mandó a uno de los *iklán* que hiciera té y animara el fuego.

—El té nos sentará bien —dijeron los príncipes.

Y al cabo de un rato añadieron:

—Ha sido una fiesta magnífica... —
Lo que significaba que no querían hablar más de la muerte de Tuhaya.

En cambio, los demás huéspedes hablaron mucho tiempo de ella. Y sus

conversaciones terminaban siempre con estas palabras:

—Esperemos a ver qué hace Ayor Jaguerán.

Aquella noche los fuegos ardieron ante las tiendas hasta la mañana.

XVIII

EN VELA

HABÍAN bajado los vientos de la tienda de cuero y habían puesto esteras tapando la entrada. No se movía el aire en la tienda. El tiempo se podía medir por los latidos de los corazones.

Tiu'elen estaba echada en una manta. El único ruido que se oía en la oscuridad era su llanto reprimido.

Luna Roja le tenía una mano.

—No creo nada de lo que ha dicho Tadast —decía—. Debes saber que no creo nada.

Calló, esperando respuesta. Pero no hubo respuesta. La mano entre las suyas estaba fría y no se movía.

—Tadast tenía miedo de perder su influencia. Por eso te ha calumniado... Tiu'elen... dime sólo una palabra... dime que ha mentido, Tiu'elen...

Oyó un escarabajo. Como si estuviera intentando perforar la dura madera del palo.

Sentía los huesecillos de la muñeca de Tiu'elen entre sus deseos. «Habría tenido que darme cuenta de que Tadast estaba contra esta boda e intentaría impedirla», pensaba. «Con razón se llama Mosquito...».

Tocó la cara a Tiu'elen; estaba mojada de lágrimas y tenía los labios apretados.

—¿No te fías de mí, Tiu'elen? — preguntó.

La voz de Tiu'elen llegaba como sofocada por una mordaza.

—Tú eres mi marido —tartamudeó.

—Sí —contestó Ayor— eso es verdad. Pero no basta. Tienes que tener confianza en mí. Háblame.

Ella contrajo la mano y la retiró. Crujió una esterilla.

—Devuélveme a mi padre —sollozó—. No puedo quedarme contigo... Tadaast ha dicho la verdad.

Y golpeó el suelo con los puños.

—La verdad, Lima Roja...

Se echó, gimiendo, hacia un lado, retirándose de Ayor.

Ayor sintió tremendos latidos en su corazón.

—No puede ser... —murmuró.

Ella dijo:

—Si quieres la verdad, tengo que decírla...

—Habla —dijo él, limpiándose el sudor de la frente.

—Yo no te he querido, Luna Roja.

Él dijo:

—Pero ¿no aceptaste mi regalo de despedida cuando dejé el *hokum* de tu

padre? Te pusiste el aceite de rosas en el pelo. ¿Te acuerdas?

—Lo hice una vez, Luna Roja, por no despreciarte. Sólo una vez. En el bolso de mi silla está la botellita. Está llena...

—Pero cuando te mandé pedir no me rechazaste —dijo él.

—Sí. Te rechacé —dijo, violentamente—. Pero tuve que obedecer a mi padre. Una muchacha no es nada para los tamashek... Nadie puede oír cómo palpita su corazón.

—No lo sabía —dijo, turbado, Ayor—. ¿Te habías prometido a Mid-e-Mid?

—Si es que quieres oír la verdad...

Ayor no se atrevió a contestar. Le pareció que se le reventaba el corazón.

—Desde que Mid-e-Mid llegó por primera vez a nuestra tienda no he pensado nunca más que en él. Era pobre como yo, pero me daba sus canciones. ¿Cómo iba a pensar en ti, Ayor Jaguerán?

Él respiró profundamente:

—¿Y ahora? ¿Qué piensas ahora, Tiu'elen?

—Alah ha querido que sea tu mujer... Pero te pido que me devuelvas a mi padre. Yo soy tu deshonor.

El silencio era en la tienda como una muralla entre los dos.

—No puedo retenerte si quieres irte
—dijo—. Pero te pido que te quedes.

Ella se levantó:

—¿Tú quieres que me quede?

—Sí. —No respiraba. Oía la sangre
en las sienes.

—Es contra la costumbre —
murmuró ella—. Con todo lo que ha
pasado...

—Ya he roto con la costumbre de los
tamashek al rechazar las hijas de los
ilelán. ¿Crees que no me atrevo a
romperla otra vez?

—Y... si yo me quedara... ¿ibas a
confiar en mí? ¿Confiarías en una mujer
que no ha olvidado aún a otro hombre?

Los ojos de Tiu'elen intentaban atravesar la oscuridad. Pero la oscuridad era una negra caverna en torno suyo, y la respiración del hombre sonaba como el rumor lejano de un animal desconocido, paralizador, prometedor, al acecho, testimonio de inconcebible fortaleza. Pero le parecía percibir también un tono nuevo, enérgico y grávido de futura felicidad, un viento que espantaba las sombras negras de su alma y la abría a la luz.

Estuvo esperando la respuesta de Ayor como un hombre en peligro de muerte espera a que llegue su salvador. Tenía las manos puestas en las rodillas,

la boca entreabierta y el corazón desatado como el de un pollito saliendo al mundo del cascarón.

Luna Roja lo pensó mucho tiempo. Era una prueba dura la que se ponía. Sabía que había llegado la hora de decidir entre él y Tiu'elen. La hora en que él tenía que decidir si aquella persona se iba a quebrar como una rama seca, o podría echar nuevas raíces en tierra nueva. Derecho y costumbre, el tiempo y el lugar acumulaban en manos de Ayor el poder y la fuerza, y cargaban a espaldas de Tiu'elen debilidad y humillación.

En aquella hora de aquella noche un

hombre joven consiguió la primera gran victoria sobre sí mismo. La victoria era tan magnífica como doloroso el sí con que la muchacha se había sacrificado a la voluntad de su padre. En aquella hora de aquella noche se encontraron Luna Roja y Tiempo Cálido a la misma altura.

—Yo confío en ti como en mi propio corazón —dijo Ayor—. Y para que veas que es así, te digo: coge mi mejor camello y busca a Mid-e-Mid. Yo le ofrezco la amistad... y quiero que vuelva a cantar junto a mi fuego y junto a todos los fuegos del Adrar de Iforas...

Ella le echó las manos a los hombros y luego al cuello, y le juntó la

cara a la suya, la cara aún húmeda de lágrimas.

—Ve, Tiu'elen. Dile que está bajo mi protección cuando le busque el *beylik*... dile que será bien venido en mi *hokum*... y dile que es por ti.

Tiu'elen hundió la cabeza en los hombros de Ayor y lloró. Pero era un llanto liberador, como si Luna Roja le hubiera abierto los cerrojos del corazón, los cerrojos echados desde el día que Tuhaya llegara al campamento de su padre.

Ayor le puso la manta debajo del cuerpo y la envolvió en ella, y luego le puso una almohada bajo la nuca.

—Salgo —le dijo—. Yo estoy contento. Voy a sentarme al fuego a esperar el día, y luego todos los días hasta tu vuelta.

—*Injaláh* —dijo Tiu'elen—. Yo soy tuya.

Crujió un palo de la tienda, y se oyó el chasquido del cuero al viento. Un guijarro chirrió bajo los pies de Ayor.

Afuera, la hoguera no era ya más que un poco de brasa oscura bajo las cenizas.

Ayor se arrodilló y sopló. Puso leñas. Las ramas crujieron y se calentaron. Surgieron chispas y el viento animó las primeras llamas. Gustó el

humo agridulce y sonrió.

«No necesito fuego», pensó, «tengo el calor en mí».

Por la mañana, el camello de Ayor estaba ante la tienda con una amplia silla de mujer en la giba y mantas azules y amarillas. Al salir Tiu'elen del *hokum* los *iklán* se dijeron:

—Seguro que le ha dicho: «Para mí no tienes rostro», pues la devuelve a casa de su padre.

Corrieron a Tadast para darle la noticia de que Ayor se separaba de su mujer.

Tadast se echó a reír feliz.

—Eso no me lo pierdo —dijo.

Se puso de cualquier forma un vestido y se dirigió hacia la tienda de Tiu'elen. Pero se paró a medio camino, viendo cómo Ayor ayudaba a su mujer a montar, y viendo también que no montaba el camello en que llegó, sino la mejor bestia de Ayor.

Los *iklán* no entendieron por qué les pegaba Tadast...

Y Tiu'elen partió al alba, en busca de Mid-e-Mid.

Las lágrimas de la noche le habían dejado huellas. El rostro de Tiu'elen estaba pálido y cansado, y los ojos parecían más grandes y como nimbados de luz. Tenía la boca cerrada y la

expresión de tenaz resolución de los días anteriores se había convertido en otra de suave seriedad.

Un pastor que encontró en el *ued* Irrarar le aseguró que Mid-e-Mid había descansado ante su fuego poco antes del alba, y que lo más probable era que hubiera partido hacia el norte.

Dio las gracias y guió el camello por las arboladas llanuras de alemos hacia las colinas negruzcas y rocosas que cortaban el *ued* e indicaban las desembocaduras de otros afluentes. Las rocas estaban cubiertas por una red de sendas abiertas por el ganado. Entre ellas se levantaban como muertos ojos

de granito los muros de tumbas prehistóricas^[142], grises y pardos, llenos de arena y poblados de lagartijas blancas y azules que desaparecían rápidamente al llegar Tiu'elen.

Bajo el amarillo de los tamat en flor vio el rojo oscuro de un *hokum* y se dirigió hacia él.

—¿Habéis visto a un hombre que monta un camello muy rápido? — preguntó.

Las mujeres, que a esa hora estaban solas en las tiendas, contestaron:

—Hemos oído un jinete. No sabemos más. ¿A quién buscas?

Tiu'elen contestó:

—Busco a Mid-e-Mid, el cantor.

Ellas dijeron:

—Es posible que fuera Mid-e-Mid.

Pero no lo sabemos.

Y añadieron:

—¿No eres tú Tiu'elen, la mujer de Ayor Jaguerán?

—Sí, yo soy.

—Alah bendiga tu cuerpo — contestaron las mujeres— y que tengas muchos hijos. —Y le ofrecieron leche.

Pero Tiu'elen no bebió nada y cabalgó el día entero hasta la montaña doble de Tin Badurén. Quería pasar allí la noche, entre las hierbas. Un chico que llevaba sus bueyes al campamento se

detuvo a su lado. La saludó cortésmente, pero no le preguntó nada: se quedó quieto, con el pie izquierdo apoyado en el derecho, contemplándola con curiosidad, las manos en su bastón.

—Dime si has visto a Mid-e-Mid —dijo Tiu'elen, buscando dátiles en su bolso.

—Está en el pozo de Tayuyamet^[143] —dijo el chico— dando de beber a su camello.

—¿Es seguro Mid-e-Mid? —preguntó Tiu'elen.

—Es él —dijo el chico, con indiferencia—. Monta un macho que se llama Inhelumé. Yo lo conozco. Antes

era de un bandido.

—Es él —dijo Tiu'elen—. ¿Quieres dátiles?

El chico presentó la mano sin cambiar de posición, y Tiu'elen le dio cuantos dátiles le cupieron en la mano. Él, entonces, alargó la otra y vació la primera en una bolsa que llevaba colgada.

—¿Cuánto me queda hasta Tayuyamet? —preguntó al chico.

—Con ese camello que llevas, dos horas. Pero pronto se hará de noche. ¿Encontrarás el camino?

Tiu'elen vaciló.

—Si me esperas —dijo el chico—

llevo mis animales al campamento y luego te acompaño hasta el *erís* de Tayuyamet.

—Te esperaré. Pero date prisa.

El chico salió corriendo, pues sus animales se le habían adelantado por el solitario sendero.

Al ponerse el sol llegó un viejo con el mismo chico. El viejo dijo:

—Es que yo no quería creer lo que decía el chico.

—¿Qué te ha dicho?

—Ha dicho: En la montaña de Tin Badurén hay una mujer. Es muy hermosa. Busca a Mid-e-Mid. Y yo voy a guiarla a Tayuyamet.

—Sí —dijo, enfadada, Tiu'elen—, estoy buscando a Mid-e-Mid. ¿Qué tiene eso de raro?

El viejo vaciló antes de contestar.

—Es que el chico dijo también que tú podías ser Tiu'elen.

—Lo soy. Y ahora déjame partir con el chico. Tengo poco tiempo.

El viejo la contempló, asustado.

—¿Y no eres tú mujer de Ayor Jaguerán?

—Sí —dijo Tiu'elen—, lo soy.

—¿Y vas sola en busca del hijo de Agasum?

Ella asintió.

—No deberías hacerlo —dijo el

viejo— porque se hablará de ti en las tiendas... Lo digo por tu bien... Vuélvete. Yo buscaré a Mid-e-Mid y le daré de tu parte la noticia que quieras.

Tiu'elen dijo:

—Tengo que hacerlo yo misma. Nadie puede hacerlo por mí.

—Una mujer debe estar en la tienda mientras es joven —dijo el viejo—. Pero éste es asunto de Ayor Jaguerán...

—Sí, no es cosa tuya —dijo Tiu'elen—. Así que no me detengas.

—Se hablará de ti —repitió el viejo, sacudiendo la cabeza.

—Ya lo hacen —dijo, duramente—, ¿y qué saben de un corazón herido?

El viejo no lo entendió.

Tiu'elen montó y entregó al chico el *taramt*.

—Guíame —dijo.

El viejo murmuró:

—La juventud está perdida...

¿Cómo terminará esto?

Y se volvió, cojeando y colérico, hablando para sí, por el largo camino que la curiosidad le había movido a recorrer.

La noche era templada. El chico caminaba con los pies desnudos y no parecía sentir espinas ni guijarros. Una vez se paró e hizo retroceder al camello.

—¿Qué pasa? —preguntó Tiu'elen.

—Hay una serpiente en el camino —
dijo el chico—. ¿No la oyes silbar?

Golpeó a la serpiente con su bastón hasta romperle la espina dorsal. Luego, siguieron adelante.

Los tres *erís* de Tayuyamet se encuentran en una hondonada rocosa abierta hacia el sur. El chico señaló unas huellas que Tiu'elen no podía ver desde la silla:

—Son las pezuñas de Inhelumé —
dijo— y está atado. Mid-e-Mid está aún aquí.

—Voy a bajar —dijo Tiu'elen—.
Quédate aquí a esperarme con el camello.

El animal se arrodilló sin chillar. Tiu'elen dio más dátiles al chico y siguió sola y a pie.

Estaba la arena fresca. Bajo las delgadas suelas de las sandalias sentía las duras bolas de excremento de los camellos. Los dos primeros pozos estaban tapados. El tercero estaba abierto, pero no había nadie.

A la derecha, junto a la roca, se erguía un árbol de desnudas ramas. Se dirigió hacia él. Halló a Mid-e-Mid acostado en una manta, con la cabeza en la silla de montar. La oyó llegar y se puso en pie de un salto.

—¿Quién va? —gritó.

—Una muchacha —contestó ella.

Mid-e-Mid reconoció la voz.

—¿Tiu'elen? —preguntó,

asombrado.

—Te he seguido, Mid-e-Mid.

—Habrías podido ahorrarte la cabalgada —contestó—. Una promesa se rompe sólo una vez.

Estaba ya ante él la espigada figura oscura de rostro pálido y marfileño y negros ojos.

—Tienes que escucharme, Mid-e-Mid —le rogó.

—He oído ya todo lo que tenía que oír. Tadaast tiene buena voz y yo no soy sordo.

—Mid-e-Mid, tú no lo sabes todo.

—¿Qué más tengo que saber? ¿Que los rebaños del *amenokal* son mayores que los míos? ¿Que la palabra de una mujer es como la risa del escorpión antes de pinchar? Lo sé... Lo sé demasiado profundamente... Márchate, Tiu'elen.

—He llorado todas las lágrimas que se pueden llorar desde que Tuhaya llegó a nuestra tienda.

—Tus lágrimas no me importan ya nada. Yo entiendo perfectamente que es mejor ser la mujer del *amenokal* que la mujer de un pobre.

—¡Mid-e-Mid! —gritó.

Pero él siguió, tranquilamente:

—¿Por qué me has mentado? Eso no lo entiendo. ¿Por qué no me dijiste que Luna Roja tenía tu palabra antes de que hablaras conmigo? ¿Y por qué me ocultaste, que Tuhaya estaba en vuestro campamento?... Márchate, Tiu'elen... Para mí son tus palabras como el viento, que entra por aquí en el *hokum* y sale por allá.

Tiu'elen temblaba.

Él dijo:

—Si tienes frío puedes sentarte en la manta y haré fuego. Pero no me sentaré contigo.

—Ayor tiene más paciencia que tú

—dijo ella—. No necesito tu fuego. Sólo quiero que me escuches...

—Pues date prisa —dijo él.

—Fue voluntad de mi padre darme a Ayor. Yo no sabía nada. Créeme.

—¡Sigue! —dijo Mid-e-Mid—. A estas alturas no importan un par de mentiras más.

Ella sollozó y se llevó las manos al pecho.

—Cree, al menos, que ha sido la voluntad de Alah. Te juro que yo no sabía lo que quería Tuhaya en nuestro campamento. Y te juro que ni siquiera sabía que estaba allí...

—¿Y por qué no dijiste a tu padre

que nos habíamos prometido el uno al otro?

—La voz de una muchacha no puede nada contra los padres —contestó ella, con firmeza.

Mid-e-Mid no contestó, lo que animó a Tiu'elen.

—Mid-e-Mid, yo he sido tuya hasta ayer por la noche.

—Ah, ¿sí? Y, sin embargo, habías hablado a Tuhaya de lo que te dije en tu tienda.

—No. Estuvo escuchándonos y se lo contó a Tadast.

—Puede ser —dijo él—. Pero es igual. ¿Has venido aquí para eso?

Ella no podía ver el rostro de Mid-e-Mid, pues la luz de las estrellas no penetraba en la sombra del árbol. No obstante, por el tono de su voz comprendió que estaba más amistoso.

—Yo soy la mujer de Ayor. Y él no me ha devuelto a mi padre, a pesar de que lo sabe todo... Es también voluntad suya el que venga a buscarte...

—A buscarme, ¿como a qué? — preguntó, asombrado.

—Te pide que no huyas. Te pide por mí que seas amigo suyo... que busques defensa en su campamento. Te ayudará contra el *beylik*...

—No necesito su ayuda.

—Acepta, entonces, su amistad. Te la da libremente...

—Lo pensaré... —contestó, prudentemente, el perseguido.

—Pero también vengo para pedirte: vuelve a los campamentos de los tamashek... vuelve y canta en las tiendas... Luna Roja y yo te lo pedimos: vuelve a cantar para nosotros... Alah fue contrario a nuestro amor, pero no puede estar contra nuestra amistad... Te lo pido, Mid-e-Mid.

Mid-e-Mid calló largo rato contemplando el rostro de Tiu'elen y cómo el viento de la noche azotaba sus vestidos.

Por último dijo:

—Tienes que comprender que me es difícil. Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó ella—. ¿Lo harás?

—Si tú lo quieres... —contestó en voz baja—. Pero déjame tiempo... Necesito tiempo. Necesito el aire libre de la montaña... Quizás haya sido todo para bien... Quizá quería decirme Alah que yo no estoy hecho para la tienda de una mujer... Quizás era la voluntad de Alah.

—Tienes tiempo. Pero vuelve a nosotros. Sé nuestro amigo, Mid-e-Mid.

—Creo que podré volver a cantar,

ahora que has venido. Cuando me vuelvan las canciones, volveré a vuestras tiendas... Dame tiempo, Tiu'elen.

—Yo soy la mujer de Ayor y te traigo su mejor camello. Te lo regalo, y te pido que me regales Inhelumé.

—Pides mucho.

—He dado también mucho... Y quiero que todos vean que somos amigos. En todas las tribus tienen que saberlo: Mid-e-Mid monta el camello de Ayor, y Ayor monta Inhelumé. Es mi última petición, Mid-e-Mid.

Mid-e-Mid salió de la sombra del árbol y le cogió la mano.

—Ven —dijo— vamos a buscar a Inhelumé. Estará pastando por las rocas.

Caminaron en silencio juntos. La hierba seca se quebraba bajo sus pies, y el viento cálido hacía ondear sus vestidos. Las estrellas enviaban su luz azul.

XIX

UNA CANCIÓN PARA KALIL

E L *erís* de Tin Za'uzaten es como una avanzada de la vida en la muerte del desierto sahariano. Es el límite entre las montañas de Iforas y las del Hoggar, entre el mundo de los pastores y el de las caravanas, entre la hierba y el desierto total, el cruce de pistas y senderos.

No había en el *ued* más que una escuadra de pájaros grises y charlatanes en la arena húmeda que rodea el pozo. Volaban sin abandonar el lugar, hasta las

ramas de los vecinos ebarakán^[144]. Allí se posaron piando.

—¡Eh, Kalil! —llamó Mid-e-Mid—. ¿Dónde estás?

El loco salió de detrás de un árbol.

—¡Mid-e-Mid ag Agasum! Kalil no te ha reconocido. —Y rió con gesto de lamentación.

—¿Es que he cambiado?

—*Evalá*: llevas otro camello.

—Es verdad. No había caído en ello...

—Dame tabaco —dijo el loco.

Mid-e-Mid le dio un puñado y bajó del animal.

—Dale de beber, Kalil, que tiene

sed.

Kalil lo hizo, pero sin dejar de mirar a Mid-e-Mid en cuanto podía.

—No es el camello —dijo.

—¿El qué, Kalil?

—Lo que te ha cambiado.

—Ya... ¿y qué es? ¿Es que llevo otras ropas?

El loco chascó la lengua y los dedos.

—Kalá. Es el corazón, que se ha hecho más grande.

Y le golpeó el pecho con las yemas de los dedos.

—Más grande que tu cabeza...

Y rió, satisfecho.

—Kalil lo ve todo... Kalil lo sabe

todo...

—Sí —dijo Mid-e-Mid—. A veces sabes cosas... Lástima que no las puedas decir bien.

—Oh —dijo el loco—. Kalil puede decirlo todo. Tu corazón estaba enfermo. Y se ha estirado. Así... —extendió los brazos—. Ahora es grande... pero tendrás que romperlo.

—Ya está roto, Kalil. Alah lo sabe, alabado sea su nombre.

El loco sacudió la cabeza y la larga pelambreira revuelta le tapó la frente.

—No. Tienes que rompértelo tú... Es muy fácil... ¡Mira!

Se abrió el *bubú* y el sol iluminó su

pecho.

—Mira qué fácil es... así de fácil... así de fácil... Luego te sentirás alegre como el asno sediento que llega al pozo...

—Sí que he sido un asno, Kalil. Pero el agua que he bebido era amarga como el zumo del tagilit^[145]...

—Qué bien hablas, Mid-e-Mid —repuso el loco—. Qué bien... Eres un *marabú* del corazón triste... el hijo de la felicidad para los demás... eres un amuleto... —Se echó a reír y movió los hombros como si le picaran los brazos.

—Canta un poco... un poco... un poco...

—No sé —dijo Mid-e-Mid—, ya no se me ocurre nada...

El loco le agarró las muñecas y tiró de él hacia la orilla del cauce arenoso, caminando hacia atrás paso a paso.

—Suelta, Kalil —dijo Mid-e-Mid, impaciente—, ya vuelves a hacer tonterías.

—Kalil te enseñará una cosa... ven, ven... ven de prisa.

Soltó a Mid-e-Mid y salió él corriendo. Se paró bajo un ebarakán.

—Ven, Mid-e-Mid, corazón grande, ven... —le llamaba con el dedo encogido.

De mala gana acudió Mid-e-Mid.

—¿Qué? ¿Qué hay? No veo nada.

Había llegado ya a la densa sombra del árbol.

—Échate en el suelo, corazón grande... como un piojo muerto... como un pellejo de vaca...

Mid-e-Mid se echó.

—Si —dijo—, ya veo. Me sigues haciendo tonterías... tú sigues siendo loco y yo me volveré loco si sigo aquí. Me tengo que marchar.

Kalil le miró amistosamente; los ojos enrojecidos y salientes parecieron agrandarse, descubriendo las pupilas azul oscuro.

—Mira hacia arriba, Mid-e-Mid...

Mid-e-Mid contempló las verdes ramas. Allí estaban los pajarillos, limpiándose el plumaje, picando, piando. Vio los pardos túneles de tierra que los termes pegan al tronco para protegerse de la luz. Vio las rojas secreciones resinosas del árbol y oyó el zumbido de las abejas que se habían hecho un nido en una cavidad. Olió a cabra y a camello y vio entre las ramas más altas el cielo azul y unas cuantas nubes blancas que pasaban presurosas, como si tuvieran que llegar a un pozo antes de que cayera la noche. Sintió bajo su cuerpo la blandura de la arena seca y se estiró con bienestar.

—Corazón grande —murmuró el loco—, ¿puedes cantar ahora? ¿Puedes cantar para Kalil? ¿Un poco...? ¿Un poco... para Kalil?

Mid-e-Mid contestó:

—Espera un poco. Quizá sí.

El loco se sentó a su lado, puso las manos cruzadas y se esforzó por respirar sin ruido.

Al cabo de un rato dijo Mid-e-Mid:

—Escucha, Kalil.

El loco inclinó la cabeza y escuchó:

*Cuando la hierba brota
en las laderas,
cuando las amarillas
flores del tamat*

*llaman a las abejas bajo
la brisa,
cuando él vellón de los
cabritos
brilla entre las matas de
yir-yir^[146],
cuando las claras
llamadas de los pastores
y la profunda voz de las
yeguas blancas
resuenan por los valles
rocosos,
están ya muy olvidadas
las oscuras nubes del
ayinna
y sus truenos y su rayos*

azules.

*Las muchachas pasan
riendo,
montadas en asnillas
grises,
cantando y riendo,
camino de las fuentes,
para coger el agua con
la mano.*

*Los hombres cabalgan
los camellos
al trote, hacia el
tindé^[147],*

*y giran en torno de las
mujeres.*

Dentro de nosotros gira

el hermano sol.

—Ah, cómo cantas, Mid-e-Mid — dijo el loco—. Dentro de nosotros gira el hermano sol... dentro de nosotros...

Y empezó a cantar la canción con su voz cascada, unas veces tarareando la melodía, otras veces diciendo las palabras, y saltaba y movía los brazos, como un buitre joven que levanta, indeciso, las alas para su primer vuelo.

Mid-e-Mid le miró, divertido, y se dirigió hacia su camello, que estaba comiéndose las ramas del ebarakán.

—*Bismiláh*, Kalil —dijo—. Ya veo que estás contento.

—*Bismiláh*, hijo de la felicidad,

mago Eliselus, *bismiláh*...

Mid-e-Mid montó y cabalgó despacio por el *ued*. Se volvió y vio que el loco seguía saltando y cantando con su voz fea y ronca: dentro de nosotros gira el hermano sol...

«Mira», pensó, «puedo mover el corazón de un pobre loco, de un desgraciado embrujado por los espíritus... Puedo hacerle saltar y bailar... con una canción sola...».

«Hamduliláh», pensó, «aún sirvo para algo... aunque sólo para los locos... o quizá también para desesperados, tristes y amantes... El sueño, el sueño... El mijo eran mis

canciones. ¿Para qué necesito rebaño y tienda, si soy capaz de esto? Tengo otras cosas que hacer en vez de ordeñar y guardar vacas... Tengo que alegrarles: a los Kel Effele, a los idnán, a los Kel Telabit, a los ibottenatés y a los iforgumesés, a las muchachas en los pozos y a los hombres en las tiendas, al *amenokal* en su soledad y al loco en su perdición... y a Tiu'elen... que también me necesita... igual que yo para cantar... hamduliláh».

Mid-e-Mid llegó a su *hokum* y dijo a Amadu y Dangi que eran libres. Les dio terneros lechales y un camello y les dijo que se fueran adonde quisieran.

Devolvió los animales de Abú Bakr a los robados o los regaló. Y no se quedó más que con una asnilla gris para su madre.

Él volvió a su agitada vida. Se estuvo aún un año entero en el norte, donde las montañas son negras y violeta y las llanuras son amarillas a causa del alemn. Pero sus canciones viajaban muy lejos, de boca en boca, de tienda en tienda. Resonaban y zumbaban en torno de los fuegos, cuando el puré de mijo para la noche hervía en las tiznadas ollas de hierro. Salían de los labios de los tostados pastores que, en las horas de más calor del día, descansaban con

sus bueyes a la parca sombra de las acacias. También las cantaban las mujeres mientras blandían la mano de almirez y la sal gris se rompía en frágiles cristalitos en el mortero de madera, bajo la furia de los golpes.

Mid-e-Mid cantaba en el norte. Y parecía como si el viento mismo llevara sus canciones al verde sur, a las tribus de los Kel Effele, a los idnán de las orillas del *ued* de Tilemsi y a la gran tribu de los ibottenatés, cuyos camellos pastan en la *tamesna*.

Luna Roja levantó su mano protectora por encima de él cuando el *beylik* mandó prenderle, pues no se

había olvidado la muerte de Tuhaya. Y Tiempo Cálido llamó a su primer hijo Aymed, y le colgó del cuello una pluma de alondra, para que fuera cantor, como Eliselus. Y cuando el pequeño chillaba y pateaba en sus rodillas, decía:

—Tiene toda la fuerza de su padre Ayor, y también la misma frente, pero tiene la voz maravillosa de Mid-e-Mid.

Y como todas las mujeres de su séquito asentían, se lo creía ella misma.

Sólo Queso de Leche Fresca decía:

—Chilla como un gallo, y tiene tantos dientes como mi padre Intaláh, que no tiene ninguno.

Pero para decir eso hace falta no

creer en nada, y eso era demasiado poco para Tiu'elen.

UN BUEN CONSEJO PARA MALOS LECTORES

Lo que sigue es información objetiva. Podría estar tal cual en un libro de geografía. Pero no es sustitutivo de la lectura de la historia de Luna Roja y Tiempo Cálido. Es, por así decirlo, un esqueleto sin carne, sangre, venas, músculos, tendones ni nervios. Por esa razón se da este buen consejo: una vez leída esta sección, ábrase de nuevo el libro por la primera página para meterse de lleno en la historia, o bien —por seguir con nuestra comparación— para

llenar el cuerpo con alma, espíritu, razón y corazón.

Los hombres llamados tamaschek

Los hombres de que trata esta historia suelen ser llamados tuareg^[148] por los europeos. Sería, empero, cosa de ir abandonando este nombre. Usarlo es como obligar a los europeos a que se llamen *kaffir*^[149]. Pues *kaffir* —que significa «infiel»— es la denominación que utilizan muchos árabes para nombrarnos a nosotros, porque no creemos en el profeta Mahoma. Y los árabes fueron también los que dieron el

nombre de tuareg a los pueblos del Sahara central. Los europeos han tomado ese nombre de los árabes. Pero los pueblos con él denominados no piensan en absoluto llamarse así. «Nosotros, los tamashek», dicen de sí mismos. Y tamashek es también el nombre de su lengua bereber. Es una lengua hermosa, sonora y fuerte. Fue puesta por escrito por vez primera por el célebre Père de Foucauld^[150], el ermitaño de las montañas del Hoggar. Esa hazaña es un verdadero mérito. El padre De Foucauld fue muerto por unos ignorantes tamashek.

Los tamashek son un gran pueblo.

Viven en las montañas del Sahara central, en los montes Ayyer, en los del Hoggar, en el Air, a ambos lados del arco del Níger y Níger arriba hasta el lugar de Gundam^[151], al sur de Timbuctú. Es difícil calcular su número. Serán unos 500 000. Constan de varias nacionalidades o ramas, igual que los españoles son castellanos, o catalanes, o vascos, o gallegos, o andaluces. Y tienen diversos dialectos. El grupo mayor, el de los ulimindés, vive en el arco del Níger. Cuenta unos 160 000 individuos. Pero los tameshek de que habla este libro viven en las montañas de Iforas, en la *tamesna* o desierto, y también al

oriente de ésta y en la tierra de dunas de Timetrin, al oeste de las montañas de Iforas. Estos tamashek no son más de 16 000 hombres, y ocupan una superficie mayor que media Francia. Algunos científicos creen que los tamashek llegaron al Níger procedentes del nordeste, de las montañas del Fezzán^[152]. Es muy probable que lleven razón, aunque las pruebas en favor de su afirmación no carecen de lagunas.

No hay duda de que los tamashek son hombres blancos. El sol y la vida en el desierto los han tostado —y, además, como no son demasiado aficionados a lavarse, es difícil descubrir cuál es el

color «natural» de su piel—. Hay viajeros que dicen que los tamashek son azules, y también ellos llevan razón, pues los tamashek gustan de ropajes azules que destiñen mucho.

Los tamashek son nómadas. Recorren con sus rebaños y durante todo el año sus enormes territorios de pastoreo, buscando siempre agua y alimento para sus animales. En la estación de las lluvias se dirigen generalmente a lugares de tierra salada. Los rebaños necesitan sal, y también la necesita el hombre. En algunos puntos del Sahara hay yacimientos de sal. Todavía hoy siguen recorriendo

anualmente el desierto las caravanas de sal^[153]. Los yacimientos más célebres se encuentran cerca de Taudeni^[154], 700 km al norte de Timbuctú.

Hablando de los tamashek cuando se dice «rebaños» se piensa sobre todo en camellos y bovinos, pero también en cabras y ovejas. Además, crían asnos, y, junto al Níger, caballos. En las montañas de Iforas los caballos son escasos. Sólo personas muy ricas tienen allí caballos, pues en la estación seca falta agua para su cría, y algunas veces ocurre que haya que abreviar a los caballos con leche, la cual tampoco abunda.

Aun sin saberlo podría adivinarse

que los tamaschek son pastores gracias a mil pequeños detalles de su vida: todas sus comparaciones se refieren al ganado o a los camellos. Su vocabulario sobre camellos y ovinos es extraordinariamente rico. Sus bienes muebles son cosas características de los pastores. La tienda de campaña, u *hokum*, está cubierta de pieles rojo oscuro. La leche es su principal alimento: leche de camella, de vaca, de oveja y de cabra.

Les gusta mucho la carne, pero, en cambio, no les gusta matar animales y aún menos venderlos. Podría decirse que no tienen matanza más que en

ocasiones de fiestas y visitas. Pero cuando el gobierno, el *beylik*, llega para percibir los impuestos, no tienen más remedio que llevar algunos animales a los mercados del Gran Río, esto es, al Níger. Otros alimentos son el mijo, y, en las montañas de Iforas, el arroz ante todo, que les llega de Gao^[155]; en tiempos de miseria comen también los granos del *cram-cram*, que, machacados en el mortero, dan una buena harina. No toman bebidas alcohólicas como podría ser alguna cerveza de mijo o maíz. Su único «vicio» es masticar tabaco. De los árabes han recibido la costumbre de tomar té. Antes bebían café^[156]. Pero

sólo los muy ricos pueden beber esas infusiones. Las bebidas más importantes siguen siendo el agua y la leche.

No se puede ser nómada más que en territorios que hagan imposible la agricultura. Tal es plenamente el caso de las montañas de Iforas. Es este territorio una meseta cortada por amplios *ueds*. Los pozos de agua son relativamente abundantes. En algunos lugares tienen desde tiempos arcaicos brocales de piedras en hileras. En los *ueds* crecen plantas adecuadas para el ganado, ante todo hierbas como alemos y *affaso*^[157]. También crecen muchos matorrales, frecuentemente espinosos, y numerosas

acacias. Los dos tipos de acacia más importantes son las especies tamat y ahaksch (en árabe: talha^[158]). El yir-yir, una planta de hojas ricas en agua, y el had^[159], rico en sal, son imprescindibles para los camellos. No todas esas plantas se presentan en cada *ued*, y algunas no se encuentran sino en determinados momentos del año, por ejemplo, después de los *ayinnas*, que son los tornados o tormentas.

El clima es seco y muy cálido. La precipitación acuosa no sobrepasa los 120 mm. De diciembre a febrero las temperaturas nocturnas pueden bajar hasta 10° bajo cero. El que en esta

época viaje por Iforas hará bien en ponerse tres o cuatro jerséis, pues si no, se helará en la silla de su camello, expuesto al viento helado. En el verano las temperaturas suben durante el día hasta los 44° a la sombra, y no bajan por la noche más de las de 25°. Al sol hace aún mucho más calor: hasta los 50°. Si se mide la temperatura de las rocas graníticas negras y moradas, el termómetro sube hasta los 70° y uno se quema la mano si la pone en contacto con la piedra. También los camellos se hieren en esta época del año las sensibles plantas al caminar por la montaña.

Pese a esas difíciles circunstancias climáticas, los tamashek aman mucho su tierra y odian las ciudades y aldeas estables. El que haya vivido con ellos, cabalgado con ellos, el que haya intentado realmente compartir algo su vida, comprenderá, probablemente, ese sentimiento de los tamashek. Comprenderá también por qué esos hombres son capaces de conversar durante horas sobre las excelencias de un camello semental, sobre el sabor de una determinada fuente o sobre las características de un prado, y, si sus conocimientos lingüísticos se lo permiten, participará con entusiasmo en

esas conversaciones.

En la Europa medieval había siervos, campesinos libres, caballeros, ciudadanos o burgueses, príncipes y clero. En el actual Iforas y, en general, entre los tamashek del Sahara, la situación es muy parecida.

Los tamashek son mahometanos, por más que no muy celosos. Sus clérigos se llaman *marabúes* o marabutes. Hay tribus que están formadas exclusivamente por *marabúes* (recuérdese que el pueblo hebreo tenía también una tribu compuesta sólo por sacerdotes). Pero en las montañas de Iforas los *marabúes* pertenecen a las

diversas tribus, que en este territorio son siete. Se citan en este libro. Los *marabúes* son sacerdotes, médicos, y, a menudo, también jueces y sabios. Saben leer y escribir y, sobre todo, se saben el Corán, escrito en árabe. No todos son respetados. Puede decirse que la propiedad de camellos cuenta más que la sabiduría. Ello no excluye, de todos modos, el que algunos *marabúes* disfruten de extraordinario prestigio e, incluso, tengan gran influencia política.

Los siervos de los *tamashek* se llaman *iklán* (que en singular se dice *aklí*). Se trata de negros capturados por los *tamashek* en sus *rezzus*,

expediciones y ataques al sur, y convertidos en esclavos. Hacen todo el trabajo del ganado y, salvo excepciones, son bien tratados y cuidados hasta su muerte. Naturalmente, los franceses^[160], cuando se asentaron en el Iforas hacia el 1906, se negaron a reconocer la servidumbre y ofrecieron a los *iklán* la posibilidad de huir de sus amos sin ser castigados. No todos los *iklán* han alcanzado, al hacerlo, la felicidad, pues muchos que se liberaron padecen hoy hambre en las ciudades, por las que vagabundean. En ellas les llaman *belah*. Pero algunos de ellos, con la ayuda de los franceses, han conseguido

considerables ganados en los territorios de pastos del Níger, y han llegado a ser ricos. Para los tamashek, la huida de muchos de sus esclavos significó más o menos lo mismo que significaría para un propietario de taxis europeo la huida de todos sus chóferes. Ahora tienen que hacer ellos mismos el trabajo, ayudados, a lo sumo, por sus familiares. Pero sigue habiendo *iklán*, que se quedaron libremente y siguen haciendo su trabajo sin salario, a cambio de alimento y de un lugar en la tienda. Ahora se les llama criados, pero su situación es casi la misma de los antiguos esclavos. No obstante, pensar que todos los *iklán* son

desgraciados es una idea puramente europea, y no es posible trasladar nuestras ideas sin más al África. Puede, de todos modos, afirmarse que, a la larga, la evolución del mundo hará imposible esa servidumbre personal.

Hay, además, otro grupo de negros entre los tamaschek, grupo que nos plantea un problema muy difícil. Se trata, en efecto, de los artesanos, de las gentes que confeccionan las sillas de montar, las bolsas, los cuchillos, las espadas (llamadas *takuba*), etc. Se les llama injardén (en singular: enad^[161]) y se diferencian de los otros negros en que son libres y, además, por su aspecto.

Tienen ojos almendrados, rostros muy bien modelados, con la nariz recta, y dan la impresión de pertenecer todos al mismo grupo humano. Pero ¿a qué grupo? ¿Son los injardén la población primitiva del Sahara, que hubiera sido sometida por los tamaschek? ¿Son artesanos inmigrados tal vez del valle del Nilo? En todo caso, saben ejecutar magníficos trabajos en cuero, madera y hierro. En pago de ello son... despreciados. Es un hecho: se les desprecia, a pesar de su habilidad. Ningún tamaschek se casaría con una mujer enad. Pero ¿no será más bien ese desprecio un secreto temor? Por el

momento, la cuestión es un enigma sobre el cual los investigadores no han conseguido aún arrojar luz suficiente.

Pasemos ahora a los *tamaschek* mismos: entre ellos viven dos grupos que se corresponden con los europeos medievales de caballeros y campesinos: los *imrad*, llamados también vasallos, y los *ilelán* (en singular: *elén*), que son los *tamaschek* distinguidos o aristocráticos. Unos y otros son blancos. No presentan diferencias externas, como no sea la del diverso prestigio y respeto de que gozan; antes se diferenciaban por su trabajo.

Los *imrad* cuidan los rebaños.

Antes, tenían que pagar un tributo a los nobles o *ilelán*, y aún lo hacen hoy algunos pocos. Los *imrad* se casan siempre entre ellos, se mantuvieron siempre separados de los nobles y miraban a éstos con desconfianza.

Los nobles, en efecto, tenían como oficio el de no hacer nada o bien hacer la guerra, robar y asaltar, dirigir caravanas y hacer que otros hombres trabajaran para ellos. La cosa recuerda vivamente el fenómeno de los caballeros-bandidos feudales en Europa. Nobles e *imrad* tienen nombres de tribu distintos; por tanto, también hay tribus nobles y tribus no nobles.

Al instalarse en el Sahara, los franceses destruyeron enérgicamente ese antiguo orden social. Arrebataron a los nobles sus privilegios y no les permitieron dedicarse más que a la cría de camellos o de bóvidos. Fue un cambio duro para los nobles. Y no ha terminado aún. La verdad es que es difícil acostumbrarse a trabajar cuando durante siglos se ha acostumbrado uno a no hacerlo. Así ocurre que muchos *imrad* son hoy más ricos que los *ilelán*.

En algunos libros se llama a los *ilelán* también imojar o imagerés, pero esas dos palabras no son corrientes en el Iforas mismo.

Todos los tamaschek, hombres y mujeres, cantan con gusto y son aficionados a componer poesías. Ha habido entre ellos célebres poetisas, y sigue habiéndolas hoy. Muchas veces, por la noche, se sientan ante el fuego y cantan canciones sobre célebres camellos, acciones heroicas, historias de amor. Son verdaderas canciones populares, y a veces, ocurre incluso que un cantante empiece el poema (sin rima) y lo continúen otros dos sucesivamente. Todas esas canciones y poesías pasan de boca en boca, lo cual recuerda también la Edad Media europea, con sus trovas y trovadores.

En este libro aparece un joven pastor que se llama Mid-e-Mid y es poeta. Quizá piensen algunos lectores que este Mid-e-Mid es demasiado joven para eso. Yo les tengo que contestar: en el libro lo he pintado mucho mayor de lo que es en realidad. Mid-e-Mid es un personaje real, que vive hoy. Tiene ahora (1958) veintidós años y es tan conocido por sus canciones entre las siete tribus del Iforas como el presidente de los Estados Unidos entre los americanos. Algunas de las canciones que reproduzco, traducidas en este libro las cantó él y yo las tomé en cinta magnetofónica.

Debo también confesar que hoy día, en las montañas difícilmente accesibles situadas al noroeste del *adrar* de Iforas, siguen viviendo bandidos como Abú Bakr. Tiempo Cálido es una muchacha que conocí durante mis cabalgadas por ese país. Naturalmente que su verdadero nombre es otro y que su vida no ha discurrido exactamente como la describo en el libro; pero tampoco es muy distinta de esa descripción. E igual que las personas están tomadas de la realidad, los datos y descripciones geográficos son también exactos. Pero todo eso es, en el fondo, de poca importancia para nuestra historia. Lo

único importante es que cada figura refleje un trozo de vida verdadera, y que en esos reflejos sepamos reconocernos también a nosotros mismos.

Bueno, pues ésas son las cosas más importantes sobre los tamaschek. En el índice alfabético de palabras que se encuentra a continuación hay algunos detalles útiles para futuros investigadores. Y, ahora, vuélvase al comienzo de este libro.

El autor

ÍNDICE DE TÉRMINOS Y DE OBSERVACIONES DIGNAS DE SER TENIDAS EN CUENTA

Pronunciación: La Z, como, por ejemplo, en la palabra Tin Za'uzaten, se pronuncia como una s suave. Más ejemplos: *Rezzu*, In Uzzal. El apostrofe no significa en las palabras tamashek que se haya eliminado algún sonido,

sino que tiene por misión impedir la normal unión de vocales en diptongos. Por ejemplo: hay que pronunciar — tomando la palabra antes citada— Tin Za-u-za-ten, y no Tin Zau-za-ten.

Grafía: La grafía de las palabras no puede reproducirse sino aproximativamente. Hay bastantes diferencias dialectales. Por otra parte, los datos suministrados por los lingüistas no son unánimes. Por ejemplo, la expresión «el kir ras» se da también con las grafías «eljer ras» y «elker ras». La grafía utilizada por los tamaschek no da una base sólida y segura. Véase el artículo «tiffinagh» en el siguiente léxico.

A

Abalesa: pequeña localidad del Ued Amded, afluente del Ued Tamanraset, a unos 100 km al nordeste de la ciudad de Tamanraset. En esta estación se halló un esqueleto atribuido a la madre tribal de los tamaschek, Tin Hinan.

abatal: manjar de los tamaschek, preparado sin agua y sin vasijas. Consta de las entrañas del animal sacrificado, puestas —sin lavar—

en el estómago del mismo. En éste se meten, además, guijarros ardientes; se cose el estómago y se coloca encima de las brasas. Al cabo de poco tiempo está lista la comida.

aberid: pista de camellos. Para todas las cosas relacionadas con el camello hay un léxico muy abundante. Por ejemplo, para este mismo concepto existen los términos *aberaka* (usado en el Hoggar) y *tabart* (que es también corriente en las montañas de Iforas).

adrar: significa «tierra de montañas». Pero existe, además una ciudad

llamada Adrar cerca de la pista Orán-Gao.

Adrar Hasené: pequeño territorio montañoso situado al norte de Tin Rerho (véase) y que llega hasta el Ued Tamanraset.

Adrar de Iforas: nombre de la quebrada meseta en la que tiene lugar la historia narrada en este libro. Los límites de este *adrar* son: al oeste, el valle de Tilemsi (véase) y el Timetrin (véase) contiguo; al norte, las estribaciones del Tanesruft; al nordeste, las del Hoggar (véase); al este, el semidesierto de Tamesna, y al sur,

una vasta estepa de plantas espinosas que se extiende hasta el Níger. Este *adrar* es un territorio de cultura tamashek pura.

Adrar In Uzzal: zócalo montañoso situado al norte del Adrar de Iforas. Contiene estaciones de agua y también restos prehistóricos (guijarros y hachas de piedra).

affaso: hierba alta del desierto, buen pasto para el camello cuando está fresca. (Véase también «*toka*»). En latín: *Fagonia brugueri*).

Agadés: antigua e importante ciudad comercial del Sudán (8° de

longitud este, 17° de latitud norte), junto a la autopista Hoggar-Zinder, a orillas de un ancho *ued*. Numerosos pozos y jardines, bosquecillos y palmeras. Célebre por sus trabajos en cuero, especialmente sandalias y sillas de montar (ver ilustración).

Aguelhoc: localidad de unos 200 habitantes, con muchos mercaderes árabes entre ellos, situada junto a la autopista Gao-Tessalit-Bidon Cinque-Adrar-Colomb Béchar-Orán, en el borde occidental del Adrar de Iforas. Es importante estación de

aprovisionamiento de agua.
Numerosos pozos en ambos *ueds*.
Los mejores pastos del país.

agelman: charco producido por las lluvias. Los mayores, en las montañas y entre las rocas que disminuyen la evaporación, se mantienen a menudo desde una temporada de lluvias hasta la siguiente; los pastores los utilizan regularmente para abreviar los rebaños.

ahal: las mujeres y muchachas *tamashek* organizan, de vez en cuando, esta fiesta, a la caída de la tarde: acuden también los

hombres casaderos, y ellos y las mujeres interpretan sus canciones. Las mujeres tocan el instrumento llamado *amzad* (véase). El *ahal* sirve para que la gente se conozca, pero se debe, también, a una gran necesidad literaria y musical. No pocas veces se producen durante la fiesta disputas entre los hombres, las cuales se resuelven con la espada.

ahaksch: árbol espinoso muy frecuente, llamado *talha* por los árabes y *Acacia radiaria* o *tortillis* en latín. Cabras y camellos comen sus frutos, y sus espinas se utilizan

para la limpieza de los dientes y para sujetar sandalias y esteras.

Aiier: (pronunciado también *Adyer*), territorio montañoso situado al norte del Hoggar.

Air: importante territorio montañoso del Sahara meridional.

Ait Nafán: estación de aprovisionamiento de una agua ligeramente salada, muy visitada por la tribu de los irreguenatés. Está situada al norte de Timea'uin

.

aklí: esclavo, en singular. Véase también «*iklán*».

alemos: hierba del desierto —en latín:

Aristida obtusa— comida para camellos, bóvidos, ovejas y cabras. Crece tanto en los *ueds* como en suelos rocosos o en las pendientes montañosas, y se utiliza también como planta medicinal. Donde no hay alemos deja de ser posible la cría de bóvidos. (El límite septentrional de ese ganado se encuentra en el alemos de Iforas).

Allahu akbar: Dios es grande.

Amadu: nombre de persona, muy común entre los negros.

aman: palabra tamashek que significa «agua».

Amenehaya: título de una canción muy gustada actualmente en el Adrar de Iforas.

amenokal: jefe de un grupo de tribus tamaschek. Literalmente la palabra significa «dueño de la tierra». El *amenokal* más importante es el de los ulimindés. El *amenokal* de las tribus del Hoggar y el de los tamaschek del Iforas son de menor categoría, pero de igual influencia.

amzad: violín de una sola cuerda que utilizan las mujeres tamaschek. La caja de resonancia es de cuero de cabra y la cuerda es de crin de

caballo.

antimonio: sustancia química, vomitivo y medicina, y utilizada también para teñir telas y párpados.

Arli: conjunto de pozos entre Kidal y Tin Za'uzaten. Estas dos estaciones se encuentran en el *ued* Arli wan Anu. El *ued* Arli Mennen —*ued* Blanco— corta al anterior. En las rocas hay numerosos dibujos rupestres, entre ellos el de un carro de combate.

armad: ¡adelante!, ¡arriba!

asno: se encuentran en todos los campamentos de los tamaschek. Los utiliza todo el mundo sin

pedir permiso a su propietario. Su trabajo consiste en acarrear agua, mujeres y niños de pastores pobres, y cargas a poca distancia. Los *tamaschek* tratan bien a estos animales tan resistentes.

Aselar: un *ued* con muchos pozos de agua purgante, que es, por ello, de mucha importancia para los rebaños de los *tamaschek* del *Iforas* y de los *kunta*, los cuales pasan allí meses enteros con sus camellos y bóvidos.

ayar: (pronunciado también *agiar*); árbol frecuente, con numerosas espigas y pequeñas flores

amarillo-blancuzcas, hojas duras ovaladas que dan mucha sombra. En latín: *Maerva crassifolia*. Se encuentra hasta los 1800 metros de altura sobre el nivel del mar.

aye: mira allá.

ayinna: palabra tamashek que significa «huracán», «tornado» (en árabe: *nou*). En el Adrar de Iforas la temporada de los huracanes va desde julio hasta principios de septiembre. Su número oscila entre cinco y siete. El *ayinna* da comienzo a la época de «las vacas gordas» del año.

Ayor: significa «Luna» o «mes». *Ayor*

Jaguerán significa Luna Roja. La palabra es masculina, no femenina, como en las lenguas latinas. (En alemán también es masculino «Luna»). Pero los tamashek tienen, además, otra palabra para significar luna: *Talit*, y ésta es femenina. Es utilizada sobre todo por los tamashek del Hoggar y por los ulimindés.

B

balafia: hasta la vista.

balek: presta atención, ten cuidado.

beylik: «gobierno», «administración», en el sentido estricto de la administración francesa; a veces significa también tribunal. Es palabra de origen turco y procede de la que antiguamente fue zona de influencia turca, en el Sahara septentrional y central hasta Ghat y el Tibesti.

bismiláh: Dios sea contigo, en el nombre de Dios.

Boja: nombre de persona, masculino, típico de los tamaschek.

bubú: prenda de vestir sin mangas, azul o blanca.

Burem: localidad grande situada en el

codo del Níger, cruce de pistas y sede del *amenokal* de los kunta.

burnús: capa con capucha. Es vestido árabe. Generalmente es de lana y muy caro. Protege muy bien del calor solar y del frío.

busaadi: «Yo doy la felicidad», es decir, «mando al paraíso»: el puñal.

C

cabra: verdadera artesana del desierto: comiéndose constantemente las yemas de árboles y matorrales,

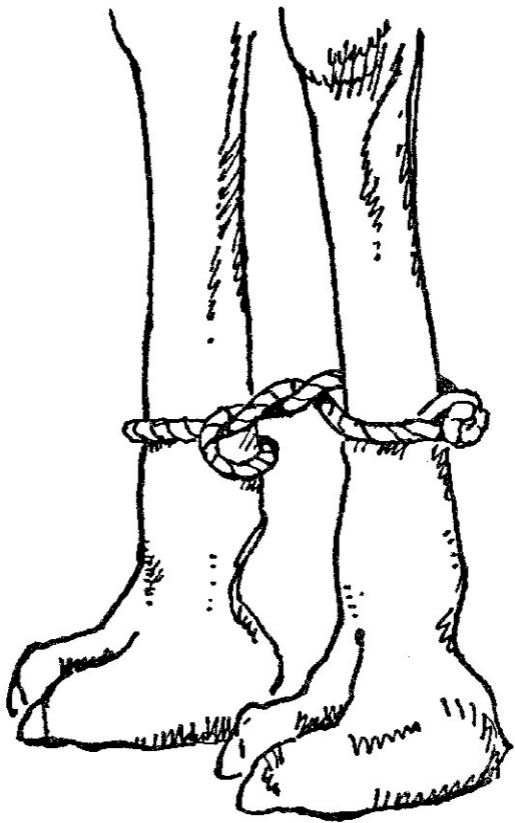
destruye sin cesar territorios esteparios, abriendo camino al desierto. Entre las cabras de los tamashek la más importante es la negra, pues con su pelo las mujeres hacen cuerdas resistentes y flexibles, así como cinturones. Con la piel de la cabra se hace el *idit* (véase), cosiendo todas las aberturas excepto el cuello, curtiendo luego.

café: era antes corriente en el Adrar de Iforas en lugar del té, entre la gente rica. Hoy, casi en desuso. Véase té.

calabaza: se usan no sólo calabazas

auténticas, sino también recipientes de madera en forma de ese fruto. A menudo llevan decoración al fuego. Los inhardés reparan las calabazas de madera rotas con clavos de cobre.

camello, traba del: atado de las patas delanteras para evitar la huida del animal durante la noche.



camellos: no siempre existieron en el Sahara. El dromedario no llegó allí hasta el siglo I o II de nuestra Era. Hoy es animal indispensable, base de la existencia de los nómadas. Muchas pinturas rupestres tienen por tema el camello, con lo que indican la importancia del animal. La única diferencia importante entre camello de carga y camello de silla es que para este último servicio no se utilizan los animales pesados. Un camello de carga está preparado al cabo de

tres día de educación. En cambio, para prepararlo para la silla hacen falta casi seis meses y un trabajo que exige nervios robustos «por las dos partes»: Un buen camello de silla puede cubrir hasta 90 km al día, constantemente al trote. Pero la etapa corriente es de 40 km o aún menos, pues las marchas forzadas agotan muy pronto al animal. Los camellos de carga tienen que reponerse durante todo el resto del año, en buenos pastos, de uno de sus viajes (ida y vuelta Sudán-Tuat).

carnero: el animal de matanza más

importante de los tamaschek. Las caravanas los llevan a través del desierto, desde el Sudán hasta los oasis del Tuat y del Tidikelt (Timimun, In-Salah, etc.) y los venden allí. A la vuelta las caravanas llevan carga de dátiles. Este comercio es de mucha ganancia y de riesgo aún mayor. Durante mi estancia en el Adrar de Iforas pereció de sed a dos días de marcha de donde yo me encontraba una caravana de camellos: 120 animales, 12 camellos y 7 tamaschek que no consiguieron encontrar el pozo.

(Cf. mi narración «La ruta perdida»).

cram-cram: hierba cuya presencia sirve de referencia para trazar el límite entre el desierto y la estepa en sentido geográfico. En latín: *Cenchrus echinatus biflours*. Sus semillas están contenidas en diminutas vainas provistas de cerdas que se adhieren al vestido y a la piel; producen mucho dolor y para quitárselas es menester operar con mucho cuidado y con unas pinzas (véase también *mongasch*). Pero, a pesar de todo, en tiempos de hambre se recogen

esas semillas, que dan una buena harina. Es frecuente también desenterrar enjambres de termitas, que, generalmente, suministran granos ya fuera de las vainas.

cuervo: el cuervo de vientre blanco, *Corvus albus*, se presenta en los lugares más solitarios y abandonados. Como el autor ha podido observar varias veces, es aficionado a posarse en los camellos cuando éstos están pastando. Los tamashek le alejan, porque no sólo busca insectos en la piel de los camellos, sino que abre en ella agujeros del tamaño

de un plato.

CH

chacal: donde hay rebaños hay chacales.

El chacal no es nada tímido, de modo que se muestra a la luz del sol. Los tamschek lo cazan con trampas de hierro hechas por los inhardés.

D

dama: gacela con un dibujo blanco en la capa. Más adentro, en el desierto, vive la gacela dorcas.

Dangi: (o Dangu) nombre de esclavo.

Debnat: pozo situado a una jornada al nordeste de Tin Za'uzaten. (Una jornada debe entenderse según la velocidad y recorrido habitual de las caravanas: entre los 35 y 45 kilómetros, según los terrenos).

delu: palabra árabe que designa una bolsita redonda de cuero curtido de cabra o de oveja, fijada a un anillo de madera. Es imprescindible en el Sahara.

dokkali: manta de colores del Tuat, más precisamente de Timimun y oasis vecinos. Según el motivo ornamental y el color, los tamaschek distinguen entre *dokkali*, abroj y tasselsi. Muy utilizada como manta para las sillas de montar.

E

ebarakán: nombre tamaschek de las raíces de *Tamarix aphylla*, llamadas por los árabes ethel, que penetran en el suelo hasta 30

metros. En el Adrar de Iforas se encuentran sobre todo en el *ued* Tin Za'uzaten y en Kidal.

effrí: los espíritus (en tamaschek).

egidá: ¡alto!

ekj: ¡come!

Elambaiet: canción que habla de un camello blanco, modificada por Mid-e-Mid. El canto original empieza con las siguientes palabras: «Grupe irselán en Tedenit — ghat nan guirgar — ghat ar minite, etc». (Un número de hombres, pensad en Tedenit — cuando se tiñe los párpados con antimonio...). La canción es muy

larga y constantemente se le añaden estrofas.

Elhamduliláh (i): Gracias a Dios sean dadas.

Eliselus: palabra difícil de traducir. Más o menos significa «el que siempre está alegre», «el pájaro suelto». Es el apodo de Mid-e-Mid.

elkir ras: que todo te sea bueno.

enad: véase «inhardés».

erís: pozo tan poco profundo que se puede tomar agua con la mano.

esink: puré de mijo, comido frecuentemente con manteca. Alimento principal de los

tamaschek, junto con el arroz.

esu: bebe.

ethel: véase «ebarakán».

evalá: así es.

F

Fezzán: territorio montañoso de 400-500 metros de altura sobre el nivel del mar, en el Sahara septentrional. Célebres pinturas rupestres.

Foucauld: el padre De Foucauld, gran conocedor de los tamaschek, vivió como amigo y protector

suyo en la soledad de las montañas del Hoggar. En 1916 fue asesinado por tamashek excitados. Su prestigio está aún hoy vivo. Sus estudios son la base de nuestros conocimientos sobre los tamashek, sus costumbres, sus canciones y su lengua.

franceses: en este libro no se les nombra, pero en realidad se habla de ellos cada vez que los tamashek se refieren al *beylik* (véase). En el Adrar de Iforas la sede del gobierno está en Kidal. Un único blanco gobierna desde allí un territorio de 300 000

kilómetros cuadrados, o sea, la mitad de Francia. Mediante una cuidadosa selección de sus funcionarios, los franceses han conseguido abrir el territorio con escasos medios, han construido pozos y han terminado con los *rezzus*, antes frecuentes. Su mayor error ha sido no desarrollar el autogobierno de los *tamaschek*, de modo que hoy, si se retiraran los europeos, se produciría un período de anarquía en estas apartadas regiones.

ftas: ropaje femenino.

G

gandura: vestimenta de los tamashek que consiste en un amplio camisón con aberturas a los lados, mucha tela en los hombros; generalmente azul oscuro; destiñe.

Gao: la ciudad más importante del arco del Níger, vieja ciudad real; en los siglos XIV y XV contó con cerca de 50 000 habitantes; hoy tiene unos 10 000 sonrhai, árabes, daussak y 400 blancos (incluidos los militares). Es el punto final de la pista Orán-Níger, centro

administrativo, cruce de rutas, mercado, centro de cultivo arroceros en el río. Es una de las ciudades más pintorescas de África.

gato salvaje: animal que vive en el Adrar de Iforas.

goumier: soldado indígena al servicio de los franceses. En el Adrar de Iforas los *goumiers* son tamashek o árabes.

Gundam: centro comercial y administrativo situado a 80 kilómetros al sudoeste de Timbuctú. Es el centro más occidental de los tamashek.

H

had: *Cornulaca monacantha*, hierba jugosa y excelente pasto para el camello; llega hasta el Sahara central desde el sur; parece que contiene sal. Mascando la planta, el autor no percibió sabor salado.

hamada: meseta rocosa.

Hamduliláh: lo mismo que *Elhamduliláh*.

hiena: donde hay ganado hay hienas. Las hienas siguen a los tamashek en sus viajes, y aúllan por la noche

en torno de los campamentos. En la arena de los *ueds* se encuentran siempre sus huellas.

hokum: tienda de pieles de los tamaschek; consta de 30 a 40 pieles de cabra curtidas; a veces es de pellejos de bóvidos.

huláh: en tamaschek, «mucho».

huskin: bonito.

I

ibottenatés: tribu de los tamaschek de Iforas. Cuenta con unos 800 hombres y se dedica

exclusivamente a la cría del camello en la Tamesna (véase).

idit (sing.): pellejo para el agua, llamado *gerba* por los árabes. Plural: *igedat*. Lo mismo significa la palabra *abayor*.

idnán: tribu de los tamashek de Iforas. La segunda en importancia.

Iforas: La totalidad de las tribus del Adrar recibe a veces el nombre de Iforas, y esta palabra se usa como si fuera nombre geográfico. Pero la denominación precisa de esa región montañosa es la de «Adrar de las tribus Iforas».

iforgumesés: tribu de los tamashek de

Iforas.

iklán: esclavos negros de los tamaschek (en singular: *aklí*). Constituyen una clase especial, sólo contraen matrimonio dentro de ella. Trabajan en el campamento, cuidan del ganado, ordeñan; hablan el tamaschek y muchas veces también la lengua de su antiguo pueblo. Se les trata bien. Los tamaschek los mantienen también cuando ya no pueden trabajar, hasta su muerte. Muchos *iklán* volvieron al Níger cuando los franceses abolieron la esclavitud.

ilelán (plural): singular: *elel*. Los distinguidos o nobles. Véase observaciones sobre ellos en la nota «Los hombres llamados *tamaschek*» antepuesta a este léxico.

iluyán: un carrusel de camellos como el que se describe en el libro.

imenas: camellos. En singular: *amis*. Los *tamaschek* tienen, además, como no podía menos de ser, muchas palabras para designar camellos grandes, pequeños, jóvenes, viejos, de carga y de monta. El nombre árabe del camello —*mehari*—, propio del

camello de montar, no es corriente entre los *tamashek*.

imojar: célebre tribu aristocrática de los *ulimindés*. Sus expediciones de bandidismo la hicieron muy temida en el Sahara occidental. Algunos europeos creyeron que el nombre de la tribu significaba «nobles» en general, pero no es ése el caso en el uso lingüístico de los *tamashek*.

imrad: vasallos; más precisamente, pastores libres; «los que trabajan», a diferencia de los *ilelán*. Singular de *imrad*: *amrid*.

In Abutut: pozo perenne del *ued*

Tayunart, situada a 25 kilómetros al este de la pista, visitado principalmente por los Kel Effele.

In Aza'ua: *erís* (véase) a cuatro horas de camello al sur de Timisao^[166] (véase). El *erís* está tan escondido en un *ued* lateral afluente, que no es posible dar con él sin un guía. Cuando ha bebido una caravana de dimensiones medianas, el depósito de agua queda generalmente agotado; pero durante la noche afluye agua suficiente para otra caravana. No hay pastos cerca. Numerosas serpientes. Imágenes rupestres.

Tumbas arcaicas.

índigo o añil: colorante que se obtiene del arbusto tropical.

inhardén: también se escribe *enardén*. Plural de *enad*, la clase de los artesanos, generalmente «negros». Véase la nota «Los hombres llamados tamaschek» antepuesta a este léxico.

Inhelumé: nombre de un célebre camello. La palabra significa el cordón de pelo de cabra que se utiliza para asegurar el equipaje en los camellos de montar.

Injaláh: Si Dios quiere. Fórmula que se usa siempre cuando se expresa

una esperanza: «Vendrá mañana — *Injaláh*» (cf. castellano: ¡ojalá!).

Intaláh: el personaje de este libro así llamado no es idéntico con el hijo del *amenokal* de los *tamaschek* Iforas, Attaher, aún vivo. Este *Intaláh* real, que hoy día gobierna la zona, promete llegar a ser uno de los príncipes *tamaschek* de más relieve.

In Tebdoq: pozo situado en un valle lateral del ancho *ued* Egerir, al sur de Tesalit; tiene siempre agua, aunque caliente. El *ued* está rodeado de altas rocas de hasta 70

metros. Se encuentran palmeras y otras plantas poco frecuentes. En mitad del *ued* hay una robusta muralla de piedra de los tiempos de los *rezzus*.

Intebram: nombre de varón. Primitivamente, nombre de una planta que crece entre las rocas.

Intedigagen: nombre de un célebre camello.

In Uzzal: *ued*, montaña y pozo del mismo nombre, al norte del Adrar de Iforas. Es una importante base de las caravanas en la ruta Adrar de Iforas-Tidikelt.

Irrarar: gran *ued* al noroeste de In

Tebdoq.

Irreguenatés: clan de los Kel Effele (véase), de más de 1000 almas; descienden de los tamaschek y los kunta; viven nómadas en la parte norte del Adrar de Iforas y en Timetrin.

J

jej: paño que cubre la cabeza; azul, blanco o caqui. Para ser verdaderamente eficaz contra el sol tiene que tener una longitud no inferior a los 4-5 metros.

K

kaffir: el infiel. Palabra utilizada por los árabes para designar a los europeos y a los negros paganos. Usada para designar europeos, la palabra no responde a su auténtico significado, pues éste se refiere sólo a los que no son monoteístas.

Kel Ahenet: tribu tamashek de las montañas del Hoggar; pertenece a los *imrad* (véase) y se considera descendiente de la madre tribal Takoma.

Kel Effele: la mayor tribu del Adrar de Iforas; su príncipe es *amenokal* de todas las tribus. Los Kel Effele tienen también los mejores pastos.

Kel Rela: célebre tribu aristocrática del Hoggar.

Kel Tarlit: tribu de los tamaschek de Iforas.

Kel Telabit: tribu de los tamaschek de Iforas; viven en torno del pozo del mismo nombre, hoy muy bien instalado con cemento.

Kidal: sede de la administración del Adrar de Iforas; un par de blancos, algunos mercaderes árabes, unos pocos tamaschek.

Siete pozos en el *ued*. Pintoresca fortaleza de murallas blancas y rojas. Hay un antiguo Kidal que debió de ser instalación de importancia: las ruinas indican que las casas eran de piedra.

kunta: gran pueblo moro de origen árabe y hostil a los tamaschek. Los kunta son ganaderos y criadores de camellos; viven nómadas cerca del Níger, hacia Burem, son un tipo humano de insólita belleza, más bajos de estatura que los tamaschek. La campaña guerrera relatada en el libro se basa en los sangrientos acontecimientos del

valle de Tilemsi, en septiembre de 1955; el autor, que pasaba entonces por la zona, tuvo experiencia de ellos.

L

león: es animal que siempre sale en las comparaciones de los tamaschek. El hecho es que el león ha sido exterminado en el Adrar de Iforas. En la Tamesna y entre los ulimindés son aún frecuentes las luchas con el león, con lanza y *takuba*.

M

Magidi: nombre citado en una canción.

Magidi ag Usein es un poeta célebre en el Adrar de Iforas.

marabú(t): sacerdote y sabio mahometano, y nombre de la tumba de los mismos. Véase la nota «Los hombres llamados tamaschek», antepuesta a este léxico.

marcas al fuego: las llevan todos los camellos. Indican la tribu o el grupo de tribu (clan). Además se

marcan también al rojo signos del propietario en el cuello del camello.

ma tekumed: ¿qué haces? (tamaschek).

meskin: en árabe, pobre, miserable (cf. castellano: mezquino).

mijo: el principal alimento en el Adrar de Iforas, junto con el arroz. Procede del Sudán.

mongasch: pinzas que fabrican los inhardén y que sirven para arrancarse espinas — principalmente del *cram-cram*— y para reparar los *temba-temba* (véase).

muflón: carnero montañés del Sahara.

No es animal que esté desapareciendo, como creen algunos zoólogos. Viven en grandes manadas en los macizos montañosos situados al norte del Adrar de Iforas. Sus huellas cubren por la mañana los *ueds* en todas direcciones. En el Hoggar son ya más escasos. Es muy difícil cazarlos, pues el muflón es el animal más precavido y mejor trepador de las montañas del Sahara.

mukala: fusil (en árabe). Probablemente derivado de la palabra mosquete.

N

niebla de arena: curiosa perturbación, oscurecimiento del aire que empieza muchas veces por la mañana temprano y dura todo el día.

Níger: los *tamashek* le llaman «el Río» o «el Gran Río».

P

palmera dum: *Hyphaene thebaica*, palmera estilizada cuyas hojas

parecen en lo alto un sombrero. No es frecuente en el Adrar de Iforas. Lo es en el *ued* Tebdoq, en Telabit, etcétera.

perros: en todos los campamentos de los tamashek viven perros de capa marrón claro. Son guardianes nocturnos, tan rápidos como el galgo europeo, si no más. Aguantan durante un rato una velocidad de 50 kilómetros por hora. Como no se les alimenta expresamente, parecen esqueletos cubiertos de una tensa piel.

pista: ruta no construida. Los tamashek tienen palabras distintas para cada

tipo de pista.

R

reg: amplia llanura con piedrecillas y arena dura.

ressui: colorante azul para *ganduras*.

rezza: ataque, *razia*. La ocupación de los *ilelán* hasta la intervención de los franceses. No siempre era el móvil el gusto por el bandidismo. El *rezza* era a menudo la única posibilidad de sustituir camellos muertos de sed por otros en buen estado. Era lucha por la vida.

rosas, aceite de: el perfume preferido por hombres y mujeres *tamaschek*.

S

sal: sustancia imprescindible para los animales y los hombres. La sal llega de Taudeni, Bilma y la orilla septentrional del lago Chad. Se transporta en bandejas. Caillié, el primer blanco (francés) que vio Timbuctú, lo había observado ya.

sal, caravana de: se llaman también *azeley*.

sal, tierra de: se encuentra al oeste de

Tesalit, en un territorio sin una sola sombra. Las caravanas la toman de allí.

salam aleikum: aleik essalam, el saludo corriente de los tamashek.

salina, tierra: pastos muy codiciados por los tamashek (véase Aselar).

Samak: pozo y *ued* al norte de Timea'uin. Contiene agua buena a unos 4 metros de profundidad. En la ladera del monte hay una fortaleza francesa abandonada.

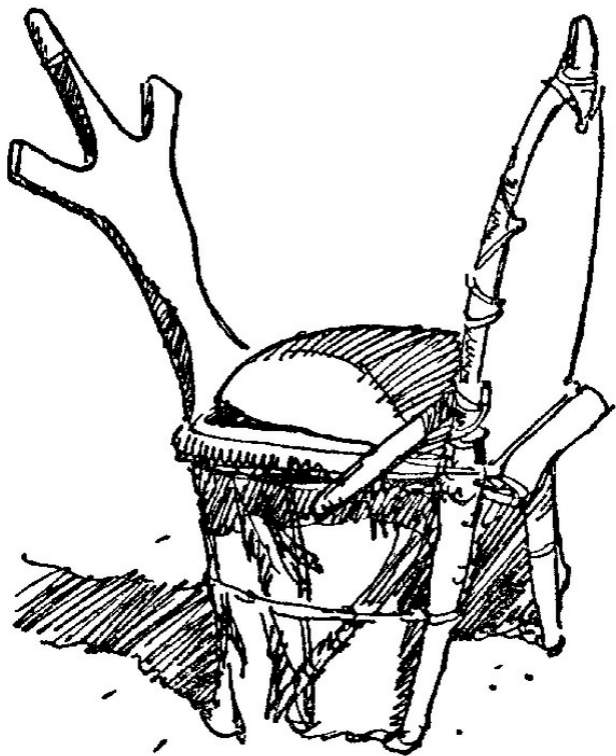
Sandeman: pozo a unos 40 km al norte de Kidal y 10 de la pista Kidal-Aguelhoc. Siempre tiene buena agua; lo visitan los Kel Effele.

sarual: palabra árabe que significa los amplios pantalones de las gentes del sur, negros o azules y bordados. Los tamaschek llaman a los pantalones *ekarbei* (plural: *ikarbén*).

Seheitan: Satán, el Diablo.

silla de montar: la silla de montar de los tamaschek —llamada *tarik*— lleva delante una cruz con los brazos en ángulo agudo hacia arriba, y está decorada con cuero teñido. Hay también sillas de madera más sencillas. La silla tamaschek es más agradable que la árabe. No está probado que la

cruz que tan frecuentemente aparece en la ornamentalística tamaschek sea de origen cristiano, pero ese origen no es inverosímil.



suras coránicas: escritas en tablillas de madera, los discípulos del *marabú* tienen que aprendérselas de memoria. En los amuletos de cuero que venden los *marabús* y utilizan en sus consagraciones y bendiciones, así como en sus exorcismos —por ejemplo, para proteger contra las enfermedades, o contra los demonios— hay versos del Corán escritos en tirillas de papel.

T

tabaco: los tamashek no lo fuman, sino que lo mascan, mezclándolo antes con *toka* (se narra en el libro). El tabaco se usa también para «sabar» camellos cansados o enfermos. Se les aplica el irritante polvillo del tabaco en los ojos. Algunos camellos se vengán mordiendo y coceando.

Tadast: nombre de mujer; significa mosquito.

tadehent: arbusto verde y sin espinas que los camellos comen de vez en cuando.

tagelmust: en árabe litham. Tocado de los tamaschek. Atarlo bien es cosa que exige gran habilidad. Tapa toda la cara excepto los ojos. Sólo lo llevan los hombres, y, por lo general, sin quitárselo ni de día ni de noche.

tagilit: en tamaschek, el melón salvaje, *Citrullus colocynthis*. Este fruto amarillo y esférico penetra profundamente en el desierto, contiene agua y sirve para que lo coman los asnos. Es de sabor tan

amargo que resulta preferible comer quinina.

Takammart: nombre de mujer. Significa «Queso de Leche Fresca».

takuba: la espada de los *tamashek*, siempre con vaina de cuero rojo. Hay diversos tipos de hoja, llamados *teljenyert*, *tahilimellet*, etc. Las buenas espadas se llaman *tiserayen*. Algunas hojas son antiquísimas y fueron forjadas en Toledo o en Damasco. También se encuentran hojas de acero de Solingen, como se comprueba en el acero. Las hojas son de unos 85 cm de longitud.

talha: véase *ahaksch*; en latín: *Acacia radiaria* o *tortillis*.

Talit: palabra femenina *tamaschek* que significa «la luna». Véase *Ayor*.

tamadalt: palabra *tamaschek* que significa «tormenta de arena». Estas tormentas duran, por lo general, algunas horas, pero pueden prolongarse hasta 15 días.

Tamanraset: *ued* importante, y, sobre todo, localidad principal del Hoggar.

tamaschek: nombre de este pueblo y de su lengua. Véase la nota antepuesta a este prólogo.

tamat: *Acacia seyal*, de flores amarillas;

su perfume es penetrante. Da sombra. Véase «ahaksch».

tamesna: nombre general del desierto en tamaschek. En el libro significa especialmente el semidesierto situado al este del Adrar de Iforas, con sus territorios aptos para la cría del camello.

taramt: riendas para el camello, hechas de pelo de cabra y cuero.

Tarat Melet: tribu de los tamaschek de Iforas.

Taudeni: el yacimiento salino más famoso del Sahara. Véase sal.

Tayuyamet: pozo permanente situado a 70 km al oeste-nordeste de

Tesalit. Consta de varios *erís*. Lo visitan los Kel Effele y los irreguenatés. Uno de los pozos es de agua amarga.

té: bebida muy apreciada por los tamaschek. Fue introducida por los árabes. Hace cincuenta años no era corriente en el Adrar de Iforas. Muchas veces se comen las hojas del té después de preparar la infusión (observación del autor).

teborak: arbusto espinoso, llamado en latín *Balanites aegyptica*, con pequeños frutos muy amargos del tamaño de la nuez y cuya ingestión

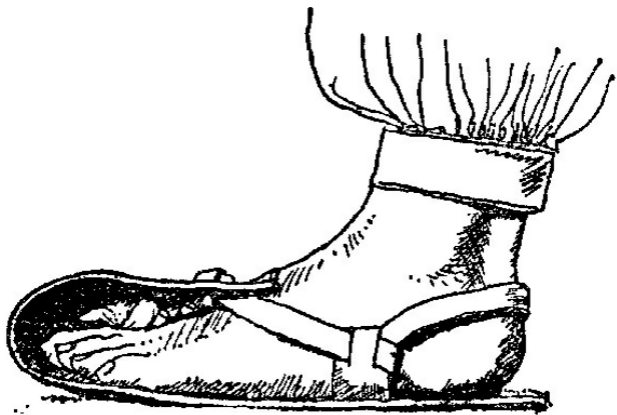
produce vómitos. Da sombra.

tékarankart: columna de arena que se forma frecuentemente en los remolinos y torbellinos de viento.

Telabit: varios pozos cimentados, uno grande. Agua abundante, buena disposición.

temba-temba: esta sandalia no es la típica de los tamashek, sino que ha sido importada de Agadés. En esta sandalia, también llamada *takalun*, dos dedos sostienen el calzado por debajo de las correas y sobresalen hacia fuera. La auténtica sandalia de los tamashek, llamada *tairoga* o

kelembu, es de estructura parecida, pero protege el pie con un pedazo de cuero vuelto que cubre los dedos. La *tairoga* está desapareciendo.



teraut: plural de *tera*, amuletos de cuero

(véase *marabú*).

termitas: se encuentran en el suelo de la estepa desértica (véase *cram-cram*).

Tibesti: meseta sahariana, al este del Hoggar.

tigete'uin: plural de *tagite'ut*, el palo de tamarindo hermosamente tallado y decorado con bandas que sirve para armar la tienda. Lo fabrican los inhardés. Para una tienda se necesitan, generalmente, ocho postes verticales y tres palos inclinados.

tiginagh: la escritura de los tamaschek, que, generalmente, se traza de

derecha a izquierda, pero también al revés, y hasta en espiral. En las rocas del Sahara se encuentran formas arcaicas de la *tiginagh*, que no son legibles para los actuales *tamashek*. Es una escritura sin vocales. Por ejemplo, para escribir «vocal» se pone «vcl». Casi todas las mujeres y la mayor parte de los *inhardés* dominan esta escritura. Hoy, también, muchos hombres de otros grupos.

Tilemsi: amplio cauce seco que se extiende desde Tesalit hasta Gao y constituye la frontera occidental

del Adrar de Iforas.

Timbuctú: o Tombuctú, célebre ciudad e importante mercado situado a unos 20 km del Níger y unida al río por un canal. Es un centro del tráfico de las caravanas, fundado por los tamashek y (según el Dr. Schiffer, *Die Grosse Reise* «El Gran Viaje») colocado bajo la protección de una esclava (Tin Boctú, la mujer del gran ombligo). El 20 de abril de 1828 llegó por vez primera a la ciudad un europeo, el francés Caillié. El 6 de septiembre de 1853 llegó el explorador alemán del Sahara, Dr.

Heinrich Barth, el cual dio una excelente descripción del lugar. Hoy día tiene la ciudad poco más de 7000 habitantes.

Timea'uin: pozo situado al norte del Adrar de Iforas.

Timetrin: territorio de dunas situado al oeste del valle de Tilemsi. Varios exploradores han realizado allí y al este de Adrar, hace algunos años, notables hallazgos de una época en la que parte del Sahara estaba aún cubierto por el mar. (Restos de dinosaurios, etc.).

Timimun: oasis situado en el Tuat (Argelia), célebre por sus dátiles,

sus alfombras y sus mantas. Todo él construido con barro rojo. Es uno de los oasis más magníficos del Sahara.

Timisao: profunda garganta situada en una *hamada* (véase) al este de Bidon Cinco; excelente pozo de agua caliente. Numerosas pinturas rupestres en los acantilados de hasta 50 metros. El territorio carece de pastos y sólo pueden visitarlo caravanas cuidadosamente provistas y equipadas. El autor lo visitó en 1957.

Tin Azeraf: viejo pozo situado al sur de

Tin Za'uzaten.

Tin Elha'ua: pozo situado entre Tin Za'uzaten y Debnat.

Tin Ramir: pozo situado a 20 kilómetros al sur de Tin Za'uzaten, visitado por los Kel Effele y por los iforgumesés. Siempre tiene agua.



Tin Rerho: pozo situado al nordeste de Tin Za'uzaten, al pie de una duna.

Tin Za'uzaten: estación situada casi a 20° de latitud norte; tiene siempre agua en gran cantidad. Durante mucho tiempo fue importante base militar de los franceses.

tindé: fiesta tamaschek, generalmente con concursos de equitación y música (tambores).

Tirarar: macizo montañoso situado al sur de In Tebdoq y al este de Aguelhoc.

Tirek: fuente situada al pie del *adrar* de Tirek, macizo rocoso de casi 20 kilómetros de longitud y orientado

en sentido norte-sur. La fuente está tan asombrosamente disimulada por la Naturaleza que se puede pasar ante ella varias veces sin sospechar su presencia. El lugar es también estación de pinturas rupestres.

tiserayen: véase *takuba*.

Tiu'elen: nombre de mujer. Significa Tiempo Cálido.

toka: se mezcla hecha con *affaso* (véase) para obtener tabaco para mascar. En el libro se expone el modo de prepararlo.

Toledo: la ciudad española algunas de cuyas célebres espadas han

llegado al Sahara.

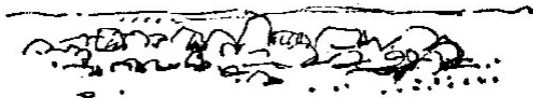
tornado: véase *ayinna*.

trípode: las ollas se cuelgan a menudo de un trípode colocado encima del fuego. Los herreros (inhardés) fabrican esos trípodes.

tuareg: nombre árabe de los tamaschek.
En singular: *targui*.

Tuat: territorio de oasis en el sur de Argelia. Muchos dátiles. Recientemente se han descubierto allí enormes reservas de petróleo.

tumbas de piedra: las hay prehistóricas en todo el Sahara. Las formas son diversas. En el Adrar de Iforas predomina la circular.



U

ued: esta palabra significa lo mismo que *wadi* en el norte de África, o *kori* en las montañas de Air: un cauce seco por el que sólo baja agua después de las tormentas. Mientras baja agua por el *ued*, los *tamashek* lo llaman *anyi*. Algunos *ueds* son tan anchos que no se distingue desde una orilla la otra.

Ued Soren: situado exactamente al norte de *Timea'uin* (véase), ofrece buenos pastos y muchas plantas diversas. Sin agua.

Ued Tin Boyeritén: pequeño *ued* sin

agua al sur de Timea'uin.

ulimindés: pueblo tamaschek, el más importante numéricamente. Viven nómadas a lo largo del codo del Níger, entre Gao y Ansongo. Su centro es el lugar de Menaka. Los ulimindés son grandes guerreros y fueron bandidos temibles, especialmente el linaje aristocrático de los imojar.

Y

yir-yir: planta de mucha importancia en los *ueds* para la manutención del

camello. Contiene mucha agua.
Cuando está seca se lignifica.

HERBERT KAUFMANN (Colonia, Alemania, 24/08/1920 - 27/11/1976). Etnólogo, gran conocedor de África, hizo un viaje de mil quinientos kilómetros a lomos de camello, acompañando a los tamashek, de los que habla en su novela. Herbert Kaufmann creció en Colonia, donde asistió a una escuela de gramática. Después de la escuela secundaria se graduó en 1938 como aprendiz de perito industrial y luego trabajó en la industria

química.

Desde 1951, llevó a cabo largos viajes a África, que financiaba principalmente con la venta de sus numerosas fotografías. Durante un largo tiempo estuvo en la zona de Tombuctú y en el norte de la actual Malí, donde amplió estudios sobre los Tuareg del Adrar de Iforas. Su experiencia personal la refleja en las novelas juveniles *La ciudad bajo la arena del desierto*, *La caravana perdida* y *Luna Roja y Tiempo Cálido*.

Después de su regreso de África, Herbert Kaufmann estudió en la Universidad de Colonia etnología,

sociología y geografía. En 1960 se doctoró. El tema de su tesis fue el cambio en la cultura de los tuareg entre Níger y la frontera de Argelia. Desde 1962 trabajó como corresponsal en el extranjero para varios periódicos alemanes y emisoras de radio.

Herbert Kaufmann era, además de su trabajo como escritor, periodista de viajes, y plasma los informes de sus expediciones en forma de libros para niños en los que se relata su experiencia personal con los tuaregs y otras naciones africanas. Intentaba contribuir a dar una imagen realista del continente africano. Las novelas fueron escritas en su

mayoría desde la perspectiva de los africanos y los europeos, como en las novelas sobre el Sahara *La caravana perdida* y *La ciudad bajo la arena del desierto*, en las que no aparecen como héroes los blancos, como en las de Karl May, sino que son socios de los africanos o incluso inferiores a ellos en el dominio de la naturaleza.

Herbert Kaufmann fue uno de los primeros científicos en el redescubrimiento y la rehabilitación del explorador africano Heinrich Barth, que había caído en Alemania casi totalmente en el olvido.

Notas

[1] *alemos*: hierba del desierto —en latín: *Aristida obtusa*— comida para camellos, bóvidos, ovejas y cabras. Crece tanto en los *ueds* como en suelos rocosos o en las pendientes montañosas, y se utiliza también como planta medicinal. Donde no hay *alemos* deja de ser posible la cría de bóvidos. (El límite septentrional de ese ganado se encuentra en el *alemos* de Iforas). <<

[2] *mijo*: el principal alimento en el Adrar de Iforas, junto con el arroz. Procede del Sudán. <<

[3] *Kel Effele*: la mayor tribu del Adrar de Iforas; su príncipe es *amenokal* de todas las tribus. Los Kel Effele tienen también los mejores pastos. <<

[4] *idnán*: tribu de los tamaschek de Iforas. La segunda en importancia. <<

[5] *ued*: esta palabra significa lo mismo que *wadi* en el norte de África, o *kori* en las montañas de Air: un cauce seco por el que sólo baja agua después de las tormentas. Mientras baja agua por el *ued*, los *tamashek* lo llaman *anyi*. Algunos *ueds* son tan anchos que no se distingue desde una orilla la otra. <<

[6] *Tilemsi*: amplio cauce seco que se extiende desde Tesalit hasta Gao y constituye la frontera occidental del Adrar de Iforas. <<

[7] *ibottenatés*: tribu de los tamaschek de Iforas. Cuenta con unos 800 hombres y se dedica exclusivamente a la cría del camello en la Tamesna (véase). <<

[8] *camellos*: no siempre existieron en el Sahara. El dromedario no llegó allí hasta el siglo I o II de nuestra Era. Hoy es animal indispensable, base de la existencia de los nómadas. Muchas pinturas rupestres tienen por tema el camello, con lo que indican la importancia del animal. La única diferencia importante entre camello de carga y camello de silla es que para este último servicio no se utilizan los animales pesados. Un camello de carga está preparado al cabo de tres días de educación. En cambio, para prepararlo

para la silla hacen falta casi seis meses y un trabajo que exige nervios robustos «por las dos partes»: un buen camello de silla puede cubrir hasta 90 km al día, constantemente al trote. Pero la etapa corriente es de 40 km o aún menos, pues las marchas forzadas agotan muy pronto al animal. Los camellos de carga tienen que reponerse durante todo el resto del año, en buenos pastos, de uno de sus viajes (ida y vuelta Sudán-Tuat^[163]). <<

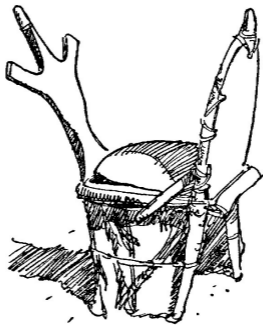
[9] *tamesna*: nombre general del desierto en tamaschek. En el libro significa especialmente el semidesierto situado al este del Adrar de Iforas, con sus territorios aptos para la cría del camello. <<

[¹⁰] *tabaco*: los tamaschek no lo fuman, sino que lo mascan, mezclándolo antes con *toka* (se narra en el libro). El tabaco se usa también para «sabar» camellos cansados o enfermos. Se les aplica el irritante polvillo del tabaco en los ojos. Algunos camellos se vengán mordiendo y coceando. <<

[¹¹] *Iforas*: La totalidad de las tribus del Adrar recibe a veces el nombre de Iforas, y esta palabra se usa como si fuera nombre geográfico. Pero la denominación precisa de esa región montañosa es la de «Adrar de las tribus Iforas». <<

[12] *té*: bebida muy apreciada por los tamashek. Fue introducida por los árabes. Hace cincuenta años no era corriente en el Adrar de Iforas. Muchas veces se comen las hojas del té después de preparar la infusión (observación del autor). <<

[13] *silla de montar*: la silla de montar de los *tamashek* —llamada *tarik*— lleva delante una cruz con los brazos en ángulo agudo hacia arriba, y está decorada con cuero teñido. Hay también sillas de madera más sencillas. La silla *tamashek* es más agradable que la árabe. No está probado que la cruz que tan frecuentemente aparece en la ornamentalística *tamashek* sea de origen cristiano, pero ese origen no es inverosímil. <<



[¹⁴] *idit* (*sing.*): pellejo para el agua, llamado *gerba* por los árabes. Plural: *igedat*. Lo mismo significa la palabra *abayor*. Ver ilustración. <<

[15] *takuba*: la espada de los tamashek, siempre con vaina de cuero rojo. Hay diversos tipos de hoja, llamados *teljenyert*, *tahilimellet*, etc. Las buenas espadas se llaman *tiserayen*. Algunas hojas son antiquísimas y fueron forjadas en Toledo^[168] o en Damasco. También se encuentran hojas de acero de Solingen, como se comprueba en el acero. Las hojas son de unos 85 cm de longitud (véase ilustración). <<

[16] *tiseraye*: véase *takuba*. <<

[17] *beylik*: «gobierno»,
«administración», en el sentido estricto
de la administración francesa; a veces
significa también tribunal. Es palabra de
origen turco y procede de la que
antiguamente fue zona de influencia
turca, en el Sahara septentrional y
central hasta Ghat y el Tibesti^[162]. <<

[18] *Arli*: conjunto de pozos entre Kidal y Tin Za'uzaten. Estas dos estaciones se encuentran en el *ued* Arli wan Anu. El *ued* Arli Mennen (*ued* Blanco) corta al anterior. En las rocas hay numerosos dibujos rupestres, entre ellos el de un carro de combate. <<

[19] *asno*: se encuentran en todos los campamentos de los *tamashek*. Los utiliza todo el mundo sin pedir permiso a su propietario. Su trabajo consiste en acarrear agua, mujeres y niños de pastores pobres, y cargas a poca distancia. Los *tamashek* tratan bien a estos animales tan resistentes. <<

[20] *Timea'uin*: pozo situado al norte del Adrar de Iforas. <<

[21] *Ued Tin Boyeritén*: pequeño *ued* sin agua al sur de Timea'uin. <<

[22] *ahaksch*: árbol espinoso muy frecuente, llamado *talha* por los árabes y *Acacia radiaria* o *tortillis* en latín. Cabras y camellos comen sus frutos, y sus espinas se utilizan para la limpieza de los dientes y para sujetar sandalias y esteras. <<

[23] *tamat*: Acacia seyal, de flores amarillas; su perfume es penetrante. Da sombra. Véase «ahaksch». <<

[24] *Kel Rela*: célebre tribu aristocrática del Hoggar. <<

[25] *armad*: ¡adelante!, ¡arriba! <<

[26] *balafia*: hasta la vista. <<

[27] *Injaláh*: Si Dios quiere. Fórmula que se usa siempre cuando se expresa una esperanza: «Vendrá mañana — *Injaláh*» (cf. castellano: ¡ojalá!). <<

[28] *Intaláh*: el personaje de este libro así llamado no es idéntico con el hijo del *amenokal* de los *tamaschek* Iforas, Attaher, aún vivo. Este *Intaláh* real, que hoy día gobierna la zona, promete llegar a ser uno de los príncipes *tamaschek* de más relieve. <<

[29] *marabú(t)*: sacerdote y sabio mahometano, y nombre de la tumba de los mismos. Véase la nota «Los hombres llamados tamaschek», antepuesta a este léxico. <<

[30] *cabra*: verdadera artesana del desierto: comiéndose constantemente las yemas de árboles y matorrales, destruye sin cesar territorios esteparios, abriendo camino al desierto. Entre las cabras de los tamaschek la más importante es la negra, pues con su pelo las mujeres hacen cuerdas resistentes y flexibles, así como cinturones. Con la piel de la cabra se hace el *idit* (véase), cosiendo todas las aberturas excepto el cuello, curtiendo luego. <<

[31] *trípode*: las ollas se cuelgan a menudo de un trípode colocado encima del fuego. Los herreros (inhardés) fabrican esos trípodes. <<

[32] *tamashek*: nombre de este pueblo y de su lengua. Véase la nota antepuesta a este prólogo. <<

[33] *jej*: paño que cubre la cabeza; azul, blanco o caqui. Para ser verdaderamente eficaz contra el sol tiene que tener una longitud no inferior a los 4-5 metros. <<

[34] *Hamduliláh*: lo mismo que
Elhamduliláh^[169]. <<

[35] *imenas*: camellos. En singular: *amis*. Los *tamaschek* tienen, además, como no podía menos de ser, muchas palabras para designar camellos grandes, pequeños, jóvenes, viejos, de carga y de monta. El nombre árabe del camello —*mehari*—, propio del camello de montar, no es corriente entre los *tamaschek*. <<

[36] *tagelmust*: en árabe *litham*. Tocado de los tamaschek. Atarlo bien es cosa que exige gran habilidad. Tapa toda la cara excepto los ojos. Sólo lo llevan los hombres, y, por lo general, sin quitárselo ni de día ni de noche. <<

[37] *Ayor*: significa «Luna» o «mes». *Ayor Jaguerán* significa Luna Roja. La palabra es masculina, no femenina, como en las lenguas latinas. (En alemán también es masculino «Luna»). Pero los *tamashek* tienen, además, otra palabra para significar luna: *Talit*, y ésta es femenina. Es utilizada sobre todo por los *tamashek* del Hoggar y por los *ulimindés*. <<

[38] *ilelán* (*plural*): singular: *elel*. Los distinguidos o nobles. Véase observaciones sobre ellos en la nota «Los hombres llamados *tamaschek*» antepuesta a este léxico. <<

[39] *antimonio*: sustancia química, vomitivo y medicina, y utilizada también para teñir telas y párpados. <<

[40] *Tiu'elen*: nombre de mujer. Significa «tiempo cálido». <<

[41] *suras coránicas*: escritas en tablillas de madera, los discípulos del *marabú* tienen que aprendérselas de memoria. En los amuletos de cuero que venden los *marabús* y utilizan en sus consagraciones y bendiciones, así como en sus exorcismos (por ejemplo, para proteger contra las enfermedades, o contra los demonios) hay versos del Corán escritos en tirillas de papel. <<

[42] *teraut*: plural de *tera*, amuletos de cuero (véase *marabú*). <<

[43] *hiena*: donde hay ganado hay hienas. Las hienas siguen a los *tamaschek* en sus viajes, y aúllan por la noche en torno de los campamentos. En la arena de los *ueds* se encuentran siempre sus huellas.

<<

[44] *amenokal*: jefe de un grupo de tribus tamaschek. Literalmente la palabra significa «dueño de la tierra». El *amenokal* más importante es el de los ulimindés. El *amenokal* de las tribus del Hoggar y el de los tamaschek del Iforas son de menor categoría, pero de igual influencia. <<

[45] *Telabit*: varios pozos cimentados, uno grande. Agua abundante, buena disposición. <<

[46] *Tin Ramir*: pozo situado a 20 kilómetros al sur de Tin Za'uzaten, visitado por los Kel Effele y por los iforgumesés. Siempre tiene agua. <<



[47] *adrar*: significa «tierra de montañas». Pero existe, además una ciudad llamada Adrar cerca de la pista Orán-Gao. <<

[48] *Adrar Hasené*: pequeño territorio montañoso situado al norte de Tin Rerho (véase) y que llega hasta el Ued Tamanraset. <<

[49] *pista*: ruta no construida. Los tamashek tienen palabras distintas para cada tipo de pista. <<

[50] *sal*: sustancia imprescindible para los animales y los hombres. La sal llega de Taudeni, Bilma y la orilla septentrional del lago Chad. Se transporta en bandejas. Caillié, el primer blanco (francés) que vio Timbuctú, lo había observado ya. <<

[51] *Kidal*: sede de la administración del Adrar de Iforas; un par de blancos, algunos mercaderes árabes, unos pocos tamaschek. Siete pozos en el *ued*. Pintoresca fortaleza de murallas blancas y rojas. Hay un antiguo Kidal que debió de ser instalación de importancia: las ruinas indican que las casas eran de piedra. <<

[52] *calabaza*: se usan no sólo calabazas auténticas, sino también recipientes de madera en forma de ese fruto. A menudo llevan decoración al fuego. Los inhardés reparan las calabazas de madera rotas con clavos de cobre. <<

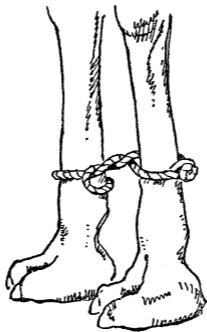
[53] *chacal*: donde hay rebaños hay chacales. El chacal no es nada tímido, de modo que se muestra a la luz del sol. Los *tamashek* lo cazan con trampas de hierro hechas por los *inhardés*. <<

[54] *tigete'uin*: plural de *tagite'ut*, el palo de tamarindo hermosamente tallado y decorado con bandas que sirve para armar la tienda. Lo fabrican los inhardés. Para una tienda se necesitan, generalmente, ocho postes verticales y tres palos inclinados. <<

[55] *mukala*: fusil (en árabe).
Probablemente derivado de la palabra
mosquete. <<

[56] *teborak*: arbusto espinoso, llamado en latín *Balanites cegyptica*, con pequeños frutos muy amargos del tamaño de la nuez y cuya ingestión produce vómitos. Da sombra. <<

[57] *camello, traba del*: atado de las patas delanteras para evitar la huida del animal durante la noche. <<



[58] *gato salvaje*: animal que vive en el
Adrar de Iforas. <<

[59] *muflón*: carnero montañés del Sahara. No es animal que esté desapareciendo, como creen algunos zoólogos. Viven en grandes manadas en los macizos montañosos situados al norte del Adrar de Iforas. Sus huellas cubren por la mañana los *ueds* en todas direcciones. En el Hoggar son ya más escasos. Es muy difícil cazarlos, pues el muflón es el animal más precavido y mejor trepador de las montañas del Sahara. <<

[60] *hokum*: tienda de pieles de los tamashek; consta de 30 a 40 pieles de cabra curtidas; a veces es de pellejos de bóvidos. <<

[61] *cram-cram*: hierba cuya presencia sirve de referencia para trazar el límite entre el desierto y la estepa en sentido geográfico. En latín: *Cenchrus echinatus biflours*. Sus semillas están contenidas en diminutas vainas provistas de cerdas que se adhieren al vestido y a la piel; producen mucho dolor y para quitárselas es menester operar con mucho cuidado y con unas pinzas (véase también *mongasch*^[164]). Pero, a pesar de todo, en tiempos de hambre se recogen esas semillas, que dan una buena harina. Es frecuente también

desenterrar enjambres de termitas^[165], que, generalmente, suministran granos ya fuera de las vainas. <<

[62] *Samak*: pozo y *ued* al norte de Timea'uin. Contiene agua buena a unos 4 metros de profundidad. En la ladera del monte hay una fortaleza francesa abandonada. <<

[63] *ayar*: (pronunciado también *agiar*); árbol frecuente, con numerosas espinas y pequeñas flores amarillo-blancuzcas, hojas duras ovaladas que dan mucha sombra. En latín: *Maerva crassifolia*. Se encuentra hasta los 1800 metros de altura sobre el nivel del mar. <<

[64] *taramt*: riendas para el camello,
hechas de pelo de cabra y cuero. <<

[65] *ma tekumed:* ¿qué haces?
(tamashek). <<

[66] *esu*: bebe. <<

[67] *dokkalí*: manta de colores del Tuat, más precisamente de Timimun y oasis vecinos. Según el motivo ornamental y el color, los tamaschek distinguen entre *dokkalí*, *abroj* y *tasselsi*. Muy utilizada como manta para las sillas de montar.

<<

[68] *busaadi*: «Yo doy la felicidad», es decir, «mando al paraíso»: el puñal. <<

[69] *meskin*: en árabe, pobre, miserable
(cf. castellano: mezquino). <<

[70] *Adrar de Iforas*: nombre de la quebrada meseta en la que tiene lugar la historia narrada en este libro. Los límites de este *adrar* son: al oeste, el valle de Tilemsi (véase) y el Timetrin (véase) contiguo; al norte, las estribaciones del Tanesruft; al nordeste, las del Hoggar (véase); al este, el semidesierto de Tamesna, y al sur, una vasta estepa de plantas espinosas que se extiende hasta el Níger. Este *adrar* es un territorio de cultura tamaschek pura. <<

[71] *león*: es animal que siempre sale en las comparaciones de los tamaschek. El hecho es que el león ha sido exterminado en el Adrar de Iforas. En la Tamesna y entre los ulimindés son aún frecuentes las luchas con el león, con lanza y *takuba*. <<

[72] *Ued Soren*: situado exactamente al norte de Timea'uin (véase), ofrece buenos pastos y muchas plantas diversas. Sin agua. <<

[73] *goumier*: soldado indígena al servicio de los franceses. En el Adrar de Iforas los *goumiers* son *tamaschek* o árabes. <<

[74] *Inhelumé*: nombre de un célebre camello. La palabra significa el cordón de pelo de cabra que se utiliza para asegurar el equipaje en los camellos de montar. <<

[75] *evalá*: así es. <<

[76] *Tirek*: fuente situada al pie del *adrar* de Tirek, macizo rocoso de casi 20 kilómetros de longitud y orientado en sentido norte-sur. La fuente está tan asombrosamente disimulada por la Naturaleza que se puede pasar ante ella varias veces sin sospechar su presencia. El lugar es también estación de pinturas rupestres. <<

[77] *abatal*: manjar de los tamaschek, preparado sin agua y sin vasijas. Consta de las entrañas del animal sacrificado, puestas —sin lavar— en el estómago del mismo. En éste se meten, además, guijarros ardientes; se cose el estómago y se coloca encima de las brasas. Al cabo de poco tiempo está lista la comida. <<

[78] *Tamanraset*: *ued* importante, y, sobre todo, localidad principal del Hoggar. <<

[79] *Tin Rerho*: pozo situado al nordeste de Tin Za'uzaten, al pie de una duna. <<

[80] *Abalesa*: pequeña localidad del Ued Amded, afluente del Ued Tamanraset, a unos 100 km al nordeste de la ciudad de Tamanraset. En esta estación se halló un esqueleto atribuido a la madre tribal de los tamaschek, Tin Hinan. <<

[81] *ulimindés*: pueblo tamaschek, el más importante numéricamente. Viven nómadas a lo largo del codo del Níger, entre Gao y Ansongo. Su centro es el lugar de Menaka. Los ulimindés son grandes guerreros y fueron bandidos temibles, especialmente el linaje aristocrático de los imojar. <<

[82] *imojar*: célebre tribu aristocrática de los ulimindés. Sus expediciones de bandidismo la hicieron muy temida en el Sahara occidental. Algunos europeos creyeron que el nombre de la tribu significaba «nobles» en general, pero no es ése el caso en el uso lingüístico de los tamashek. <<

[83] *rezza*: ataque, razia. La ocupación de los *ilelán* hasta la intervención de los franceses. No siempre era el móvil el gusto por el bandidismo. El *rezza* era a menudo la única posibilidad de sustituir camellos muertos de sed por otros en buen estado. Era lucha por la vida. <<

[84] *Air*: importante territorio montañoso del Sahara meridional. <<

[85] *effri*: los espíritus (en tamaschek).

<<

[86] *imrad*: vasallos; más precisamente, pastores libres; «los que trabajan», a diferencia de los *ilelán*. Singular de *imrad*: *amrid*. <<

[87] *iklán*: esclavos negros de los tamashek (en singular: *aklí*). Constituyen una clase especial, sólo contraen matrimonio dentro de ella. Trabajan en el campamento, cuidan del ganado, ordeñan; hablan el tamashek y muchas veces también la lengua de su antiguo pueblo. Se les trata bien. Los tamashek los mantienen también cuando ya no pueden trabajar, hasta su muerte. Muchos *iklán* volvieron al Níger cuando los franceses abolieron la esclavitud. <<

[88] *Río Níger*: los tamaschek le llaman «el Río» o «el Gran Río», es el río por antonomasia para los tamaschek. <<

[89] *Tin Za'uzaten*: estación situada casi a 20° de latitud norte; tiene siempre agua en gran cantidad. Durante mucho tiempo fue importante base militar de los franceses. <<

[90] *In Uzzal: ued*, montaña y pozo del mismo nombre, al norte del Adrar de Iforas. Es una importante base de las caravanas en la ruta Adrar de Iforas-Tidikelt. <<

[91] *Debnat*: pozo situado a una jornada al nordeste de Tin Za'uzaten. (Una jornada debe entenderse según la velocidad y recorrido habitual de las caravanas: entre los 35 y 45 kilómetros, según los terrenos). <<

[92] *Tin Elha'ua*: pozo situado entre Tin
Za'uzaten y Debnat. <<

[93] *aberid*: pista de camellos. Para todas las cosas relacionadas con el camello hay un léxico muy abundante. Por ejemplo, para este mismo concepto existen los términos *aberaka* (usado en el Hoggar) y *tabart* (que es también corriente en las montañas de Iforas). <<

[94] *bismiláh*: Dios sea contigo, en el nombre de Dios. <<

[95] *tamadalt*: palabra *tamashek* que significa «tormenta de arena». Estas tormentas duran, por lo general, algunas horas, pero pueden prolongarse hasta 15 días. <<

[96] *gandura*: vestimenta de los tamashek que consiste en un amplio camisón con aberturas a los lados, mucha tela en los hombros; generalmente azul oscuro; destiñe. <<

[97] *sarual*: palabra árabe que significa los amplios pantalones de las gentes del sur, negros o azules y bordados. Los *tamashek* llaman a los pantalones *ekarbei* (plural: *ikarbén*). <<

[98] *niebla de arena*: curiosa perturbación, oscurecimiento del aire que empieza muchas veces por la mañana temprano y dura todo el día. <<

[99] *kunta*: gran pueblo moro de origen árabe y hostil a los tamaschek. Los kunta son ganaderos y criadores de camellos; viven nómadas cerca del Níger, hacia Burem, son un tipo humano de insólita belleza, más bajos de estatura que los tamaschek. La campaña guerrera relatada en el libro se basa en los sangrientos acontecimientos del valle de Tilemsi, en septiembre de 1955; el autor, que pasaba entonces por la zona, tuvo experiencia de ellos. <<

[¹⁰⁰] *Aselar*: un *ued* con muchos pozos de agua purgante, que es, por ello, de mucha importancia para los rebaños de los *tamashek* del *Iforas* y de los *kunta*, los cuales pasan allí meses enteros con sus camellos y bóvidos. <<

[101] *erís*: pozo tan poco profundo que se puede tomar agua con la mano. <<

[102] *elkir ras*: que todo te sea bueno. <<

[¹⁰³] *Sandeman*: pozo a unos 40 km al norte de Kidal y 10 de la pista Kidal-Aguelhoc. Siempre tiene buena agua; lo visitan los Kel Effele. <<

[104] *In Abutut*: pozo perenne del *ued* Tayunart, situada a 25 kilómetros al este de la pista, visitado principalmente por los Kel Effele. <<

[¹⁰⁵] *Talit*: palabra femenina tamaschek que significa «la luna». Véase Ayor. <<

[106] *tornado*: véase *ayinna*. <<

[107] *Amadu*: nombre de persona, muy común entre los negros. <<

[108] *Dangi*: (o Dangu) nombre de esclavo. <<

[¹⁰⁹] *bubú*: prenda de vestir sin mangas,
azul o blanca. <<

[110] *balek*: presta atención, ten cuidado.

<<

[111] *hamada*: meseta rocosa. <<

[112] *salam aleikum: aleik essalam*, el saludo corriente de los *tamashek*. <<

[113] *carnero*: el animal de matanza más importante de los *tamashek*. Las caravanas los llevan a través del desierto, desde el Sudán hasta los oasis del Tuat y del Tidikelt (Timimun, In-Salah, etc.) y los venden allí. A la vuelta las caravanas llevan carga de dátiles. Este comercio es de mucha ganancia y de riesgo aún mayor. Durante mi estancia en el Adrar de Iforas pereció de sed a dos días de marcha de donde yo me encontraba una caravana de *cameros*: 120 animales, 12 camellos y 7 *tamashek* que no consiguieron encontrar

el pozo. (Cf. mi narración «La ruta perdida»). <<

[¹¹⁴] *Eliselus*: palabra difícil de traducir. Más o menos significa «el que siempre está alegre», «el pájaro suelto». Es el apodo de Mid-e-Mid. <<

[115] *Aguelhoc*: localidad de unos 200 habitantes, con muchos mercaderes árabes entre ellos, situada junto a la autopista Gao-Tessalit-Bidon Cinque-Adrar-Colomb Béchar-Orán, en el borde occidental del Adrar de Iforas. Es importante estación de aprovisionamiento de agua. Numerosos pozos en ambos *ueds*. Los mejores pastos del país. <<

[116] *Takammart*: nombre de mujer.
Significa «Queso de Leche Fresca». <<

[117] *Timbuctú*: o Tombuctú, célebre ciudad e importante mercado situado a unos 20 km del Níger y unida al río por un canal. Es un centro del tráfico de las caravanas, fundado por los tamaschek y (según el Dr. Schiffer, *Die Grosse Reise* «El Gran Viaje») colocado bajo la protección de una esclava (Tin Boctú, la mujer del gran ombligo). El 20 de abril de 1828 llegó por vez primera a la ciudad un europeo, el francés Caillié. El 6 de septiembre de 1853 llegó el explorador alemán del Sahara, Dr. Heinrich Barth, el cual dio una excelente

descripción del lugar. Hoy día tiene la ciudad poco más de 7000 habitantes. <<

[118] *Tadast*: nombre de mujer; significa mosquito. <<

[119] *Kel Telabit*: tribu de los tamashek de Iforas; viven en torno del pozo del mismo nombre, hoy muy bien instalado con cemento. <<

[¹²⁰] *Kel Tarlit*: tribu de los tamschek de Iforas. <<

[121] *Tarat Melet*: tribu de los tamschek de Iforas. <<

[¹²²] *iforgumesés*: tribu de los tamaschek
de Iforas. <<

[123] *ayinna*: palabra tamaschek que significa «huracán», «tornado» (en árabe: *nou*). En el Adrar de Iforas la temporada de los huracanes va desde julio hasta principios de septiembre. Su número oscila entre cinco y siete. El *ayinna* da comienzo a la época de «las vacas gordas» del año. <<

[124] *Agadés*: antigua e importante ciudad comercial del Sudán (8° de longitud este, 17° de latitud norte), junto a la autopista Hoggar-Zinder, a orillas de un ancho *ued*. Numerosos pozos y jardines, bosqucillos y palmeras. Célebre por sus trabajos en cuero, especialmente sandalias y sillas de montar (ver ilustración). <<

[125] *Timimun*: oasis situado en el Tuat (Argelia), célebre por sus dátiles, sus alfombras y sus mantas. Todo él construido con barro rojo. Es uno de los oasis más magníficos del Sahara. <<

[126] *Burem*: localidad grande situada en el codo del Níger, cruce de pistas y sede del *amenokal* de los kunta. <<

[127] *perros*: en todos los campamentos de los tamashek viven perros de capa marrón claro. Son guardianes nocturnos, tan rápidos como el galgo europeo, si no más. Aguantan durante un rato una velocidad de 50 kilómetros por hora. Como no se les alimenta expresamente, parecen esqueletos cubiertos de una tensa piel. <<

[128] *marcas al fuego*: las llevan todos los camellos. Indican la tribu o el grupo de tribu (clan). Además se marcan también al rojo signos del propietario en el cuello del camello. <<

[129] *Timetrin*: territorio de dunas situado al oeste del valle de Tilemsi. Varios exploradores han realizado allí y al este de Adrar, hace algunos años, notables hallazgos de una época en la que parte del Sahara estaba aún cubierto por el mar. (Restos de dinosaurios, etc.).

<<

[130] *toka*: se mezcla hecha con *affaso* (véase) para obtener tabaco para mascar. En el libro se expone el modo de prepararlo. <<

[131] *ahal*: las mujeres y muchachas *tamashek* organizan, de vez en cuando, esta fiesta, a la caída de la tarde: acuden también los hombres casaderos, y ellos y las mujeres interpretan sus canciones. Las mujeres tocan el instrumento llamado *amzad* (véase). El *ahal* sirve para que la gente se conozca, pero se debe, también, a una gran necesidad literaria y musical. No pocas veces se producen durante la fiesta disputas entre los hombres, las cuales se resuelven con la espada. <<

[132] *amzad*: violín de una sola cuerda que utilizan las mujeres tamaschek. La caja de resonancia es de cuero de cabra y la cuerda es de crin de caballo. <<

[133] *ftas*: ropaje femenino. <<

[134] *Amenehaya*: título de una canción muy gustada actualmente en el Adrar de Iforas. <<

[135] *Intebram*: nombre de varón.
Primitivamente, nombre de una planta
que crece entre las rocas. <<

[136] *Boja*: nombre de persona, masculino, típico de los tamashek. <<

[137] *Irrarar*: gran *ued* al noroeste de In
Tebdoq. <<

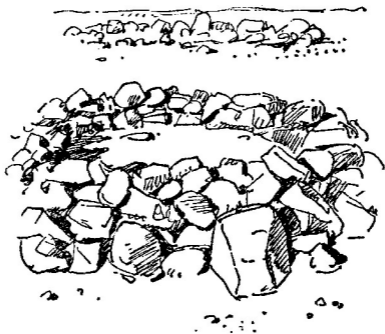
[138] *rosas, aceite de:* el perfume
preferido por hombres y mujeres
tamashek. <<

[139] *Tin Azeraf*: viejo pozo situado al sur de Tin Za'uzaten. <<

[¹⁴⁰] *In Tebdoq*: pozo situado en un valle lateral del ancho *ued* Egerir, al sur de Tesalit; tiene siempre agua, aunque caliente. El *ued* está rodeado de altas rocas de hasta 70 metros. Se encuentran palmeras y otras plantas poco frecuentes. En mitad del *ued* hay una robusta muralla de piedra de los tiempos de los *rezzus*. <<

[141] *reg*: amplia llanura con piedrecillas
y arena dura. <<

[142] *tumbas de piedra*: las hay prehistóricas en todo el Sahara. Las formas son diversas. En el Adrar de Iforas predomina la circular. <<



[143] *Tayuyamet*: pozo permanente situado a 70 km al oeste-nordeste de Tesalit. Consta de varios *erís*. Lo visitan los Kel Effele y los irreguenatés. Uno de los pozos es de agua amarga. <<

[144] *ebarakán*: nombre tamaschek de las raíces de *Tamarix aphylla*, llamadas por los árabes *ethel*, que penetran en el suelo hasta 30 metros. En el Adrar de Iforas se encuentran sobre todo en el *ued* Tin Za'uzaten y en Kidal. <<

[145] *tagilit*: en tamaschek, el melón salvaje, *Citrullus colocynthis*. Este fruto amarillo y esférico penetra profundamente en el desierto, contiene agua y sirve para que lo coman los asnos. Es de sabor tan amargo que resulta preferible comer quinina. <<

[146] *yir-yir*: planta de mucha importancia en los *ueds* para la manutención del camello. Contiene mucha agua. Cuando está seca se lignifica. <<

[147] *tindé*: fiesta tamaschek,
generalmente con concursos de
equitación y música (tambores). <<

[148] *tuareg*: nombre árabe de los
tamashek. En singular: *targui*. <<

[¹⁴⁹] *kaffir*: el infiel. Palabra utilizada por los árabes para designar a los europeos y a los negros paganos. Usada para designar europeos, la palabra no responde a su auténtico significado, pues éste se refiere sólo a los que no son monoteístas. <<

[150] *Foucauld*: el padre De Foucauld, gran conocedor de los tamashek, vivió como amigo y protector suyo en la soledad de las montañas del Hoggar. En 1916 fue asesinado por tamashek excitados. Su prestigio es aún hoy vivo. Sus estudios son la base de nuestros conocimientos sobre los tamashek, sus costumbres, sus canciones y su lengua.

<<

[151] *Gundam*: centro comercial y administrativo situado a 80 kilómetros al sudoeste de Timbuctú. Es el centro más occidental de los tamashek. <<

[152] *Fezzán*: territorio montañoso de 400-500 metros de altura sobre el nivel del mar, en el Sahara septentrional. Célebres pinturas rupestres. <<

[153] *sal, caravana de*: se llaman también azeley. <<

[154] *Taudeni*: el yacimiento salino más famoso del Sahara. Véase sal. <<

[155] *Gao*: la ciudad más importante del arco del Níger, vieja ciudad real; en los siglos XIV y XV contó con cerca de 50 000 habitantes; hoy tiene unos 10 000 sonrhai, árabes, daussak y 400 blancos (incluidos los militares). Es el punto final de la pista Orán-Níger, centro administrativo, cruce de rutas, mercado, centro de cultivo arrocero en el río. Es una de las ciudades más pintorescas de África. <<

[156] *café*: era antes corriente en el Adrar de Iforas en lugar del té, entre la gente rica. Hoy, casi desusado. Véase té. <<

[157] *affaso*: hierba alta del desierto, buen pasto para el camello cuando está fresca. (Véase también «*toka*»). En latín: *Fagonia brugueri*). <<

[158] *talha*: véase ahaksch; en latín:
Acacia radiaria o *tortillis*. <<

[159] *had: Cornulaca monacantha*,
hierba jugosa y excelente pasto para el
camello; llega hasta el Sahara central
desde el sur; parece que contiene sal.
Mascando la planta, el autor no percibió
sabor salado. <<

[160] *franceses*: en este libro no se les nombra, pero en realidad se habla de ellos cada vez que los *tamaschek* se refieren al *beylik* (véase). En el Adrar de Iforas la sede del gobierno está en Kidal. Un único blanco gobierna desde allí un territorio de 300 000 kilómetros cuadrados, o sea, la mitad de Francia. Mediante una cuidadosa selección de sus funcionarios, los franceses han conseguido abrir el territorio con escasos medios, han construido pozos y han terminado con los *rezzus*, antes frecuentes. Su mayor error ha sido no

desarrollar el autogobierno de los
tamashek, de modo que hoy, si se
retiraran los europeos, se produciría un
período de anarquía en estas apartadas
regiones. <<

[161] *enad*: véase «inhardés». <<

[162] *Tibesti*: meseta sahariana, al este del Hoggar. <<

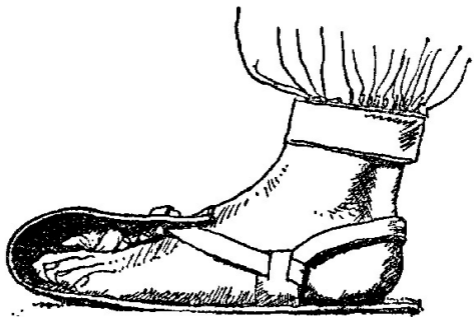
[163] *Tuat*: territorio de oasis en el sur de Argelia. Muchos dátiles. Recientemente se han descubierto allí enormes reservas de petróleo. <<

[164] *mongasch*: pinzas que fabrican los inhardén y que sirven para arrancarse espinas (principalmente del *cram-cram*) y para reparar los *temba-temba*^[167] (véase). <<

[165] *termitas*: se encuentran en el suelo de la estepa desértica (véase *cram-cram*). <<

[166] *Timisao*: profunda garganta situada en una *hamada* (véase) al este de Bidón Cinco; excelente pozo de agua caliente. Numerosas pinturas rupestres en los acantilados de hasta 50 metros. El territorio carece de pastos y sólo pueden visitarlo caravanas cuidadosamente provistas y equipadas. El autor lo visitó en 1957. <<

[167] *temba-temba*: esta sandalia no es la típica de los *tamaschek*, sino que ha sido importada de Agadés. En esta sandalia, también llamada *takalun*, dos dedos sostienen el calzado por debajo de las correas y sobresalen hacia fuera. La auténtica sandalia de los *tamaschek*, llamada *tairoga* o *kelembu*, es de estructura parecida, pero protege el pie con un pedazo de cuero vuelto que cubre los dedos. La *tairoga* está desapareciendo. <<



[168] *Toledo*: la ciudad española algunas de cuyas célebres espadas han llegado al Sahara. <<

[169] *Elhamdulillah (i)*: Gracias a Dios sean dadas. <<